



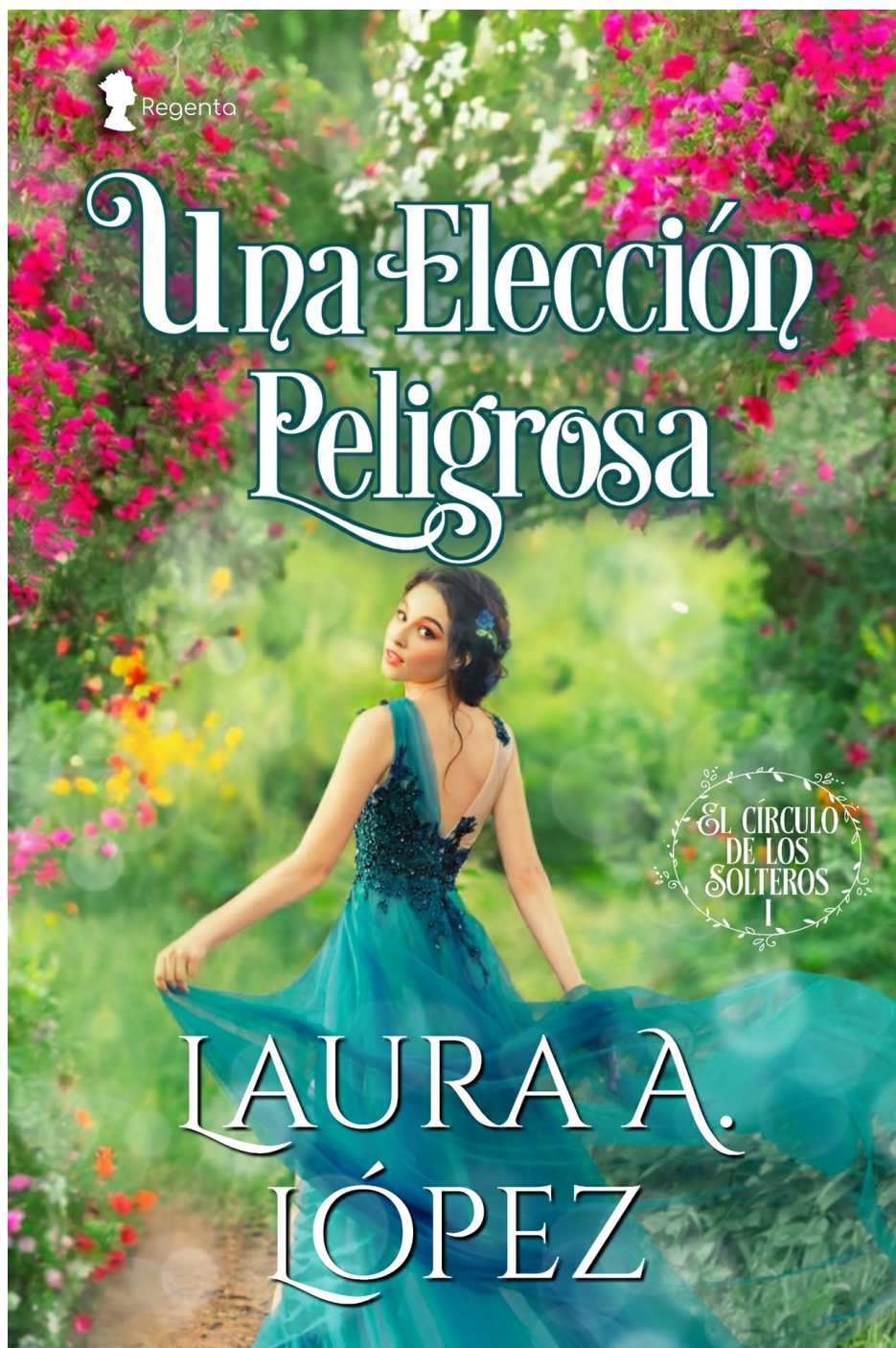
Regenta

Una Elección Peligrosa



EL CÍRCULO
DE LOS
SOLTEROS
I

LAURA A.
LÓPEZ



Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros](#)

[Si te gustó Una elección peligrosa, podría gustarte...](#)

[Biografía](#)

Una elección peligrosa

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2404047562206**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Regla N°1

«Para un aristócrata soltero huir puede ser el principio de sus problemas».

Capítulo 1

Club de caballeros White's

En aquel lugar se reunían seis amigos que compartían algo en común: eran solteros, codiciados y jóvenes. Esa noche sería la primera reunión después del invierno. La primavera empezaba y ellos debían urdir sus planes para la temporada. La supervivencia era importante.

—¿Y Wilburg? —preguntó George Mountbatten, marqués de Blister, contando cabezas en el salón privado en el que se encontraban.

—Creo que se ha retrasado en el campo. Él fue a su propiedad en Gloucestershire —respondió Adam Bruster, conde de Baltimore.

—¿Qué podíamos esperar de un duque tan estirado como él? Por primera vez en tantos años él ha decidido faltar... —siguió George.

—No creo que él quisiera faltar por solo hacerlo. Él es intachable —lo defendió John Coleman, marqués de Horshire.

—Es cierto, Wilburg no nos abandonaría, debió ocurrirle algo muy importante —alegó Herbert Wolf, duque de Durmont—, no es como Steven Bellamy, conde de Northland.

—Eso es mentira —negó Steven.

—Nadie está levantando falso testimonio contra ti. Te has hecho una fama y no puedes echarte a dormir —lo reprendió Herbert.

—En fin, comenzaremos nuestra reunión honrando a las personas que han sido puntuales. Dejaremos la situación de nuestro desaparecido amigo en duda. Esperemos que al menos nos envíe una carta —habló George. Él miró al hombre que siempre los atendía ahí, era un señor viejo y muy educado. Ellos lo conocían desde hacía varios años—. James, tráenos algo de beber.

—Sí, su señoría —acató el hombre.

—Este año uno de nosotros debe caer. El círculo de los solteros debe convertirse pronto en el círculo de los casados —opinó Adam.

—Mejor dicho, el círculo de la amargura —replicó John.

—Puede que uno de nosotros caiga o bien, que, como todas las temporadas anteriores, ninguna sea de nuestro agrado —reflexionó Herbert.

El sirviente del lugar comenzó a colocar las copas de *whisky* para cada caballero.

—¿Qué crees, James? ¿Alguno de nosotros se casará esta temporada? —curioseó George, bromista.

—Mis señores, tengo muchos años en este oficio y he escuchado a muchos caballeros como ustedes...

—Eso no responde la pregunta, James —insistió Steven.

—Ahora continúo, milord. Ninguno de ellos ha cantado victoria. Hay seis reglas que un caballero debe comprender para desear salvar su vida, aunque no lo conseguirá. Lo mejor es encontrar a la mejor candidata...

—¿Seis reglas? —inquirió George que estaba tan expectante como sus amigos por conocer esas seis reglas.

—No existe un orden, solo hay que seguirlas. Una de ellas dice: «para un aristócrata soltero algo seguro, al igual que la muerte es el matrimonio». Por más que huyan de él, los alcanzará. Es inminente.

—Eso suena horrible. Esas no son reglas, son horribles sentencias, un castigo de los peores —aseguró John que no estaba interesado en que una mujer controlara su vida.

—Eso no es todo, su señoría. También, «para un aristócrata soltero es más conveniente pedir perdón que pedir permiso». Un caballero con tal de conseguir a la dama adecuada preferirá pedir perdón que pedirle permiso. El atrevimiento los ayudará.

—Un consejo muy sinvergüenza —musitó Steven, sonriente. Aquella le resultó una sugerencia muy pícara.

—No se quede solo con esa idea. Tengo más para que puedan escuchar.

El sirviente del lugar los tenía atentos. Eran jóvenes de entre veintiocho y treinta y cinco años, desorientados por lo que ocurría, no encontraban el equilibrio entre las responsabilidades de sus títulos y la vida de libertad que creían que perderían al lado de una mujer.

—Seguimos escuchándote, James —concedió George.

—«Para un aristócrata soltero las juergas son rápidas, pero el matrimonio lo es aún más». No descuiden su privacidad, cualquier resbalón puede convertirse en una caída directa al ridículo de una dama. También deben saber que: «para un aristócrata soltero andar solo es como una invitación a ser abordado». Si quieren asegurar su soberanía por más tiempo, procuren no quedarse solos, siempre hay una matrona esperando con una red para atrapar al mejor pez.

—Estos dos dichos son muy sensatos. Esperemos que todos podamos seguirlo. Todavía nos queda tiempo para escuchar los últimos dos —pronunció Adam, interesado en todo lo que decía el viejo sirviente.

—Las cosas se ponen más interesantes cada vez, caballeros. Recuerden que: «para un aristócrata soltero una dama tonta es más peligrosa que una inteligente». Cuidado con las mujeres tontas, son las más atractivas. Deberían abstenerse de ellas por tranquilidad y la última regla que deben grabar en sus mentes es: «para un aristócrata soltero, huir puede ser el principio de sus problemas». Una vez que comprendan que están en una situación complicada, enfrenten el

asunto. Estas reglas o consejos, si bien no evitarán que caigan en el juego del matrimonio, podrían ayudarlos a tomar las mejores decisiones. No echen mis palabras en saco roto. Lo que he dicho los puede salvar de un mal compromiso.

—No lo habíamos considerado de esa manera, James. Llevas muchos años sirviendo esta mesa y nunca nos has dicho nada de esto —manifestó el marqués de Blister.

—Nunca me habían pedido que opinara, su señoría. Créame que llevo muchos años sirviendo demasiadas copas y escuchando mucho. A veces se aprende mejor de las experiencias ajenas que de las propias. Les deseo éxitos en sus empresas en esta temporada. Traeré el cenicero vacío.

Los cinco caballeros se miraron y comenzaron a beber sus copas con lentitud, al igual que encendían sus cigarros para poder distenderse un poco de todos sus problemas.

Cada uno de ellos tenía inconvenientes de los cuales conversaban, al igual que algunos eran parientes entre ellos y hasta compartían los problemas. El marqués de Blister era primo del conde de Northland y Wilburg, duque de Westwood era primo del marqués de Horshire. Con los años comenzaron a juntar otras amistades hasta formar el círculo de los solteros en *White's* como una forma de resistencia y protesta a las matronas que deseaban casarlos.

George Mountbatten era uno de los mayores en el grupo, él había cumplido treinta y cuatro años en el invierno, uno de los que esperaba no caer en las manos equivocadas esta temporada.

El grupo de caballeros siguió conversando hasta que llegó la hora de que cada uno se fuera a su residencia. Ninguno de ellos salía sobrio de ese lugar. James se encargaba de llevarlos a sus carruajes.

Dentro de uno de ellos iba George con dirección a su residencia. Dentro del carruaje estaba dormitando y a la vez pensando en lo que haría con las primeras invitaciones que había recibido. Podía cotejar con sus amigos y saber quiénes irían. Le pareció interesante y muy importante lo que el viejo mozo de *White's* les había dicho. Él no quería casarse aún. ¿Para qué hacerlo si al final la soledad tocaba a su puerta de todos modos? Llevaba muchos años viviendo solo. Parecía que la desgracia perseguía a su familia. Sin la presencia de su primo en su vida, se sentiría muy desgraciado, aunque debía pensar en que pronto él tomaría a una esposa y él se quedaría peor que antes, pues sabía que una vez que un hombre se casara, olvidaba sus amistades. Debían considerar las ventajas de una mujer en esa casa. Su madre y su padre murieron con pocos años de diferencia y su hermano menor murió a los cinco años por una fiebre.

Cuando miraba la galería familiar, solo él continuaba creciendo, envejeciendo sin desearlo e intentando detener el tiempo lo máximo posible. Su último cumpleaños parecía ser un augurio de que algo pasaría, lo presentía.

—Mire cómo ha llegado, su señoría. Esta es una de sus peores borracheras... —dijo Claypole, su ayuda de cámara.

—Siempre dices lo mismo.

—Esta vez es cierto, trae vómito en las botas...

—¿Vómito? ¡Condenación! Debió ser uno de esos desgraciados, tuvo que ser Adam, se atragantó con un cigarro. Tira mis botas. Oh, qué desgracia.

—No debería culpar a sus amigos...

—Claypole, por supuesto que tienen la culpa. —George tapó su rostro con una mano y luego la deslizó por su cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros.

—Nadie lo obliga a beber. Le prepararé un té antes de dormir o mañana no acudirá al oficio religioso. Sabe que debe hacerlo, se lo prometió a su madre antes de morir.

—Es una de las promesas más estúpidas que he hecho en mi vida. Debería quedarme dormido.

—Después del oficio tiene una reunión con un letrado, un tal señor Middleton.

—¿Y quién es ese señor?

—Usted me dijo que lo pasara para después del oficio dominical.

—¿Qué tiene que conversar conmigo alguien que no es mi letrado? Es absurdo. Debe querer prestarme sus servicios. Si viene le dices que no contrataré a nadie y que estoy conforme con el mío.

—Sí, su señoría.

El ayuda de cámara lo ayudó a subir escalón por escalón, después lo ayudó a desvestirse y con un paño húmedo higienizó al marqués para que al menos el olor a vómito no quedara en su piel. Le colocó un poco de perfume antes de salir de la habitación para buscar un té.

Al regresar, su patrón estaba más que dormido, parecía muerto. Claypole estaba convencido de que el marqués moriría ahogado en el alcohol o que un día se equivocaría de carruaje y terminaría en otro condado. Pasaba más tiempo bebiendo que preocupándose por su futuro. Era tiempo de que tomara las riendas de su vida para casarse con una mujer y que por esa casa pudiera correr sangre nueva. Comprendía que él vivía en el pasado, recordando a su padre e incluso a su hermano que había fallecido hacía más de veinte años. Se había quedado congelado en sus recuerdos, tal vez añorando que no lo hubieran dejado solo con dieciséis años bajo el cuidado de un letrado y toda la servidumbre hasta que pudiera tomar el control de su patrimonio.

La vida no lo había tratado con tanto cariño, por eso no sabía cómo hacer para conseguir una esposa, una que debió estar a su lado hacía ya unos diez años.

Por la mañana, George se levantó de la cama porque Claypole movía su cuerpo para vestirlo, ya que él no se sentía parte del mundo de los vivos.

—Despierte, tiene a un pajarillo gritando enloquecido en la ventana, su señoría, y se llama obispo —saludó Claypole.

George trató de incorporarse y lo logró con mucho esfuerzo.

—Le traje una jofaina con agua fría del sótano.

—Tráeme agua para beber, siento que no he tomado en años —declaró sediento, con la boca seca.

—Le he puesto una jarra entera aquí. —Claypole comenzó a servir el agua en un vaso.

Una vez que se lo dio al marqués, parecía que se lo había bebido de un trago. Volvió a llenar el vaso al menos otras dos veces más hasta que el aristócrata quedó satisfecho.

—Su libreta de oraciones y cantos está en el carruaje, solo falta usted.

Al marqués le gustaba que su criado fuera eficiente, pero en ocasiones lo hacía sentir como un verdadero inútil. Eso tenía que cambiarlo de alguna manera, no podía ser tan dependiente de alguien. Debía comprender que él tenía dos manos y dos piernas, no debería ser un problema poder vestirse por su cuenta, aunque le faltara el ánimo a causa de una noche con mucha bebida.

Su sirviente lo seguía como un perro oliendo el trasero de otro, aquel temía que le pasara algo.

—¿Todo bien contigo, Claypole? —preguntó el marqués.

—Sí, su señoría. Solo estoy mirando que no se caiga.

—Sé caminar.

—La bebida pudo haber mermado su capacidad de hacerlo y por eso...

—Puedo caminar, ¿entiendes?

Su sirviente asintió, pero continuó siguiéndolo a una distancia más prudente.

—Ore mucho, su señoría, ore por una esposa que buena falta le hace —pronunció Claypole con atrevimiento.

Él solo pudo mirar a Claypole tratando de comprender si como él, pudo llegar a esa conclusión en la que había estado pensando por la noche.

El cochero cerró la puerta del carruaje para llegar a la Abadía. Cuando estaba en Londres era un hombre de religión y cuando iba a sus propiedades, de manera obligada, asistía a los oficios en las vicarías en compañía de los habitantes del pueblo cercano.

Capítulo 2

En el oficio religioso, una mujer lo miraba con afán y George intentaba pasar desapercibido. Era una matrona que, evidentemente, había puesto sus ojos en él. Estaba acompañada de una joven muy bella que parecía tímida, escondida detrás de la que sería su progenitora.

En el sermón había estado incómodo por las miradas y aún más porque él bostezaba cada rato y tapaba su rostro con el librito. No era el mejor día para conquistar a una dama.

Tal vez fuera el lugar correcto para encontrar a la esposa ideal. ¿Por qué negarse a la oportunidad? Se escondió del matrimonio por varios años y por muchos motivos, pero creía que era suficiente de tanto escondite. Debía enfrentar el futuro, huir de él solo haría que las cosas se complicaran. No quería llegar a los cuarenta años y buscar a una dulce jovencita. Lo más probable fuera que él desperdició las mejores semillas en mujerzuelas durante estos años. Las mujeres siempre eran un gusto caro que compartía con sus amigos. Pagaban buen dinero por mujeres que no fueran prostitutas comunes, sino que se centraran en ser más selectivas. Ellas aceptaban dinero, joyas y propiedades, y ellos lo pagaban a cambio de exclusividad por el tiempo que ellos disponían. Se cuidaban de todas las maneras conocidas para evitar engendrar bastardos. George había tenido alrededor de tres amantes a las que había dejado. Fueron mujeres solteras que se ganaban la vida de esa forma. Él llegaba a cierto momento de la relación en la que se cansaba de tener que esconderse por la reputación de las mujeres. La discreción en ese negocio era lo más importante para ambos lados.

Él sabía que una esposa jamás le daría todo lo que una amante estaba dispuesta a entregar por un buen trato. Un matrimonio imponía que solo se tuviera intimidad para engendrar a los hijos, pero George sospechaba que no soportaría algo semejante. La embarazaría demasiado pronto si le gustaba mucho la mujer.

Al terminar el servicio religioso. George se acercó al obispo para conversar como era su costumbre. Le dedicaba unos minutos a hacerse notar como buen hombre.

—Usted y todos sus amigos pronto estarán frente a este altar, su señoría. Sé que por años se han estado escondiendo del matrimonio, pero se les está acabando el tiempo —alegó el obispo, sonriente.

—Es cierto que se nos acaba el tiempo. No hemos encontrado a las mujeres adecuadas, señor obispo. Las temporadas pasan, las damas o se repiten o son muy poco interesantes e insensatas. Como un caballero maduro, me interesan las féminas con sensatez, conservadoras y de modales delicados, deben ser finas en todos los aspectos.

—Entonces, tengo una joya para usted. La hija de lady Amery debutará esta temporada, es una ferviente creyente...

—¿Quién es lady Amery?

—Seremos discretos, su señoría. Fíjese a su derecha. La joven goza de una belleza clásica,

es la típica flor inglesa.

George trató de ser lo más discreto posible para poder distinguir a la jovencita de la cual el obispo hablaba maravillas. En efecto, lady Amery era la mujer que lo observaba con afán. Sin duda, había sido escogido por la matrona para que su hija lanzara el anzuelo. Era evidente que no tenía intención de pescar un pez pequeño. Con sinceridad, la hija de la señora era muy bella, pero no más que otras, era común, pero si se la había recomendado el obispo, debía tener cierta razón.

—Es muy bonita, señor obispo.

—Ella lo llenará de orgullo, tiene muchos atributos que solo los buenos caballeros son capaces de valorar. No le diría estas palabras si no confiara en su devoción por la religión, su señoría.

—El sermón de hoy ha sido útil y más aún su recomendación. Me tendrá aquí el próximo domingo. Con permiso, señor obispo.

—Recuerde orar para no caer en el mar de pecado y ore por sus amistades.

El marqués asintió y se despidió para ir hacia el carruaje. Antes de entrar se quedó unos minutos para observar a la señora Amery y a su hija. Cruzó una mirada con la joven y George no pudo evitar entregarle una sonrisa y un gesto de cabeza como saludo. Después subió a su carruaje para partir.

—¡Ese hombre me ha saludado, madre! —expresó la joven, contenta.

—¿Quién, Melissa? —interrogó la mujer.

—El que usted dijo que era un buen candidato, el marqués de Blister.

—¡Oh! Eso solo significa una cosa: serás la marquesa. Sabía que toda la educación que te hemos dado no se ha desperdiciado. ¿Ahora ya me crees que los oficios dominicales no son aburridos? Él siempre viene al servicio, no se lo pierde. Ese es el esposo que necesitas.

—Pero usted dijo que él formaba parte de un grupo de caballeros que no deseaban casarse.

—No estoy segura, es lo que dicen otras personas, pero que como interesada debo escuchar. Esperaba que cumplieras la edad suficiente y que él siguiera soltero. Dios me ha escuchado y ahora solo falta que pida tu mano.

—¿En verdad ha estado orando para eso?

—¡Absolutamente! Le estaba haciendo un favor al reservarle a la joven más bella y valiosa. Te estaba educando de la mejor manera para uno de los mejores candidatos. Tú apuntas alto, cariño. No te conformes con menos de lo que mereces. Acuérdate de mis palabras, serás marquesa porque así será.

Las dos damas subieron a su carruaje para regresar a su casa, mientras que el marqués prefirió ir a dar una vuelta por la ciudad. Llevaba tiempo sin hacer eso, quizá lo ayudara a despejar su mente después de haber bebido tanto la noche anterior. Por eso pensaba que era una

buena idea visitar a su primo para el almuerzo. A lo mejor tenía la oportunidad de saludar a su tía si se encontraba en Londres. Ella no era muy asidua a quedarse por mucho tiempo, desde que enviudó, su vida cambió y prefirió alejarse para pasar su duelo en soledad y evitar interferir en la vida de su hijo, que, según ella, vivía en la completa locura y que por eso se negaba a darle su tan esperado nieto.

George podría estar recibiendo al desconocido letrado, pero no le apetecía para nada. Prefería ir a visitar al lado de su familia que todavía le quedaba.

—Buen día, su señoría —saludó el mayordomo de la residencia de su primo.

—¿Se encuentra Steven?

—Milord aún no ha despertado. Llegó aquí de madrugada, es probable que se despierte para la cena, pero se encuentra su tía, la condesa viuda.

—Sería un placer verla.

—Pase, por favor, se encuentra en el salón del té.

El sirviente lo guio hacia el lugar en el que se encontraba la mujer. Al abrir la puerta, la vio con un bordado y su vestimenta de luto. Ella no había dejado de vestir así por más que habían pasado casi diez años de que falleciera su esposo.

—Con permiso, milady. El marqués de Blister ha venido de visita —comunicó el mayordomo que se acercó a la mujer para decirle eso.

Cuando la condesa viuda levantó los ojos y vio ahí a su sobrino, se le iluminó la mirada.

—¡George! —La mujer abandonó su asiento y extendió los brazos hacia él para abrazarlo —. Pensé que no te acordabas de nosotros.

—Creí que usted estaría lejos de Londres.

—Vine para acompañar a tu primo. Debo ocuparme de que tome las riendas de su vida. Cada día me hago más vieja y no tengo más familia que ustedes. Me entristece no tener un nieto al cual ver crecer. Tú tampoco me das un niño para verlo. No sé si Steven sigue tus pasos o tú sigues los suyos.

—Debería acompañarme a la abadía para los dominicales. Así pide una esposa para Steven.

—He dejado de creer en Dios desde que me arrebató a mi esposo. Tampoco hace nada por redimirse conmigo y darme un pequeño niño para ser feliz. A medida que pasan los años, la soledad es peor, querido. ¿Sabes lo que es despertar cada día esperando que la muerte se acuerde de ti? —La mujer suspiró y lo tomó de la mano para llevarlo al lado de ella para que tomara asiento.

—No diga eso, usted es joven y bella. Podría volver a casarse y de esa manera tener compañía.

—No me veo casada con nadie más que con mi queridísimo lord Northland. Cuando el corazón escoge, no solo hay felicidad, sino una terrible tristeza al perder a un ser amado. A veces es mejor casarse por conveniencia, así podría uno alegrarse por la muerte de otro.

Su tía tenía una filosofía de vida basada en su experiencia personal, una muy mala, por cierto, al perder a su esposo. Al parecer jamás podría recuperarse de tal evento.

—Creo que seguiré su consejo. El obispo me ha dado buenas referencias de una joven que pronto debutará.

—¿Piensas en casarte? ¡Oh, qué felicidad! Tus padres estarían orgullosos al verte tomar esta decisión, un poco tarde, tal vez, pero lo importante es hacerlo.

—Que me despierte temprano, no significa que veré a las vacas en camisón, tía. Después de considerarlo he llegado a la conclusión de que la soledad comienza a motivarme. Me di cuenta de que el tiempo pasa y yo sigo en lo mismo.

—Lo importante es darse cuenta de lo que ocurre y cambiarlo. Tienes mi apoyo con la mujer que escojas, ya sea por amor o por conveniencia. Lo importante es no estar solo. Espero que cuando Steven despierte venga con la misma reflexión que tú. Solo de esa manera cambiaré mi vestimenta para ayudarlo a buscar una esposa.

—Él aún no parece querer eso. Tal vez le lleve más tiempo, es más joven que yo. Es probable que Steven no sienta esa necesidad o que todavía se sienta cómodo con su soltería.

—La que no está cómoda con su soltería soy yo. ¿Te quedas a comer? Lo mandaré despertar. Creo que por fin comenzarás a ser una influencia positiva para tu primo.

El marqués ignoraba que su tía lo consideraba mala influencia. ¿Cómo pudo haber pasado eso si él era muy discreto? Salvo que su primo no lo fuera tanto. No dudaba de eso, porque Steven era muy abierto con sus locuras y su indiscreción superaba por mucho a su inteligencia.

—Sí, me quedaré, tía. Es un placer compartir un poco de tiempo con ustedes. No siempre usted se encuentra aquí...

Con mucho esfuerzo, el sirviente logró despertar a su amo. El conde de Northland tenía el suelo muy pesado y, además, no le interesaba cumplir con la parafernalia familiar. Quería a su madre y a su primo, pero no más que a su cama. Por el momento, tenía bien definidas sus prioridades.

—Alguien me ha despertado. Ahora los condenaré a mi mal humor. Sopórtense —espetó Steven, sentándose en la punta de la mesa.

—Uf, no solo traes tu malhumor, sino también el aroma de mil botellas de *whisky* y otros olores, querido —se quejó su madre que cogió una servilleta y se la puso en la nariz, al igual que lo había hecho George unos segundos antes al percibir el hedor que desprendía.

—Debiste ser tú quien vomitó en mis botas, por eso tienes ese olor —masculló el marqués.

—No lo sé, ni lo recuerdo y no me interesa... —Steven bostezó y esperó que le sirvieran la

sopa.

—Deberías ser más agradecido con tu primo, Steven. Ha venido a visitarnos. Sé que anoche estuvieron juntos, pero esa no es una reunión de familia.

—No tengo la culpa que no tenga vida propia y quiera molestar a los demás. Debería dejar la estupidez de ir cada domingo y después molestar a quienes quieren descansar. No es tan difícil.

—No se preocupe, tía. Estoy acostumbrado a las groserías de Steven, se le pasará pronto, una vez que la cabeza deje de darle vueltas.

—George dice que hoy recibió una agradable sugerencia para esposa y la recibió de buen grado. ¿Cuándo buscarás una dama acorde a tu posición, cariño?

—No lo he pensado... —El conde bostezó queriendo tragarse al resto—. Lo más probable es que George se viera asustado por las palabras del sirviente en *White's*, el cual nos dio un par de reglas a seguir, que yo no tengo intención de seguir para tener un buen matrimonio.

Capítulo 3

El primo de George era cerrado a la idea del matrimonio y nadie sabía la razón por la que era de esa manera.

Comer con él casi representaba una tortura por las quejas y la mala predisposición para permanecer despierto. Apenas Steven terminó su almuerzo, se despidió y regresó a su habitación con órdenes de que nadie lo volviera a molestar o sería despedido.

George se despidió de su tía y regresó a su residencia. Disfrutó el tiempo que pudo conversar con ella, pese a la fatalidad que siempre llevaba en sus hombros.

Al llegar a su casa, su sirviente se acercó a él y cogió su bastón, el sombrero y los guantes para colocarlos en su lugar.

—Quiero un té y un libro, Claypole.

—Sí, su señoría...

Se sentó en su sillón y esperó a que su sirviente le trajera lo que deseaba y alzara sus pies para acomodarlo mejor.

—Su libro... —Claypole se lo entregó y después se propuso colocar una pequeña y cómoda butaca bajo los pies del marqués para que él pudiera reposar con tranquilidad.

—¿Ha venido el letrado?

—Sí, su señoría. Lo he despachado como pidió, pero insistía en al menos dejarle dicho algo.

—¿Qué es?

—Dijo algo de Arthur Scott, no sé si le suena ese nombre.

—No, no lo conozco. Estoy seguro de que es una estafa. Este señor quiere involucrarme en algo extraño para sacarme dinero. No veo otra explicación para tanta insistencia.

—Es probable, pero el hombre no se veía deshonesto y mucho menos, hambriento. Se ve que es de buen comer, señoría.

—Tal vez deje de insistir en algún momento. No conozco a nadie de apellido Scott y mi padre lleva muchos años muerto como para hacer amigos nuevos.

—Le traeré su té. No se quede dormido otra vez.

—No lo haré, estoy muy despierto.

Mientras que su sirviente fue a por el té, George miró el techo de su casa. Primero pensó en

quién era Arthur Scott. El apellido no estaba en su mente como alguien que pudiera conocer. Luego pensó en lo que había conversado con el obispo. Consideraba que era una buena idea hacerle caso y conocer a la joven que le había sugerido. Quizá con eso la búsqueda de una esposa fuera menos estrambótica. Necesitaba una mujer inteligente que supiera llevar una casa y atender a su esposo. Esa última parte era lo que más le importaba. Quería ser bien atendido por quién se casara con él. Quería intimidad al menos unas tres veces por semana, no quería que todo fuera recatado. George deseaba ver un cuerpo desnudo al que pudiera acariciar sin parar y con el que pudiera desahogar su felicidad.

La joven que le había indicado el obispo, le parecía bella y cumpliría por completo con lo que se esperaba para que él pudiera sentirse atraído para intimar. Los hijos vendrían rápido y con eso su soledad se acabaría. En la casa tenía muchas dependencias y ella tendría su propio salón de té, de música y arte y una terraza en el jardín para recibir a sus amistades en las tardes en que organizara algo. Como marquesa, debía ser reconocida por sus modales y su excelencia a la hora de organizar tardes del té o bailes e incluso paseos a algunas de las propiedades que tenían.

—Una sonrisa sospechosa, su señoría —comentó su sirviente al regresar y ver a su patrón muy sonriente y mirando al techo.

—Creo que has estado pidiéndole mucho a Dios por mí, tanto, que el obispo me ha mostrado a una joven debutante que, para su buena fortuna, físicamente me agrada.

—Me complace escuchar que pronto tendremos una marquesa otra vez. Espero que esté a la altura de su madre.

—No creo que sea muy bueno comparar a las madres con las esposas. Todas vienen de diferentes lugares y convivencias. Es probable que también me ponga a hacer esos cuestionamientos al igual que tú y caiga en el vicio de la comparación, pero intentaré no hacerlo.

—Es necesario tener a una dama que cuide de su casa y de usted. Ha estado tan abandonado que sin duda requiere de mucha atención.

—Me he puesto a pensar en eso, Claypole, y sé que mi soledad desaparecerá cuando alguien me acompañe. Quizá no seamos la pareja perfecta como mi madre y mi padre, pero el tiempo es quien dictará los caminos que seguiré.

—En esta casa se respiraba felicidad, señoría.

—Confiemos en que volverán los viejos tiempos con nuevos protagonistas. Me tomaré el té y leeré mi libro, Claypole. Puedes retirarte.

Claypole asintió, hizo una reverencia y se retiró hacia la cocina para continuar con los quehaceres. El marqués se quedó leyendo el libro y bebiendo su té a cortos sorbos, aunque unos minutos después terminó rendido por haber trasnochado.

Su ayuda de cámara no osó en molestarlo, por lo que dejó que siguiera descansando en el sitio, en cualquier momento tendría un buen dolor de cuello. Sonrió al verlo ahí, durmiendo con la boca abierta. Lo recordaba cuando era más pequeño y él, como su ayuda de cámara, debía cuidarlo, solía recogerlo del jardín cuando se quedaba dormido en medio de sus juegos. Ya era

un hombre maduro, pero para su sirviente quizá siempre fuera un niño muy querido por sus padres y adorado por sus sirvientes. No había cambiado demasiado con los años, quizá fuera más selectivo y exigente; sin embargo, resultaba soportable.

La incomodidad del asiento hizo que George despertada después de una hora de estar dormido. Miró a su alrededor y la luz del sol todavía alumbraba las estancias de su residencia. Trató de incorporarse y sintió un fuerte dolor en el cuello que lo hizo gruñir. Se fregó los ojos y se colocó en una posición de cansancio. Su cuerpo se sentía lánguido. Sabía cuáles eran los resultados de salir por la noche y beber hasta el agua del florero, sabiendo aquello no le importó emborracharse y gozar de la diversión del juego en compañía con sus amistades, quizá para la próxima lo pensara dos veces.

Derbyshire...

—¡Corra y arrodílese conmigo, milady! —exclamó la doncella que acompañaba a la joven en su habitación. Ella se arrodilló y juntó sus manos para encomendarse a Dios.

Mientras que la doncella cobardemente solo rezaba, lady Brianne Scott colocaba una silla para trabar el picaporte de la puerta al escuchar los pasos de su nuevo tutor.

—¡Brianne! —la llamó.

Ella dio un respingo y retrocedió de la puerta.

—Milady, por favor...

—No me arrodillaré. Lo importante hoy es sobrevivir otra vez. No entrará aquí —declaró Brianne, decidida.

—¡Quiero hacerte mía, Brianne! ¡Sal!

Los golpes daban la impresión de que la puerta sería derribada en cualquier momento. Brianne escuchaba a su doncella suplicar al cielo para que él no entrara y les hiciera daño.

El ataque de fuerza bruta cesó después de unos instantes en los que escucharon que el agresor vomitaba en el pasillo. Había bebido demasiado otra vez. Por esa ocasión volvieron a salvarse.

La joven se sentó junto a la asustada doncella. Una de ellas debía tener el valor suficiente para enfrentar al desgraciado que quería echar a perder la vida de ambas.

—Ya ha pasado, Grace, todo está bien —dijo Brianne para tranquilizarla.

—Milady, ¿qué haremos cuando esa puerta no soporte los golpes?

—El letrado me traerá noticias pronto. El marqués de Blister es nuestra única opción. No sé de otro conocido de mi padre.

—Pero si ese marqués le ha dicho al letrado que lo buscara otro día. No tenemos tiempo de seguir esperando un milagro. El heredero de su padre es todo, menos una buena persona si pretende abusar de usted, a quien debería cuidar.

—Lamento que mi vida cambiara tanto. Debí debutar el año pasado, y aún sigo aquí, intentando sobrevivir. Quiero ser fuerte, Grace. Necesito de mis fuerzas para seguir y no bajar los brazos. Mis esperanzas están puestas en ese marqués y lo voy a lograr. Saldré de este sitio a como dé lugar. Bailaré en los salones y me casaré con un joven caballero que me hará feliz. Tendré hijos y organizaré preciosas fiestas. No pienso decaer por nada del mundo, ni por más que ahora todo parezca negro por culpa de Brandon.

—Todavía sigue teniendo fe después de que recibiera negativas.

—Si vuelvo a tener otra, no me quedará otra opción más que aparecer frente al marqués y pedirle que cuide de mí. No se negará cuando le cuente esto en caso de necesitarlo.

El padre de Brianne murió el año pasado, y desde entonces, fue condenada a vivir junto al heredero de su padre, Brandon Scott, un primo lejano, que, de un tiempo a esa parte, comenzó a acariciarla y acosarla, hasta el punto de insinuarle que se acostaran. Ella tenía una educación muy completa, por lo que comenzaba a comprender las intenciones de él y no eran para nada honorables. Corría peligro viviendo bajo el mismo techo. Se le ocurrió que el marqués de Blister podría hacerse cargo de ella, ya que fue amigo de su padre y su padrino de bautismo. Brianne no tenía la intención de hablar de Brandon, salvo que fuera algo muy necesario.

—Podremos dormir tranquilas un par de horas y también lograremos desayunar. Luego nos iremos al campo a pasar todo el día, regresaremos por la noche a encerrarnos —comentó Brianne que se acostó en la cama.

Su doncella la siguió minutos después.

—Espero que milord no descubra lo que está haciendo para librarse de él. No sabemos de qué puede ser capaz.

—Lo sabemos, pero es un ebrio. Gastará todo el dinero que fue de mi padre y mi dote en alcohol. Necesito casarme antes de que se lo tome todo para que mi esposo reclame la dote. ¿Quién querría casarse con una mujer sin dote?

—A estas alturas solo estar casada con un mejor hombre es la solución a sus problemas.

—No me casaré con alguien que no tenga título. No voy a desperdiciar la educación que mi padre me ha dado. Soy una dama y me casaré con alguien importante de Londres, o al menos con un conde, con alguien que posea un título.

—Espero que lo encuentre pronto.

—Solo es cuestión de tener paciencia y esperar la carta del letrado.

Si bien Brianne decía que debían tener paciencia, la verdad era que, al igual que el tiempo, la paciencia se le estaba agotando. En ocasiones, quería sucumbir ante el miedo como lo hacía su

doncella, pero debía mantener la calma o terminaría como no deseaba. Su única defensa era huir. Sabía que a largo plazo jamás podría soportar más de lo que en ese instante soportaba.

En un primer momento, creyó que Brandon la cuidaría y se ocuparía de conseguirle un buen matrimonio, mas con el paso de los días él le mostró su verdadero rostro. Era un hombre codicioso, perverso y lleno de vicios, que creía que tendría a una mujer de todo tiempo bajo su techo. Desde que le mostró los dientes, ella comenzó a cerrar la puerta de su habitación con llave y hasta asegurarla con muebles. La ventana siempre era una opción para escapar en casos extremos de que derribara la puerta.

Tenía algunas joyas que tenía listas en una bolsa con dos prendas para salir huyendo cuando la ocasión lo requiriera. Con el tiempo que tenía, podía pensar en algunas soluciones de corto o largo plazo, lo importante es que supusiera una mejora en su vida.

Le entristecía darse cuenta de que el legado de su padre se perdería para siempre. Eso era lo malo de no tener un heredero. Él solo alcanzó a tener una hija a la que amaba, pero que, a final de cuentas, no le servía para nada más que para hacerle gastar un buen dinero en educación, vestidos, joyas y otros costosos obsequios.

Las dos mujeres se cubrieron con la manta de la cama y se agarraron de las manos. Brianne quería mucho a su doncella, para ella era más que una criada, era su compañera de vida que se encontraba a su lado en las buenas y en las malas.

Capítulo 4

Por la mañana, abrieron la puerta de la habitación y encontraron el pasillo reluciente. Los criados habían limpiado el desastre que había hecho Brandon.

Bajaron las escaleras y fueron rumbo a la cocina. Ahí encontraron a la cocinera terminando el desayuno que les daría.

—Buen día, milady, ¿ha podido descansar? —preguntó la cocinera que le sirvió el desayuno en la mesa del lugar.

—Sí, Grace y yo hemos podido hacerlo gracias a que Brandon es un ebrio estúpido.

La cocinera y la doncella rieron al escuchar lo que había dicho Brianne.

—Espero que milord no escuche que dice esas cosas de él, porque la castigará, milady.

—Su sola presencia es un castigo para cualquiera. Nunca hemos conocido a alguien así —comentó la joven.

—Desayune pronto, milady. Le he preparado una cesta para que puedan ir usted y su doncella a pasear y pasar el día como siempre.

—Te lo agradezco. No sé qué sería de mí sin tan fieles sirvientes.

—Dios permita que sus planes puedan cumplirse y deje este lugar. Tal vez le sirvamos a este hombre por un corto tiempo. Si estamos aquí es por usted y no por él.

Se sentía querida por esas personas que trabajaban en su casa. Ellos la ayudaban a que su destino no fuera horrible. Su objetivo no era solo ir a Londres y conseguir un excelente esposo, sino que esa persona contratara a sus sirvientes para no dejarlos en manos del malvado Brandon.

Después de terminar el desayuno, Brianne y su doncella se perdieron en el paisaje de la propiedad. El verde de la naturaleza ayudaba a que estuvieran refugiadas y seguras cerca de los lugares más hermosos. Brandon no salía de la casa, por lo que al menos nadie las molestaría.

Tanto a Brianne como a la doncella, se les había convertido en un hábito construir un pequeño refugio con ramas y hojas secas. La idea era resguardarse de las malas condiciones del clima cada vez que las tomaba en el lugar.

Cuando la lluvia no les permitía salir de la residencia, ambas se quedaban todo el día en la habitación, pues la cocinera les llevaba la comida para todo el día en la madrugada, apenas ellos se levantaban para trabajar. Esa fue la forma que encontraron para sobrevivir a la llegada del maldito heredero. Todos habían sido maldecidos al tenerlo bajo el mismo techo.

—¿Y Brianne? —preguntó Brandon.

—Milady ha salido, milord —respondió la cocinera al hombre.

—¿Con qué permiso ha salido? Esa jovencita necesita un correctivo.

La mujer guardó silencio, si ella replicaba tal vez terminaría en una mala situación.

Brandon Scott, el nuevo conde de Waterfall, pensaba que Brianne era de su propiedad y que ella le debía respeto y servilismo por mantenerla. Además, ella debía pagar como él deseaba, y eso era teniéndola en su cama cada vez que quisiera. Era un joven de veintiocho años al que todavía le gustaba la gran vida de fiesta y alcohol. Con gran prepotencia había entrado en esa casa para adueñarse de todo. De nuevo era un hombre rico, pues ese título, pese a que lo esperaba en algún momento, no creía que sería tan pronto. Su prima lejana, le parecía una de las mujeres más bellas que había visto, pero también muy grosera al rechazarlo. Eso le disgustaba, pues él se describía como alguien que era atractivo y solo ella era capaz de hacerle un desaire. Eso lo impulsaba a sentirse frustrado y querer obtener la atención de Brianne a cualquier precio.

Brandon decidió que esperaría a la joven hasta que ella apareciera para poder atraparla. Estaba cansado de que ella desapareciera y lo ignorara.

Con la paciencia de alguien decidido, esperó a que la joven apareciera. Casi estaba oscureciendo cuando vio a Brianne y a su doncella, escurrirse como dos delincuentes en la casa. Habían entrado por la cocina.

—¡Brianne! —vociferó haciendo que se exaltaran las dos mujeres.

Brianne se quedó inmóvil y con los ojos muy abiertos al oír la voz de Brandon. No podía creer la pésima suerte que tenían.

—¿Por qué sales de la casa sin mi permiso? ¡No puedes hacerlo! —reprochó el conde que había cogido una fusta y la tenía en su mano para intimidar a Brianne.

—Porque no estoy dispuesta a seguir las órdenes de un ebrio irresponsable —replicó con valentía, viendo que él agitaba la fusta en su mano. Podía golpearla, pero ella no bajaría la cabeza ni se sometería a su voluntad.

—¿Qué dijiste? —Aquella pregunta era para que ella se retractara de lo que había dicho.

—Que eres un ebrio irresponsable, incapaz de cuidar de una mujer. Eres un peligro para cualquiera.

El conde se acercó a ella para golpearla con la fusta, pero Grace se interpuso y terminó siendo alcanzada por la ira de Brandon.

—¡Desgraciado! —exclamó Brianne arrodillándose para auxiliar a su doncella caída en el suelo.

Él retrocedió unos pasos y tragó saliva.

—No debiste interponerte, Grace.

—Haría lo que fuera por usted, milady... —pronunció entre lágrimas de dolor.

—Estás despedida, Grace. Te irás de esta casa —sentenció Brandon—. Voy a doblegarte como sea, Brianne, te arrepentirás por rechazarme.

—Ella no está despedida. Puedes intentar todo, pero una cosa te puedo jurar, jamás me tocarás.

—Veremos cuánto soporta tu espíritu cuando te quedes sin estos inútiles que son tus sirvientes.

—Te sorprenderá saber que prefiero la muerte antes de que me toques. En cualquier momento me encontrarás muerta, y si no te duele mi fallecimiento, te dolerá no haberme tenido jamás.

Ella ayudó a Grace para que se incorporara y fueron con rapidez por las escaleras para encerrarse en la habitación. Brianne sentó a su doncella en la cama y después cerró la puerta con llave y colocó muebles para estar más tranquilas.

—Grace, no debiste hacerlo. Mira cómo está tu rostro —dijo al ver la marca de lo que era una raspadura sangrienta.

—Mi deber es estar a su lado y cuidarla. Es mi compromiso. La quiero mucho, milady, y sé que no merece esto que ocurre.

—Me siento tan impotente al condenarlos aquí. Debería cerrar mi boca para que ustedes no sufrieran.

—No pierda la fe. No debe tardar la respuesta del letrado.

Brianne curó el rostro de su doncella, después encendió una lámpara para ver algo en medio de la oscuridad. Cogió uno de sus libros de infancia y se lo leyó a Grace para que pudieran acogerse bajo el manto de la inocencia y la tranquilidad.

Esa noche parecía que Brandon no tenía intenciones de acercarse a su habitación y arañar su puerta. Ellas podrían descansar sin temor alguno.

Cerca de la medianoche, Brianne dio un respingo y quitó un cuchillo que se encontraba bajo su almohada. Esa era su última opción de seguridad.

—Milady... —murmuró la cocinera y después se oyó el sonido de un papel pasando bajo la puerta—. Ha llegado una carta de mi tía...

Al oír eso, Brianne corrió hacia la puerta y cogió el papel que la cocinera había pasado. Ella dijo la palabra clave. La carta de su tía significaba el contacto del letrado con ella. Después, se acercó a despertar a Grace. Debían leer esa carta juntas. Sus esperanzas estaban puestas en ese escrito.

—Grace, despierta. Hay una carta. Es lo que esperábamos —susurró Brianne.

—¿En serio, milady? Vamos a ir a Londres, estoy segura de eso —replicó, emocionada al despertar.

Con el alma esperanzada, Brianne rompió el sello y comenzó su lectura.

Estimada lady Brianne Scott

La saludo por este medio con el respeto que merece. Me hubiera encantado ser portador de buenas noticias para usted, pero no he podido lograr los resultados esperados. El marqués de Blister no ha aceptado recibirme en las ocasiones que he ido, ni siquiera cuando me ha dado un día para ir. Me temo que él no podrá ser una opción para lo que usted pretende.

Le sugiero que piense en el nombre de otros parientes si los conoce, o que trate de hurgar en los nombres de los documentos que pertenecieron a su padre o bien, hablar con la servidumbre más antigua de la casa para informarse sobre otras personas.

Esperaré sus instrucciones para poder continuar con la búsqueda de un nuevo hogar para usted.

Atentamente,

Middleton.

Al oír la lectura de la corta misiva, Grace se hundió en la desesperación, mientras que Brianne intentaba no seguir el camino de su criada. No le quedaba más remedio que tomar la determinación de irse de esa casa.

—Ninguna otra persona puede pagar lo que yo requiero, solo ese marqués. Tendré que ir hasta ahí y no dejar que me eche —sentenció guardando la carta.

—Pero, milady, ¿qué haremos en Londres sin dinero?

—Si me toca secuestrar a un noble lo haré. Estoy desesperada y nada ni nadie puede detenerme en este estado de pánico en el que me encuentro. Ni siquiera un delincuente podría contra mí.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—De una manera simple... —Brianne miró hacia la ventana para que Grace entendiera lo que tenía pensado hacer.

—¿Saldremos por ahí? Podríamos rompernos un hueso, milady.

—Prefiero eso a quedarme aquí. Puedes escoger salir por la puerta y que Brandon te encuentre o podríamos arrojar algunas cosas por la ventana y huir con eso. Tengo joyas y un poco de dinero. Con eso llegaremos a Londres.

—¿Sabe dónde vive ese marqués?

—No, pero todo se resuelve preguntando, ¿o no?

Grace todavía dudaba de la idea de Brianne, mas la veía confiada en que lo que planeaba saldría bien.

—Entonces lo haremos, milady.

—Toma lo que puedas. Iremos al pueblo, pagaremos una diligencia y eso será todo. Adiós, Derbyshire.

Las dos encendieron más lámparas para ponerse a buscar más cosas que pudieran llevar. Cualquier cosa de valor la venderían en el camino. No había tiempo de seguir pensando en nada más. Brandon cada vez era más violento y la puerta estaba cerca de sucumbir, cosa que podría ocurrir en cualquier día de esos.

Ellas arrojaron la bolsa con más prendas y objetos para vender, mientras que Brianne llevaba en una bolsa de menor tamaño el dinero y las joyas, escondidas en su liga. Estaba bien asegurada para no perderla.

Al abrir la ventana, ambas echaron un vistazo al oscuro paisaje. No alcanzaban a distinguir el suelo.

—No hay tiempo para temores. Hay más cosas a las cuales tenerles miedo, y una de ellas se llama Brandon —declaró Brianne que fue la primera en salir por esa abertura e intentar que la caída le doliera lo menos posible.

Una vez que tomó valor, se arrojó sobre unas plantas que deberían estar ahí para suavizar su caída.

Grace tenía el corazón en la boca. Solo al ver que Brianne se paraba después de haber caído, ella imitó los movimientos de la joven y también se arrojó, intentando no gritar por el miedo que le tenía a las alturas.

—¡Lo logramos, milady! —expresó Grace, animada. Tenía más ánimo y menos miedo que antes.

—¡Coge las cosas y vámonos, somos libres!

Su doncella estaba mucho mejor de lo que se encontraba Brianne, pues se había golpeado la espalda y caminaba como si fuera una anciana. Esperaba que la molestia pasara pronto para tomar velocidad en la huida. Sabía que tendría mucha ventaja sobre el conde y eso les permitiría respirar con tranquilidad. Solo se preocuparían al llegar a Londres.

De lejos, intentó observar su casa por última vez. No pudo evitar que se escapara una lágrima de añoranza por aquellos tiempos felices que jamás regresarían. Ya no era una niña y su padre estaba muerto. Todo había cambiado en un año, y era para mal.

Con valentía, trató de hacerse camino entre los matorrales y recordar el sendero que las llevaría al pueblo.

Por la mañana, la cocinera se había dado cuenta de que la dama de la casa no había bajado para llevar su cesta con comida. Eso le preocupó y fue a la habitación que estaba cerrada.

—¿Milady? ¿Milady? —insistió la mujer.

No quería creer que le hubiera ocurrido algo a ella y a Grace.

—¿Qué está haciendo? —cuestionó Brandon, al ver a la cocinera golpeando la puerta de Brianne.

—Nada, milord.

—¿Será que por fin encontraré a Brianne en esta casa? —preguntó burlón e intentó abrir la puerta. La misma estaba cerrada—. Morirá ahí dentro, ya que no alcanzó a salir antes de que me despertara. Que nadie le sirva comida. Aprenderá una lección.

Capítulo 5

George se había sentado un día completo para responder invitaciones a los primeros bailes de temporada. Asistiría a todos y cada uno de ellos, no se haría el exquisito. Consideró que no se negaría a conocer a las jóvenes que estuvieran por ahí, pero la joven de la abadía tenía preferencia por las referencias.

Esa noche tenía su primer acontecimiento, el cual miraría con otros ojos. No iría solo a beber, comer y encontrarse con sus amistades para burlarse de los demás de manera inmadura y nefasta. Su vista debía estar entrenada para reconocer a la mujer que lo liberaría de su soledad.

—Su ropa está lista, señoría. Lo ayudaré... —dijo Claypole que dejó las prendas en la cama para vestir a su patrón.

—Puedo ponerme todo solo...

—Señoría, siempre lo he ayudado.

—Puedes ayudarme con los arreglos finales que son los que más cuestan. Me he dado cuenta de que dependo de ti para más de lo esencial. No hago cosas que sé que puedo hacer. Estoy preocupado pensando en que una dama quizá se burle de mí, tal vez hasta diga que solo falta que me den de comer en la boca. Soy un adulto, un marqués independiente que está en condiciones de ser autosuficiente.

—Nadie tiene razones para saber si usted es dependiente o no de su ayuda de cámara. Supongo que su esposa dormirá en la habitación que está destinada para la marquesa. No sabrá lo que ocurre aquí en su intimidad.

—Podría invitarla aquí para conocerla mejor. Dormir con ella podría ser algo interesante.

—Le quitará espacio en la cama. Tal vez tenga malos hábitos al dormir y usted termine en un pequeño rincón de su propio lecho. Algunas damas quieren invadir la privacidad de un caballero y opinar sobre su vida. Le recomiendo dormir solo.

—No llegaremos a un acuerdo, Claypole. Dejo claro que desde ahora me ocuparé de las cosas más básicas para una persona.

—Será como usted disponga. Siempre estaré para servirle.

Al parecer, Claypole no quería dejar que el marqués se moviera solo, quizá por sus viejos recuerdos, por un exceso de afecto hacia él o por cuidado. El sirviente se resistía a que su patrón no necesitara de él. Como un criado eficiente, Claypole debía dejar las funciones más importantes para George, y una de ellas era pensar, decidir, deliberar y gestionar. No debía ocuparse de tonterías como vestirse, usar una sombrilla o lustrar sus zapatos. Para eso tenía alguien que lo asistía en todo lo posible.

Cuando George terminó de vestirse, Claypole arregló lo que él había puesto de manera

incorrecta o débil. Le acercó un alhajero para que el marqués escogiera algún broche de los muchos que tenía para colocarlo en el nudo de su pañuelo. Se debía a la máxima elegancia, ya que su posición se lo exigía.

—Pide al cochero que mueva el carruaje para partir, Claypole. Quiero llegar a tiempo para observar a quienes acuden. No pienso llegar tarde a ningún lugar y que después se escondan las buenas candidatas.

—Sí, señoría.

El criado obedeció y al poco tiempo el carruaje estaba frente a la residencia presto para salir.

—Que tenga éxito esta noche, su señoría —lo despidió Claypole.

Por primera vez se sentía un poco nervioso. No era lo mismo ir a un lugar a divertirse que a observar con quién pasar el resto de su vida. Estaba dando un paso que no había considerado en muchos años, pero era tiempo, el momento había llegado. Aparte de su tía, no tenía familia que «lo motivara» a contraer matrimonio. El dinero nunca fue un incentivo para casarse. No sabía ni siquiera las razones por las que en este instante decidió casarse, aunque la soledad claramente era una de ellas, después podría ser la edad, la falta de disfrute y el exceso de bebida para sentirse contento. En su juventud había bebido por diversión, mas en los últimos años bebía por aburrimiento. Cada año sentía que el círculo de los solteros se estaba convirtiendo en el círculo de los solterones. Todos ellos tenían algo que cumplir y ninguno había sentido el llamado del matrimonio, salvo él. Era el primero en considerar los consejos del viejo sirviente de *White's* y tomar en serio la misión de engendrar herederos.

Al llegar al baile, él bajó del carruaje decidido a observar a cada fémina, no se privaría de ninguna y bailarían con quien él considerara mejor partido. Entró al salón y fue anunciado. Aún no había muchas personas en el recinto, y las que se encontraban eran personas de mayor edad, para no decir matronas.

Sus ojos no se despegaban de la entrada, en cualquier momento vería a la joven que estaba esperando.

Lady Amelia Fitzgerald, lady Elizabeth Donaldson, la señorita Christine Rotterdam y lady Melissa Amery eran las candidatas a ser sus acompañantes esa noche. La última de ellas era la mujer de la abadía.

Bailar era algo que George disfrutaba, aunque prefería bailar con las hijas y esposas de sus conocidos para no levantar falsas esperanzas en las damas, pero esa noche era la excepción, quería comenzar a acumular experiencia con mujeres que serían candidatas.

Su primer baile con lady Amelia Fitzgerald había comenzado a causar revuelo en el salón. Los cuchicheos eran incesantes, puesto que uno de los caballeros del círculo de los solteros estaba actuando distinto, lo que podría significar que los otros miembros, con excelentes nombres y fortuna, también podrían estar en condiciones de hacer lo mismo.

Los pensamientos sobre la desaparición del grupo que habían compuesto los solteros era a

lo que todas las matronas y damas ambiciosas le tenían fe.

—Madre, ¿cree que esa tal lady Amelia pueda conquistar al marqués? —cuestionó Melissa.

—Por supuesto que no, querida. Mírala, ni siquiera es la mitad de bonita que tú, y tampoco tiene una gran dote.

—Espero que sea de esa manera o yo desfalleceré. Dígale a mi padre que aumente mi dote si es necesario. Él es tan atractivo, que no lo veo con otra joven más que conmigo.

—Entonces es tu momento, acapáralo.

La idea que le había dado su madre le resultaba un poco atrevida, pero si quería ser marquesa, debía atreverse a mucho y sobre todo a sacar a la competencia de su camino. Ninguna dama le quitaría lo que a ella le parecía el mejor partido.

Cuando se fijó que la pieza acabó y tanto Amelia como el marqués fueron hacia donde se encontraba la familia de la joven, Melissa se apresuró para causar lo que ella consideraba un accidente afortunado. Cogió una copa de vino de uno de los mozos que estaba por el lugar y después le dio un sorbo hasta llegar donde el caballero de sus sueños dejaba a Amelia. Aquel cruzó unas palabras con el padre de la joven y después hizo una inclinación de cabeza para retirarse.

George consideraba a Amelia demasiado silenciosa para romper con su soledad. Era muy hermosa, cierto, pero no cumplía con la diversión que él esperaba. Además, no podía imaginarla en la cama. Si a una mujer después de escuchar su voz no la podía ver en su lecho, eso significaba que no existía deseo, si no había eso, tampoco existirían herederos, y eso no estaba en su consideración.

—¡Oh!

Exclamó la voz de una joven y luego oyó que un cristal se rompía. George miró al suelo y vio una copa rota, después alzó la mirada y encontró a la hija de lady Amery, la joven a la que pronto iría a buscar, pero al parecer el destino hizo que ella apareciera antes.

—Lo lamento, estaba distraído —dijo George para disculparse.

—No es su culpa, no me había fijado por donde iba. Es por mi desatención. —Ella quitó un pañuelo de su ridículo y se lo ofreció con presteza—. Si necesita limpiar su prenda o sus zapatos...

El marqués sonrió ante la amabilidad y dulzura de la joven.

—Mi nombre es George Mountbatten, marqués de Blister. Le agradezco su tan agradable detalle, ¿sería tan amable de presentarse ante mí?

Melissa no podía evitar sonreír. El marqués era un hombre amable y para nada iracundo. Ella había hecho una maniobra bastante arriesgada que pudo haberle salido mal, pero él se mostraba amable y complaciente.

—Lady Melissa Amery, su señoría. —La joven hizo una graciosa reverencia que al parecer dejó complacido al caballero.

—Creo que la he visto en la abadía el domingo —comentó George.

—Es cierto... —Ella se sonrojó porque él había recordado que cruzaron miradas.

—¿Podría llevarme junto a su madre para que acordemos un baile?

—Por supuesto, señoría.

Él le ofreció el brazo a Melissa y ella lo cogió sin dudarle un segundo. Entre ellos existía cierta atracción que se debía a lo desconocido. Lo inesperado era lo que hacía que dos personas pudieran atraerse mutuamente.

Lady Amery miraba a su hija mientras se acercaba conversando sonriente en compañía del marqués. Ella ya estaba hincando el diente al título de marquesa que tendría su hija.

—Querido, si hace falta vendes tu alma para que tu hija sea marquesa de Blister —musitó la mujer entre dientes para que su esposo lo oyera.

—Si pudiera te ofrecería a ti también y viviría mi tan anhelada paz —habló su esposo en respuesta a lo que había manifestado su esposa.

—Hasta que la muerte nos separe, querido, te recuerdo que cuando eso ocurra tú podrás ser libre, mientras tanto, me seguirás tolerando.

—Disculpen... —pronunció George que se acercó a los Amery.

—No hay razones para disculparse. ¿En qué podemos ayudarle? —preguntó el padre de Melissa.

—Quisiera solicitar un baile con su hija. Espero que no me nieguen la oportunidad de conocerla...

—Si Melissa está de acuerdo, usted puede llevarla a donde guste —concedió el hombre—. Sin embargo, me gustaría saber quién quiere bailar con mi hija.

—Creo que estoy oxidado respecto a la sociedad. No suelo conversar demasiado con las personas ajenas a mi grupo de amigos. Soy el marqués de Blister.

Mientras que George se presentaba, la madre de Melissa le apretaba el brazo con cariño para hacerle saber que estaban consiguiendo lo que deseaban.

—Soy el conde de Amery y ella es mi esposa, lady Amery —la presentó el caballero.

—Es un placer conocerlos a ambos. Si me permiten, llevaré a milady para que podamos bailar.

—Claro, su señoría. Melissa es una excelente bailarina. No hay nada mejor que el baile

para acrecentar el conocimiento mutuo —opinó lady Amery.

—Es lo que deseo...

Tanto el marqués como la joven partieron hacia donde los demás danzantes bailarían la próxima pieza.

—Oh, creo que todos hemos olvidado un detalle, milady —dijo George de repente.

—¿Y qué hemos olvidado, su señoría? —cuestionó Melissa, confundida.

—Usted tiene más nombres en su carnet y yo no me he anotado para poder bailar. Sus admiradores estarán muy enfadados conmigo al acabar este baile.

—Creo que mis pies aguantarán muchos bailes, al igual que los suyos. No dejo de creer que sus admiradoras también deben estar enfadadas conmigo por robarles el turno. Estamos en igualdad de condiciones, señoría.

—Tiene razón al creer en eso. Ambos tendremos un par de inconvenientes después. Si volvemos a bailar, conversaremos sobre esto.

Para la joven existía otra oportunidad para bailar esa misma noche. Lo que debía hacer era hacerlo de la mejor manera posible en ese primer encuentro para propiciar el segundo, de esa forma, ella sacaría una gran ventaja de sus competidoras. Melissa no se dejaría vencer por el resto. Era decidida e inteligente, con una gran instrucción en la viveza gracias a su madre, que de esa manera había logrado casarse, aunque su padre no fuera tan asiduo a la amabilidad con su madre que tampoco era una pequeña libre, lady Amery era maquiavélica cuando lo deseaba. No había un paso que ella diera sin esperar buenos resultados.

Por más que debía conocer a más candidatas, lady Melissa Amery seguía en la delantera. Conocería al resto, pero esa joven era difícil de superar en varios aspectos y más porque él mismo la había colocado en ese pedestal, tal vez por un presentimiento de que ella era la mujer que necesitaba.

Capítulo 6

De aquella noche en que bailó con más de diez damas, George tenía la decisión en la punta de la lengua. Lady Melissa Amery era la joven a la que cortejaría y eso se lo anunciaría a sus amistades.

—¿Solo somos cuatro? —se quejó George al ver a sus amigos ahí y ni siquiera estaban todos.

—Conmigo cinco, señorita —comentó James.

—Les dije que este grupo se estaba desintegrando —opinó John, burlón—. Wilburg ya debe estar muerto y Adam quizá huyendo de alguna persona. No deja de ser un sinvergüenza. Estos condes son de lo peor.

—Te rogaría que no nos metas a todos en la misma bolsa —corrigió Steven.

—¿No eres tú el que se mete con mujeres casadas al igual que él? —cuestionó Herbert.

—¿Quién de todas estaba casada? Nunca lo he preguntado. ¿Quién soy para negarle a una dama los placeres de la cama? Sería un ser desalmado y sin corazón —replicó Steven.

—Es una pena que después de una semana, Wilburg, siendo un caballero, un duque, no esté aquí. Debió ocurrirle algo. Somos sus amigos y deberíamos preocuparnos por él —declaró George.

—¿Qué pudo ocurrirle en Gloucestershire? Debe haber encontrado una mujer con la cual prefiere pasar el tiempo que estar aquí, al lado de sus amigos, para enfrentar la dura realidad de Londres y de los solteros. O tal vez se ha dado cuenta de que tú, mi querido George, hiciste enloquecer a las damas creyendo que todos nosotros estamos en el mercado matrimonial, siendo que esta decisión es enteramente tuya, pero que nos afecta mucho —alegó John.

—Admito que John tiene razón. Salir a la calle se ha vuelto un juego peligroso, una rutina llena de obstáculos. Ir a la esquina y evitar a las damas es casi una misión imposible. Nunca antes me he sentido como la presa de un animal. Me miran con hambre. Estoy incómodo todo el tiempo.

—Por esa razón ni siquiera me verán en un salón —masculló Steven—. Los tiempos cada vez son más difíciles, las damas ya no son tan recatadas como antes. Estamos en un nuevo siglo y ellas enloquecieron.

—¿Desde cuándo tienen delirios de persecución? Yo le he tomado el gusto a los bailes y a danzar con muchas jóvenes interesantes, pero he escogido a quién cortejar.

Sus acompañantes no podían tragar sus bebidas y James había dejado de servir. Todos se habían quedado inmóviles.

—¿Por qué me ven así? Se supone que casarse es un acto corriente. Me ha llegado el

tiempo, ¿comprenden? —justificó el marqués, sonrojado. Se sentía muy avergonzado por tener que justificar sus acciones, o al menos, eso creía.

—¿Estás seguro del paso que darás? —curioseó Herbert.

—Desde que empezamos la temporada, él ha estado amenazando con esto. A mí no me sorprende del todo que deseara casarse, lo que me sorprende es que ya escogiera con quien —aseguró Steven.

—Entonces, el círculo de los solteros pronto será de cinco miembros, salvo que necesitemos nuevos —mencionó John.

—La diferencia entre ustedes y yo es que he aceptado mi destino. No puedo huir de él, tarde o temprano terminará alcanzándome.

—¿Y cómo sabes que ella es la indicada? Verla por años cada día, si tienes mala suerte, será un castigo. —Su primo quería aterrorizar a George para que desistiera de la idea, el grupo no sería lo mismo sin el creador.

—Me arriesgo y espero salir triunfante. Después puedo darles consejos de cómo conseguir a una dama ideal.

—Para eso está James, él ya nos ha dado esos consejos que más bien parecen chascos —se burló el duque.

—Tenga cuidado y no caiga en alguno de los chascos. Ya sabe que un aristócrata puede ser seducido por lo insólito del destino. Su señoría es un caballero determinado, dispuesto a correr el riesgo y su valentía será recompensada con una buena dama, alguien que abrirá sus horizontes y le traerá cosas buenas —puntualizó el sirviente.

—La única cosa buena que una mujer puede tener es una jugosa dote —farfulló Steven.

Para el marqués era algo cotidiano escuchar la sinfonía de quejas de sus amigos con respecto a sus gustos. Ellos no lo querían casar porque los afectaba, dejándolos vulnerables ante las malvadas damas de la sociedad. Ellos vivían en un mundo en donde las mujeres solteras eran como demonios que se llevarían sus almas. Él también había creído ese mito por mucho tiempo, pero era para mantenerse encuadrado en el grupo que había creado una noche en un juego de cartas con esas mismas personas. Su primer amigo fue Wilburg, ya que tenían la misma edad, su primo era viejo conocido para él de las reuniones familiares en Navidad a las que era invitado. Habían hecho muchas locuras en esos años, retos absurdos y hasta habían terminado en el médico por cuestiones tontas. Cuando estaban ebrios eran peores que monos.

Como era costumbre, James los dejaba bastante mareados, pero esa noche George no había bebido demasiado, no quería pasar un pésimo día pegándose las sábanas a la cabeza por no poder controlarse. Con esas mañan era evidente que estaba envejeciendo y que se hizo consciente de que debía ser un adulto responsable.

En su vida las cosas comenzaban a encajar de una manera que le sorprendía bastante.

James no lo tuvo que ayudar a subir a su carruaje, lo hizo por su propio pie y eso era como ser todopoderoso. Durante el camino cerró un poco los ojos para disfrutar del traqueteo y también darse cuenta de que pronto llovería. Los relámpagos iluminaban el cielo londinense y las nubes dejaban blanquecino el cielo oscuro.

Cuando llegó a su residencia, gruesas gotas de lluvia comenzaron a golpear su coche, parecía que esa noche él se bañaría obligado por el agua que caía del cielo.

Con rapidez el agua comenzó a llenar las calles, haciendo que el marqués saltara de su carruaje para evitar mojar sus zapatos. Corrió hacia la entrada de su residencia que estaba abierta y sonrió al ver ahí a Claypole.

—Una noche pasada por agua, Claypole. Es muy divertido —comentó sonriente.

—Su señoría, hay algo que tengo que decirle...

—¿Apareció Wilburg? Nos tiene preocupados. —George le entregó su sombrero y su bastón a su ayuda.

—No, señoría, tiene visitas.

—¿Visitas? No esperaba a nadie.

—Hay una joven que dice que se quedará aquí porque usted es su tutor.

«¿Tutor? ¿Tutor de quién?».

—¿Qué estás diciendo?

—Puede averiguarlo usted mismo conversando con la mujer. Está ahí en compañía de su doncella. Una diligencia vino a dejarla. La arrojó como si fuera nuestro problema.

George fue hacia el salón en el que estaban dos jóvenes con los ojos cerrados, parecían estar durmiendo sentadas.

—¿Quiénes son ustedes? —increpó con molestia en sus palabras.

Brianne y Grace se levantaron de un respingo e intentaron comprender lo que ocurría.

Brianne se fijó en el caballero que estaba frente a ella y quedó embelesada por el joven atractivo que se encontraba ahí con el ceño fruncido, viéndolas con confusión y enfado. Eso no era con exactitud lo que había estado esperando.

—¿Es la casa del marqués de Blister? —indagó Brianne.

Él levantó una ceja y observó a la joven que estaba algo desordenada, quizá por la hora, pero era bonita y su rostro inspiraba cierta dulzura. No llegaba a distinguir a la perfección el color de sus cabellos o de sus ojos.

—Soy yo, ¿qué quieren en mi casa?

—¿No debería ser más viejo, milady? —interrogó la doncella.

—Creo entender lo que pasa...

—No entiendo nada. ¿Quién demonios es usted? —masculló George con impertinencia.

—Cuide sus palabras conmigo, señoría. Soy lady Brianne Scott, ahijada del marqués de Blister.

—Señoría, creo que lo que dijo el letrado tiene que ver con esto —interrumpió Claypole.

—¿El tal Arthur Scott?

—Él fue mi padre, pero ha fallecido y no me quedan parientes.

Al entender lo que ocurría, George le enseñó una sonrisa sardónica.

—Tampoco tiene un padrino. Con permiso, Claypole las acompañará a la salida. —George se dirigía hacia las escaleras para ir a su habitación.

—Deténgase, marqués. Usted y yo tenemos que hablar —declaró la joven con determinación—. El letrado ha sido enviado por mí. Desde hace meses esperaba noticias tuyas, pero con la última negativa, no me quedó más remedio que presentarme ante usted y pedirle que se haga cargo de mí.

—Creo que no estoy oyendo bien. ¿Por qué razón me haría cargo de usted?

—Porque no tengo a nadie y necesito casarme para tener un lugar al cual ir.

—No, mi respuesta para usted es no. No pienso responsabilizarme por nadie. Estoy dirigiendo mi vida hacia donde quiero y no va a venir una extraña a echar a perder mis planes con los tuyos. ¿Le queda claro?

—Lo que le dejaré claro es que su padre era lo único que tenía y como usted es su heredero, también me ha heredado a mí. ¿Qué le parece? Nada es más claro que esto que le digo. Trataré de no molestarlo. Deme comida, un techo y ropa, del resto me encargo yo.

—¿Quién se ha creído que es? Si no quiere que la saque a patadas, se irá de aquí por su propio pie si no le gusta el mío.

—Milady... —habló la doncella, asustada.

—Calla, Grace. Su señoría no arrojará a dos mujeres desamparadas en medio de la lluvia.

—Yo no, pero mis sirvientes sí. Claypole...

El sirviente estaba dispuesto a cumplir con la orden de su patrón, pero Brianne no estaba dispuesta a rendirse ante nadie.

—No se atreva a tocarme, Claypole. Su señoría debería aprender a honrar a las amistades de su padre. Usted debió ir a mi bautismo en Derbyshire. ¿Será que no lo recuerda? A mí se me

hace imposible recordar, porque era un bebé, pero usted quizá fuera mayor.

George comenzó a hurgar en su memoria y ciertamente recordaba haber ido a un bautismo lejos de Londres. Su padre cargó a una niña rubia de ojos azules y la acunó con cariño hasta llegó a enseñársela, pero no recordaba su nombre.

—Nuestros padres fueron amigos. ¿Por qué no podríamos serlo nosotros? Le pido una pequeña ayuda porque no tengo a quién acudir. Solo le pido que me dé lo básico para vivir y su apoyo para conseguir un esposo. Soy una joven educada por una institutriz. Soy inteligente y toco instrumentos. Mi doncella y yo comemos muy poco, y no hace falta que le pague a ella, aún me quedan joyas para vender.

Claypole observó a su patrón que había puesto un rostro de que se rendía. La mujer era muy decidida y al parecer había logrado convencerlo.

—¿Instalo a milady en una de las habitaciones, señoría? —inquirió el sirviente.

—Hazlo. Mañana conversaremos mejor.

Ella sonrió y se acercó a George para tomar su mano.

—Se lo agradezco, señoría. —Lo cogió de su extremidad derecha.

—No agradezca nada, aún debo conversar sobre lo que realmente quiere aquí... —Él retiró su mano al sentir que ese contacto con ella no era algo que había experimentado alguna vez.

Tanto Brianne como Grace vieron como el marqués desaparecía ante sus ojos y solo quedaba con ellas el ayuda de cámara. La mirada que les dirigía era una de gran desconfianza.

—Atenderé a su señoría y después vendré para que puedan ubicarse en las habitaciones que les corresponderán en la casa. —Claypole dejó ahí a las jóvenes y se retiró para servirle a su patrón.

—¡Lo ha conseguido, milady! —la felicitó Grace.

—Es un cascarrabias y por poco nos saca de aquí. Tuve que armarme de valor para enfrentarlo. Sé que no tiene obligación de recibirnos, pero debía insistir. No sabía que su padre había muerto. Con eso mis planes se complicaron.

—Sí, lo sé. Cuando vi al marqués siendo un hombre de poca edad, sospeché que tendríamos problemas, pero usted me ha sorprendido, es una fiera, milady.

—No pienso regresar junto a Brandon. Prefiero enfrentarme a este hombre que sufrir las humillaciones e intentos de abuso del heredero de mi padre. Si su señoría me pregunta algo, seguiré diciendo que no tengo otros parientes que puedan ocuparse de mí. No pienso pasar más de seis meses aquí. En un par de meses debo casarme con alguien.

—¿Y su dote, milady? Milord es quien la tiene y el único que puede liberarla.

—No sé lo que haré. Voy a tener que ser muy encantadora para que alguien pueda tolerar la

locura de Brandon. No sé si él llegaría a pagar la dote que exigirá mi prometido, pero quien aprobará un hombre para mí es este marqués.

Capítulo 7

Claypole alcanzó al marqués en las escaleras, no quería que por un descuido él se accidentara.

—Si quiere todavía puedo sacar a la desconocida de aquí —dijo Claypole.

—Nunca debiste dejarla entrar. Ese fue el momento exacto en que debiste despacharla. Por hoy tiene dónde dormir, pero mañana, cuando esté menos ebrio, la increparé de tal forma en la que no pueda mentirme sobre su identidad. Para mí, su sola presencia aquí es una complicación. Ni siquiera puedo ocuparme de mí, y menos voy a poder ocuparme de una dama. Mi vida ha pasado de la tontería a lo ridículo e impensable.

—Lamento haber sido quien abrió la puerta, pero era una dama, no podía dejarla ahí. Tiene educación y tampoco me había dicho a qué venía, solo estaba empeñada en hablar con usted.

El sirviente abrió la puerta para que George pasara y después él se apresuró a colocar cerca de él su camisón.

—¿Por qué me ha caído del cielo esta mujer? —cuestionó el marqués.

—Más bien parece alguien salido del infierno. Se ha atrevido a enfrentar a un marqués. Debe ser discípula del mismo Satán y la que debió causar la muerte de su propio padre con esa forma de ser.

—En qué problema me he metido... Pero no pienso quedarme con él mucho tiempo. A lo mejor mañana lo resuelvo. Dicen que hablando se entiende la gente. Ahora no estoy en condiciones de dictar muchas cosas, incluso he sonado grosero, más de lo deseable. Soy un caballero y no debería comportarme de esta manera.

—Usted hizo lo que cualquiera hubiera hecho al encontrar a alguien en su casa y más que quisiera quedarse aquí, diciendo que debía ocuparse de su comida, techo y vestimenta como un tutor.

—Tienes razón, cualquiera ya se hubiera muerto, pero yo me encolericé y lastimosamente no morí.

—No puede morir sin dar herederos al título, señoría.

George guardó silencio por un momento y después dejó que Claypole hiciera su trabajo. No estaba con muchas ganas de discutir o hacer algo por sí mismo. Lo único que quería era que todo a su alrededor dejara de dar vueltas. Pensar no era una de las partes importantes en ese momento. Su vida no dependía de él por suerte.

Después que Claypole terminara de atender a George, fue para poder ubicar a las mujeres en los lugares en los que les correspondería quedarse el tiempo que el marqués lo dispusiera.

Brianne y su doncella estaban muy cansadas por haber recorrido tantas millas para llegar a

Londres. Fueron de diligencia en diligencia y de hospedaje en hospedaje. Esos días habían sido difíciles, pero satisfactorios. Las dos imaginaban la cara que tendría Brandon al darse cuenta de que ella ya no estaba bajo el mismo techo. Las dos podían gozar al pensar en eso y en saber que ese infeliz no las volvería a molestar. Ni siquiera imaginaba que ellas habían llegado hasta ahí, puesto que Brianne no dejó ni una sola carta que cruzó con el letrado.

El ruido del estómago de Grace hizo que Brianne se diera cuenta de que no habían comido nada desde su última parada hasta ese día. Llevaban un día entero sin comer.

—Milady, acompáñeme, la llevaré al cuarto de huéspedes que ocupará. La doncella dormirá en el área de servicio. ¿Tiene algo más que esta bolsa? —interrogó Claypole al ver que no había baúles dentro de la residencia, entonces quizá los había dejado afuera.

—Lo que mi doncella y yo tenemos es hambre. ¿Puede servirnos algo de comer? Al menos pan y queso. Algo que nos ayude a pasar la noche sin los molestos ruidos de un león hambriento —pidió la joven.

—Le mostraré la habitación y luego le serviré algo. Su doncella comerá en la cocina después de que ordene sus pertenencias en el armario.

A Grace le molestaba que el sirviente fuera más estirado que el propio marqués. Parecía el dueño de la casa y no un simple ayuda de cámara.

La joven y su doncella siguieron a Claypole hasta la segunda planta. Él cogió una lámpara que estaba en el pasillo y con ella las llevó hasta la habitación que ocuparía Brianne.

—Pase, milady. Es una habitación acogedora con un gran armario, una cama grande, un escritorio y una división adicional en dónde se encuentran su bañera —comentó Claypole que se dispuso a encender la lámpara de la habitación con el fuego de la suya, para que Brianne pudiera observar todo.

—Es amplia... —musitó impresionada.

—Dejaré esto aquí para que su doncella pueda ver qué hacer con sus prendas, mientras tanto, iré a por algo de comer para usted. Cuando ella termine puede ir a la cocina y ahí encontrará algo en la mesa. Con permiso, milady.

—Gracias, Claypole... —lo despidió.

Él cerró la puerta y Grace se sentó en la cama que ocuparía Brianne.

—«Con permiso, milady» —berreó Grace, imitando al sirviente.

—¿Te molesta el sirviente del marqués?

—Es un viejo que huele a antigüedad, a una muy amargada. Primero quiso echarla y ahora es un pan de Dios. Nadie le cree nada. No es digno de su confianza.

—Es comprensible que nos tengan cierta desconfianza, Grace. ¿Quién le abriría la puerta a dos extrañas exigiendo ver a un muerto? Ni siquiera se me había ocurrido que mi padrino

reposaba en la tierra. Sé que mañana me tendré que enfrentar al marqués, pero haré lo posible por agradarle y ganar mi lugar en esta casa.

—La verdad que usted no tiene un lugar en esta casa, milady. No tiene lazos de sangre con el marqués. Si se queda es porque él tiene muy buen corazón.

—Tal vez tengas razón, pero tengo que hacer que mi tiempo en esta casa sea tan grato para él como para mí. No quiero vivir con alguien con quien pelearé o con quien no me llevaré bien. Voy a impresionar a este marqués y conseguiré que pague lo que necesito para poder casarme y ser libre de una vez. No creo que Brandon llegue hasta aquí, pero por si las dudas, primero debo encontrar un prometido.

—El prometido no sirve de mucho si usted no tiene la aprobación de su tutor. El marqués no pagará una dote para usted.

—Es probable que no. No quiero pensar en eso ahora. Cuando consiga un caballero al que enamore y no pueda resistirse a mis encantos, lo último que le importará será mi dote.

—¿En qué mundo de fantasía vive? Su padre le ha dicho mil veces lo importantes que eran la dote y la reputación para una dama. No puede hablar tan a la ligera del asunto. No sé cómo serán los cortejos sociales, sabe que mi primera experiencia de doncella es con usted.

—Y no ha sido la mejor experiencia, pero cuando me case, te prometo que las cosas mejorarán. Tú y yo estaremos juntas.

—Eso espero, milady. Ahora me pondré manos a la obra para empezar con el arreglo de sus prendas. Quiero comer algo y no podré hacerlo aquí.

—Tendremos que dejar la vieja costumbre de dormir juntas por seguridad, aquí estaremos bien.

Grace asintió y comenzó a colocar las prendas en el armario. Los vestidos de Brianne no alcanzaban a llenar la enormidad de aquel mueble. Necesitaba muchos más para que cualquiera se sintiera conforme al mirar el lugar.

Cuando Grace terminó con su trabajo y se despidió para ir a la cocina y poder comer algo, mientras ella aguardaba al sirviente del marqués, comenzó a recorrer toda la habitación y observar la visual que le ofrecía cada ventana. El lugar era perfecto, más grande que su casa en Derbyshire. Ahí no tenía la bañera en la habitación, en cambio, aquí tenía una amplia área privada.

La cama era cómoda y grande, sería un placer poder descansar en una cama tan suave después de días de recorrer en carruajes y dormir en los peores lugares imaginables con tal de ahorrar unos peniques.

Cuando recostó su cabeza en la cama, la puerta de la habitación se abrió y ella levantó medio cuerpo para ver quién era. Claypole, el sirviente, entraba con una bandeja de comida y una copa de vino.

—Espero que no se moleste que le pusiera cecina, una variedad de quesos y panes que hizo la cocinera por la tarde. Espero que aún estén esponjosos para comer —dijo Claypole, colocando eso junto a un mueble ubicado junto a la cama—. El vino es porque el queso lo requiere. Le traeré una jarra de agua por si tiene mucha sed.

—¿Grace se ha servido algo?

—Su doncella está comiendo muy cómoda, al acabar la llevaré a su habitación. No se preocupe por ella, las dependencias de esta casa son excelentes, también para la servidumbre.

—¿Y el marqués?

—Su señoría reposa en brazos de Morfeo. Cuando bebe en demasía, duerme con rapidez.

—¿Él es un bebedor empedernido?

—No, milady. Solo cuando sale en compañía de sus amistades. El marqués es un caballero respetable y un soltero codiciado en Londres.

—¿Cree que su reputación de caballero respetable me ayude a conseguir un esposo muy pronto?

—Usted se está apresurando demasiado. Debe dejar que él la conozca. Ahora está sedado por el alcohol, pero mañana él será el verdadero, así que, si viene con malas intenciones, no se descuide.

—No vine con esas intenciones, solo quiero su ayuda.

—Si él cree que la necesita, la ayudará. Iré a por su agua.

Sin darle mucha rienda suelta a sus pensamientos, Brianne se preocupó más por engullir lo que estaba en la bandeja, a la vez que escuchaba las fuertes gotas de lluvia golpeando el tejado de la mansión del marqués.

Al acabar, ella se sintió como si volviera a su antigua vida sin temores en su casa, comiendo tranquila. Nadie iría a golpear su puerta con el afán de echarla para convertirla en su mujer a la fuerza. El sirviente dejó el agua que le había dicho que le llevaría y se despidió. Después de un rato, Brianne se rindió ante el cansancio y se quedó dormida.

Al día siguiente, George despertó y miró a su alrededor. El sol no le estaba haciendo daño, lo que significaba que el día estaría nublado o lluvioso. Frotó sus ojos con sus manos por un minuto y bostezó. Miró en su habitación y observó que sus prendas estaban puestas sobre el biombo.

Junto a su cama tenía la campanilla para llamar a su ayuda, pero él prefirió vestirse por cuenta propia, su cuota de inutilidad la tenía bien cubierta. Se aseó lo mejor que pudo para bajar a desayunar. Al salir de su habitación, se cruzó con el mismo Claypole que lo miró con desaprobación.

—Buen día, Claypole.

—Buen día, su señoría. Se ha puesto mal el pañuelo. Eso le pasa por no llamarme para que lo atienda.

—Arréglalo. Que me sirvan el desayuno. Hoy estaré todo el día en mi despacho, no quiero que nadie me moleste. Tengo pendiente que hacer y estos últimos días he dormido tarde y no he repuesto bien mis energías. Me deberé al trabajo el día de hoy.

—Por supuesto, señoría. Ahora se encuentra presentable.

El marqués siguió su camino al comedor y al llegar se dio cuenta de que no estaría solo. Alguien había tomado asiento junto a su lugar en la mesa. Confundido, frunció el ceño al no saber quién era, pero la demencia le duró muy poco y recordó que tenía una visita indeseable en su casa.

—Lady Beatrice, ¿no es así? —saludó acercándose con cautela.

Brianne se levantó y miró al marqués con el rostro confundido.

—No. Mi nombre es Brianne —replicó—. Se lo dejaré pasar por esta vez. Buen día...

—Buen día... —George pasó junto a ella para sentarse en su sitio.

—He dormido muy bien. Su casa es amplia y cómoda. He recorrido todos los rincones y me ha resultado maravilloso. Tiene una residencia demasiado grande solo para usted. También he visto que el jardín delantero, al igual que su patio, son obras de arte con esculturas y plantas. Las flores...

Él comenzaba a escuchar murmullos en su mente. No entendía nada de lo que ella decía, pues hablaba rápido y con demasiado entusiasmo.

—Es muy temprano, debería hablar más despacio y lento —la interrumpió.

—No es mi culpa que estuviera ebrio, pero le prometo que trataré de mejorar.

Capítulo 8

Sin quererlo, ella había sido punzante con ese comentario sobre la bebida, y eso no dejó indiferente a George. Nadie podía juzgarlo por el alcohol, salvo él mismo.

—Usted no tiene autoridad moral para referirse a mí como un ebrio —alegó molesto.

—No he dicho que es un ebrio, pero que sí lo estaba. No es para juzgarlo, es para ayudarlo. Beber es malo para usted y los demás.

—No representa a los demás, siempre he sido yo solo en esta casa y a nadie he molestado. Usted es una arrimada aquí, sería bueno que no se moleste por mis costumbres.

—Nunca me habían llamado arrimada, pero prefiero que me llame invitada temporal. Por cortesía y porque suena más elegante viniendo de un marqués.

George agitó la campanilla para que alguien fuera a servirles el desayuno, o de lo contrario, desayunaría el hígado de su invitada temporal.

—¿Qué planes tiene para hoy? —indagó la joven, curiosa.

—Que nadie me moleste, ese es mi plan —respondió con acritud.

—Usted se ha vuelto un ermitaño a causa de que vive solo. ¿Cuántos años tiene?

—Tengo muchos.

—Muchos no son cuantificables. Yo tengo diecinueve años. Debí debutar el año pasado, pero ocurrieron cosas...

—Cosas que de la nada terminan afectando la vida ajena.

—No quiero que se sienta invadido.

—¿Invadido? ¿Cómo puedo sentirme invadido si una mujer aparece de solo el diablo sabe dónde a decirme que debo encargarme de ella? Sería absurdo que me quejara.

—¿Está siendo sarcástico conmigo?

—No. Estoy diciéndole las cosas con un tono diferente.

—Ha sido sarcástico. Considero que, para llevarnos bien, primero deberíamos aceptarnos. Usted me acepta y yo lo acepto.

El marqués no sabía si reír o llorar. Esa mujer tenía el rostro de acero puro. No había forma de hacer que pensara o recapacitara algo. Al parecer no estaba acostumbrada a comprender a otros.

—Qué sencillo. Si usted no me lo hubiera dicho, jamás lo hubiera deducido.

—No siga siendo sarcástico conmigo. Lo único que busco es nuestro beneficio.

—Nuestro beneficio suena a demasiadas personas, siendo que aquí, la única beneficiada es usted a mi costa.

—No deberíamos empezar nuestra relación de una manera tan hostil de su parte.

No sabía que hacer, por lo que George levantó las manos como señal de rendirse. No quería seguir discutiendo o lo poco que le quedaba de caballero se perdería a causa de una estocada que le daría con el cuchillo para la mantequilla.

—Quiero silencio y es todo. Dice una palabra más y se irá a desayunar sola en cualquier rincón de esta mansión. ¿Lo escuchó? —increpó mientras esperaba que le sirvieran el desayuno.

—Entendido, su señoría.

Ella tuvo que replegarse. No estaba en condiciones de hacer exigencias. Qué difícil le resultaba comportarse con otras personas. Quizá el marqués no fuera un ermitaño, sino que Brianne lo era. Él convivía con otras personas de su mismo estatus, en cambio, ella solo había convivido con personas que la trataban con deferencia porque era su patrona y con Brandon por ser su tutor. El problema no era ese hombre que comenzaba a parecer un viejo carcamal. Debía darse cuenta de sus defectos y cambiar, ser servicial y no la patrona. En lugar de molestar, debía ayudar, ganarse el pan y los favores de su cuidador.

Desayunaron en silencio, hasta que el sirviente trajo el periódico para que él lo leyera.

—No leo un periódico desde hace mucho tiempo —comentó Brianne al verlo concentrado en él.

—¿En dónde vivía? ¿No tenía acceso a uno? —George bajó un poco el periódico para mirarla.

—En Derbyshire, pero no había quien me lo diera.

—¿Con quién estuvo viviendo desde que falleció su padre?

—Sola.

—¿Quién es su tutor real?

—Aún no ha reclamado el título. Estoy a la deriva, señoría. Usted sabe que no puedo pasar cierta edad para casarme. De hecho, he perdido un año valioso en mi vida. No puedo seguir perdiendo más, por eso estoy aquí.

Dejó de lado el papel y miró a Brianne. En verdad, en ese instante, sintió compasión por ella. La miró a sus ojos azules y aquellos parecían gritar que su situación lamentable era dolorosa para Brianne. Era hermosa y tal vez no se diera cuenta de que quizá conseguiría un esposo muy pronto.

—No vuelva a ser impertinente conmigo y tampoco me moleste. La aceptaré en mi casa

con esa condición. Puedo apoyarla para que se case, pero lo ideal es que no esté aquí en mi residencia. No es apropiado que dos personas solteras de sexo opuesto vivan bajo el mismo techo.

—Pero usted es mi tutor, no creo que exista ningún inconveniente con eso. La sociedad no podrá juzgarlo.

—Nos juzgarán y hablarán pestes de nosotros, tantas, que quizá dañen nuestras reputaciones. Lo ideal es buscar una matrona que pueda tenerla en su casa.

—No quiero irme a otro lugar. ¿No puede venir aquí?

—Esta no es una posada en donde cualquiera puede venir a quedarse, milady. Estoy próximo a escoger una esposa y a ella no le agrada saber que su prometido está viviendo con una mujer soltera que viene del campo y que quizá venga con mañas extrañas.

De cierta manera, Brianne se sintió decepcionada al oír que él pronto se casaría. Él le parecía tan atractivo, que era injusto que se casara. Era un poco malhumorado, pero podría soportarlo por estar a su lado. Ella nunca había estado tan cerca de un caballero de verdad, ya que Brandon no contaba como uno. Pese a que, en ocasiones, George era un poco intransigente, era notable que lucharía hasta el último momento por no perder su educación y su cordura.

—¿La mujer es tan bonita como yo?

No sabía qué responder a eso. ¿Por qué ella le había hecho semejante pregunta?

—Es hermosa, inteligente, educada y con mucha clase. Es una debutante. No he propuesto nada, es una candidata —aclaró sin saber el motivo por el que lo hacía.

—Entonces eso significa que cualquiera puede luchar por usted, señorita. Debe tener a muchas damas corriendo tras su título. Nadie dejaría ir a alguien de su importancia y menos con su atractivo.

Nunca nadie le había dicho abiertamente que era atractivo y eso hacía que él se sintiera cohibido. No era costumbre recibir halagos de una mujer, los halagos los recibían ellas. Lo único que podía hacer era sonrojarse.

—Si quiere prosperar en Londres, evitará decir tales cosas a un caballero —manifestó con sus mejillas teñidas de rosado.

—Entre usted y yo no existe el mismo nivel de intimidad que podría tener con otro caballero. Somos casi como parientes... ¿No lo cree?

—No lo creo. Ni somos parientes ni existirá ningún tipo de intimidad con usted.

—¿Siempre es tan drástico?

—No quiero que se acostumbre a algo que no corresponde, pronto usted irá casada. No pienso tenerla aquí hasta el invierno, se irá esta primavera.

—Está muy comprometido con encontrarme un esposo. Eso es bueno. ¿Me presentará a sus amistades? Supongo que goza de excelentes amigos, ricos, acomodados y tan atractivos como usted.

—Quite esa palabra de su vocabulario. Se supone que está educada. No puede andar señalando a todos los caballeros como atractivos, como si fuera que carece de gustos verdaderos.

Ella se carcajeó al ver el rostro del marqués, él parecía un hombre demasiado recatado para tenerla en su casa. Ella solo usó una palabra que lo describía y él ya se sentía escandalizado.

—Usted parece una señora anciana que se escandaliza por una palabra. —Rio.

—Tenga más respeto por mí, soy el marqués de Blister, no su amiga vaca del campo. ¿Lo oyó?

A él le molestaba que Brianne siguiera sumando defectos a su vida en lugar de virtudes. Era una joven testaruda y burlona. ¿Qué clase de institutriz tuvo?

—Está bien. ¿No le gustan las veladas musicales? Yo puedo tocar el pianoforte. Soy diestra para eso...

—No, no me gustan, me dan dolores de cabeza y de oídos —replicó de mala gana.

—Es porque no me ha escuchado tocar.

—Pero ¿es posible que usted no escuche lo que le digo? No es no. Ni una mujer que toque un instrumento es motivo de alegría. Son lo más decadente que jamás he oído.

—Le han hecho mucho daño. La verdad no conozco las veladas musicales y me encantaría conocerlas. Debería inscribirme en una. ¿Puedo practicar en su ausencia?

—Veré qué puedo hacer con eso. Sí, puede torturar a todo mi personal de servicio sin remordimiento alguno. Ya Claypole se arrepentirá de haberle abierto la puerta. Será tarde para que se arrepienta de sus errores.

George decidió que era tiempo de ignorar a Brianne o jamás terminaría de leer su periódico, puesto que después se daría a ella, porque no desviaba sus ojos de las líneas de la portada, mientras él leía.

Después de unos minutos, apresuró la lectura al igual que su desayuno, se levantó, inclinó la cabeza como despedida para la joven y salió del comedor a largas zancadas, como si estuviera huyendo. También su sirviente fue tras él como su sombra.

Claypole casi no alcanzaba a su patrón. Él entró al despacho y tomó asiento, aunque después se levantó.

—Es una mujer libidinosa, Claypole, una escandalosa. ¿Cómo es posible que hable así de un caballero? No puede decir que son atractivos a diestra y siniestra. Esta joven me avergonzará de una manera inimaginable.

El sirviente se apresuró a cerrar la puerta para que pudieran conversar más tranquilos.

—Lo que creo es que esta lady ha visto mucho potencial en usted...

—¿Qué quieres decir con eso, Claypole?

—Está esperando a hincarle el diente. Un joven, soltero y adinerado marqués necesita una esposa, ¿y qué más rápido que obtenerla ofreciéndose bajo su mismo techo?

—Eso es una locura. No creo que sea tan maquiavélica para haber llegado aquí con esas intenciones.

—Hay partes de su historia que no concuerdan con una mujer que ha perdido a su padre y que ha vivido sola durante un año por la benevolencia de Dios. Ni usted ni yo le creemos eso, su señoría.

—En verdad no sé si estoy haciendo lo correcto en acogerla. Si me trae problemas con la joven a la que estoy considerando como esposa, me enfadaré. Lady Brianne Scott no puede compararse con ella, a mi futura prometida le sobra educación. Utiliza los términos correctos para referirse a alguien, no como la otra.

—Ni siquiera debería compararlas, pues eso significa que la está considerando como competencia para la otra jovencita.

—¿Crees que mi tía se hará cargo de ella?

—Su tía es hermana de su madre, no de padre. No tiene razones para hacerse cargo de semejante problema.

—Es cierto. Ya tiene a Steven a su espalda, eso es suficiente sufrimiento para cualquier mortal.

El pobre marqués no hallaba una solución al problema que tenía nombre y apellido y que no tenía intención de expulsar de su casa para resolverlo. Le daba lástima lo que ella le había contado. Todavía no había pensado en una manera de solucionar el inconveniente. ¿Qué pensaría la hija de lady Amery cuando lo supiera? Y lo más preocupante aún era qué pensaría la sociedad sobre él y la joven soltera viviendo bajo su techo.

Durante años ha escuchado barbaridades sobre los hombres que se encargaban de sus primas, hijas de sus amigos y quizá él pronto entrara en la lista por darle asilo a la ahijada de su padre. Dios... Debió decir que no desde un principio, de ser así, no estaría pensando en algún escenario siniestro para su vida, y más aún en este instante en que había conseguido enfocarse en su futuro. Ya no le llenaban las fiestas ni el alcohol, anhelaba algo más.

—Ahora intentaré concentrarme. Esta lady no me vencerá. La tendré aquí, pero cada uno vivirá su vida por separado. Lo juro. Cierra la puerta al irte y si alguien pregunta por mí, dices que estoy muerto y no sabes en dónde. Necesito tranquilidad para trabajar y decidir qué haré esta noche.

—Iré a escoger su ropa para la noche. Con permiso...

Claypole salió del despacho y al girar sobre sus talones, ahí estaba lady Brianne Scott, mirándolo con fijeza.

Capítulo 9

—¿Se le ofrece algo, milady? —preguntó el sirviente.

—Sí. Quisiera saber a qué hora sirven el té, la cena, el almuerzo y demás. Si voy a vivir aquí debo acostumbrarme a los horarios de su señoría.

—No hay horarios fijos. En ocasiones, ni siquiera se hacen cenas, pues el marqués no cena aquí.

—Mmm... Considero que eso debería cambiar, pues estoy aquí y necesito un horario fijo para la comida.

—Podría conversar con su señoría en otro momento.

—¿Puedo hacerlo ahora?

—No. Su señoría está muy agobiado por su presencia. No es fácil para él convivir con una mujer. Sus padres han muerto hace tiempo y la escasez de parientes no lo ayuda a socializar. Además, me dijo que nadie lo interrumpiera y que le dijera a quien preguntara que estaba muerto.

—Vaya. El marqués es un hombre un poco extremista. Eso le da un toque de diversión a esta experiencia de vida. Si él está muerto, entonces yo daré las órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Hay mucho que hacer en esta casa. Tenga en cuenta que debo practicar para ser una esposa exitosa. Elaboraré el menú con la cocinera, empezaré por ahí. Después, usted tendrá otras funciones, será un poco multifacético. Quiero mi té a las seis en el salón del té. También puede darle algo que hacer a Grace. Ella puede amargarse mucho si no tiene algún quehacer.

—Al marqués no le gustará lo que está haciendo.

—Si no le gusta, puede quejarse conmigo. Lo esperaré en cualquier momento en donde me encuentre.

Ella se retiró y dejó al sirviente en aquel lugar; sin embargo, regresó hasta él porque necesitaba algo más.

—Papel y pluma, ¿dónde los encuentro?

—Su señoría deja un poco de papel y un tintero para sus anotaciones en la biblioteca.

—Gracias, Claypole. No olvides mi té. Ah, el almuerzo se sirve a las dos. Es una orden para la cocinera.

Ella se retiró hacia la biblioteca. Le habían mostrado las dependencias de la casa por la

mañana cuando se despertó muy temprano. Le encantaba la grandiosidad de esa mansión. Para ella sería todo un reto poder dirigirla a modo de práctica para su próxima residencia.

Abrió la puerta y no dejaba de sorprenderse con la majestuosa cantidad de libros. Ese sitio era acogedor, el verdadero hogar de un buen lector.

Junto a la mesita que estaba al lado de la ventana encontró el tintero y el papel. Se le había ocurrido usarlo para hacerle saber al marqués cuáles eran sus necesidades. Admitía que se había pasado con él y por supuesto que iba a estar escandalizado. Pasaba más tiempo con la servidumbre que tenían un lenguaje más corriente que con personas de su misma clase social. Tal vez debería encontrar un momento para disculparse.

Comenzó a escribir una breve lista con las cosas que requería y algunas acotaciones para que se comprendiera sin dificultad alguna. Cualquier niño podría descifrarlo. Al terminar sus líneas, dejó el escrito por un tiempo para que se secara. Entonces, cogió uno de los libros de la biblioteca y comenzó a leerlo. No tenía nada que hacer, la costura no se le daba muy bien y en lo que era perfecta el marqués ni siquiera quería escucharla. Las mujeres londinenses le han hecho mucho daño a los oídos de él, por eso no quería oírla de ninguna forma.

Una hora después, ella recordó su escrito y lo acarició para saber si estaba seco, una vez que lo comprobó, dobló el papel en la mitad y después devolvió el libro a su lugar.

Una vez que acabó con su cometido en ese lugar, fue al despacho del marqués, pasó el papel por debajo de la puerta y luego golpeó con suavidad.

George bajó su monóculo con molestia.

—¡He dicho que nadie me molestara! —espetó. Se levantó y fue a abrir la puerta, pero el pasillo estaba despejado, no había nadie.

Al cerrar la puerta, encontró un papel en el suelo. Lo levantó y por inercia se lo llevó a la nariz, percibiendo un aroma desconocido. Era el del perfume de una mujer.

Levantó la ceja e hizo un gesto con la boca. Le agradaba lo que percibía.

Una vez que la sensación placentera se fue, abrió el papel y encontró una impecable caligrafía. Al empezar a leer, sus ojos salieron de sus cuencas y no sabía si estallar de risa o quemar su casa con su invitada temporal dentro.

—«De preferencia quisiera que se decantara por vestidos de muselina, satén y seda. Me encanta la seda. También, necesito zapatos de cuero y guantes de algodón. Si está dentro de sus posibilidades, me encantaría que me proveyera joyas nuevas, pues he vendido la mayoría de ellas para llegar hasta aquí. Me he dado cuenta de que su casa carece de horarios para las comidas del día, me ofrezco para hacerme cargo de todo. El almuerzo será a las dos». —El marqués soltó aire de los pulmones como si fuera un toro—. El almuerzo será a las dos... ¡El almuerzo será a las dos! ¡El maldito almuerzo no será a las dos porque la voy a echar de esta casa!

Dejó el papel en la mesa y trató de incorporarse y recuperar la compostura. Agitó la campanilla para llamar a Claypole y esperó.

—¿Se le ofrece algo, señoría? —indagó su sirviente—. ¿Se siente bien? Se le ven las venas en la frente.

—¡Quiero a esa inquilina del infierno fuera de mi casa! No quiero horarios en mi refugio, tampoco deseo verla por los pasillos. Me ha pedido vestidos, zapatos, guantes y joyas. ¡Es el colmo! No tiene dos días aquí y no parece interesada en permanecer por las exigencias que tiene conmigo.

—Y todavía le falta pedir los sombreros y listones. No ha sido tan exigente.

Claypole parecía burlarse de la desgracia de su patrón.

—¿Dónde está? La voy a poner en su lugar. Aprenderá quién es la autoridad en esta casa. Si quiere quedarse, acatará mis órdenes, y si no, las puertas de mi residencia están abiertas para que se vaya.

La doncella de la joven estaba en el salón de costura. Estaba cansada de coser ropa que ni siquiera era para Brianne, eran medias del marqués.

—¿Crees que me está quedando bien? —curioseó Brianne al mostrarle una tela de pañuelo que estaba bordando. No tenía otra cosa que hacer que no molestara al marqués, solo se le ocurrió ver algo para alegrarlo.

—¿Quiere que él le haga brujería con toda la sangre que ha derramado? —expresó su doncella.

—Unas manchas no molestarán a su señoría. Es un caballero amable que intenta tolerarme.

—Y usted lo provoca.

—¡Lo sé! No estoy en casa, por lo que debo buscar una forma de distraerme o enloqueceré. Antes al menos salíamos por el bosque a recoger frutos. Si al menos el jardín estuviera seco...

La puerta se abrió con violencia y las mujeres que se encontraban ahí saltaron como si sufrieran de nuevo con la presencia de Brandon. Ambas palidieron y se tomaron las manos.

—¿Cómo es que el almuerzo se sirve a las dos? —increpó el marqués.

Cuando se les pasó el susto, Grace comenzó a sollozar. Su doncella era como una pequeña niña. No debía olvidar que casi tenían la misma edad. Brianne se levantó del asiento y se dispuso a responder.

—¿Por qué entra de esa manera? ¿No ve que ha aterrorizado a Grace? —respondió la joven.

—Lamento entrar a mi casa como me gusta. Dígale a su doncella que se retire. Hablaré con usted en privado.

—Grace, sal, por favor. No pasa nada, estaremos bien —ordenó.

La doncella salió aún temblando por el temor.

—También retírate, Claypole.

El criado del marqués se había quedado detrás de él para ser partícipe de la terrible reprimenda que le daría a la joven, pero las cosas no salieron como lo había planeado. Tuvo que retirarse como Grace. Ahí fuera del salón de costura, Claypole se colocó junto a Grace y ella se aferró a su brazo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ocurre, jovencita? —inquirió.

—Él también golpeaba la puerta de esa manera y me asusta que milady esté en peligro —confesó temblorosa.

—¿De qué hablas? El marqués sería incapaz de levantarle la mano.

—No todos son así. —Grace le mostró el pequeño moretón que le quedaba por el golpe que había recibido de Brandon.

En ese instante, Claypole comenzó a pensar en lo que la doncella decía y aún no encontraba una conexión, solo era evidente que las dos se exaltaban con golpes en la puerta. Era como si estuvieran en un estado de alerta permanente.

En el salón, George trataba de contener su furia para no volver a increpar a la joven con tanta violencia.

—¿Por qué está poniendo horarios en mi casa? Yo no se lo he pedido.

—Quería serle de utilidad. Me percaté de eso y pensé que necesitaba de alguien que lo atendiera a tiempo. Imagine que le hagan la comida cuando la pide. El estómago le dolerá y estará irritable. Lo que quiero es establecer un orden aquí, me servirá de práctica para mi futura residencia... Me casaré y ya no lo molestaré, vendrá su susodicha prometida y se hará cargo de todo —contestó.

—Debe hablar conmigo antes de tomar decisiones. No está en su casa. Si no le gusta cómo vivo, la invito a irse.

Brianne miró a George que le hablaba con absoluta seriedad. ¿Sería posible que alguna vez lo viera sonriente? Debía ser más agradado al sonreír.

—Es cierto. Tomé una iniciativa incorrecta. Lo lamento... —dijo y le mostró el pañuelo que estaba bordando—. Quería hacerla para usted. No tengo cómo agradecer el techo y la comida que me da. Lo lavaré apenas lo termine. Se nota mi inexperiencia, nunca me ha gustado bordar, pero me esfuerzo para no hacer ruido. Mi naturaleza es hacer algo.

Se sentía muy mal al haber entrado de esa manera. El pañuelo era lo más feo que había visto jamás, pero ella se veía sincera al entregárselo.

—Es un buen detalle. Termínelo y lávelo.

—¿Qué puedo hacer en su casa? Algo que haga una dama.

—Pues se nota que la costura no es lo suyo, puede seguir con eso.

—¿Y la comida?

Él respiró y trató de ser un buen anfitrión.

—Haga lo que guste. Probaremos si sus horarios funcionan.

La joven sonrió y sus ojos brillaron de alegría al darse cuenta de que debía conversar con el marqués para que él no fuera un energúmeno.

—¿Y el resto de mis pedidos?

—Pide demasiado, pero le compraré algunas cosas de las que pidió, menos las joyas. Le prestaré algunas que pertenecieron a mi madre.

—¿Usaré joyas de una marquesa? ¡Eso sería genial! —Ella lo abrazó sin darse cuenta. La emoción que sentía era tanta que se desbordaba.

Al sentir que ella lo abrazaba, él tragó saliva y algo pareció traspasar su estómago. Era como una extraña sensación de enfermedad, como cuando tenía palpitaciones y fiebre, ya que se le subía la temperatura y su frente comenzaba a sudar de forma excesiva.

—Suélteme, no puede existir ningún tipo de contacto entre nosotros. Le prohíbo volver a tocarme. Es mejor que practique sus reverencias conmigo. —Él la alejó al sentirse incómodo por el contacto. Eran dos personas solteras y estar juntos no era saludable y más porque ella era hermosa y atrevida.

—Lo siento, su señoría. No puedo creer que tenga tanta suerte. Su padre y el mío deben estar juntos en el cielo, dándose la mano por la ayuda que me da.

—Y mi madre debe estar revolcándose en la tumba al ver que tengo bajo mi techo a una mujer sin carabina. Las doncellas no sirven para ese fin, ya que solo siguen órdenes.

—Usted me ha contado sus objetivos y yo tengo los míos. Se casará con su lady adorada y yo con quien pueda. Espero que sea alguien importante para que me pueda dar muchas joyas y vestidos. ¿Qué es una dama sin esos artilugios?

—Mañana irá a la modista. Tendrá un día ocupado. Claypole y su doncella la acompañarán.

—Lo invito a tomar el té en el salón por la tarde. Se servirá a las seis.

—¿Incluía el té?

—Sí, está incluido el té. Todavía debo comentarle que he cambiado el menú.

Capítulo 10

Él trató de no encolerizarse al oír lo del té. Estaba más calmado que al entrar, pero ella lo provocaba y George no tenía contacto con provocadores.

—Beatrice...

—Brianne —lo corrigió cruzando los brazos bajo el pecho. Era la segunda vez en el día que le cambiaba el nombre.

—Perdón, Brianne —dijo tuteándola.

—Si usted me llama por mi nombre, puedo llamarlo por el suyo, supongo.

—Supone mal. Solo yo podré tratarte de tú porque has invadido mi casa, y al momento de tomar represalias contra ti, eso va a sonar mejor, para que no tomes demasiadas confianzas. Recuerda que es un albergue temporal. No estoy conforme con tu presencia aquí, pero tampoco te puedo arrojar a la calle. Lo mejor es que andes con cuidado cuando se trate de mí, no soy tan bueno como aparento.

—Usted es la bondad personificada, en verdad se lo digo. Gracias por su paciencia y por haber controlado a sus demonios. No siempre las personas pueden controlarse al ser desquiciadas por los demás.

—Me sorprende que puedas ser empática. Te dejaré continuar con lo que hacías... Que te ayude tu doncella. Ella al parecer lo hace mejor. Y lo del té...

—¿Y lo del té...?

—El té lo beberé solo y saldré por la noche. La cena la comerás con tu espíritu.

Ella le entregó una sonrisa al sentir que él estaba intentando ser gracioso, lo lograba, pero era evidente que el marqués no era alguien muy dado a los chascarrillos.

Después de decirle esas palabras, George abrió la puerta para salir y encontró a la doncella echa un mar de lágrimas y a Claypole consolándola. De nuevo, la culpa arremetía contra el marqués, puesto que gracias al susto que él le había dado, Grace se encontraba desconsolada.

—Todo está bien... No sé tu nombre, niña —replicó George.

—Su nombre es Grace, su señoría. Es un poco asustadiza —dijo Claypole que soltó a la joven para que ella pudiera regresar al salón de costura—. Ve con milady, no ha pasado nada.

Grace asintió y fue al recinto. Cerró la puerta con lentitud y miró a los dos hombres que quedaron fuera.

—¿Por qué se asustan con tan poco? —cuestionó el aristócrata.

—Usted no parecía tan calmado como ahora. En un momento pensé que se bebería la sangre de milady en una copa. ¿En qué han quedado, su señoría?

—Seguirá como ella disponga, pero no significa que me tendrá en sus garras. Está muy acostumbrada a mandar. Es casi como un coronel, mas aquí hay un general y ese soy yo. Cuando tenga a mi esposa, Beatrice se irá.

—Creo que su nombre no es Beatrice, señoría.

—Le diré como quiera, tiene suerte que no la llame invasora. Saldré para el almuerzo a las dos de la tarde.

—Sí, señoría.

—Hasta esa hora que nadie me moleste. Ah, olvidé decirte que los pedidos de milady deben ser atendidos. Mañana la acompañarás a comprar vestidos y todo lo que requiera. Búscales cosas bonitas, lo que queremos es que se vaya pronto.

—Pero para eso debe tener dinero y que yo sepa, ella no lo tiene.

—Puedo dotarla hasta un monto y después, cuando aparezca el tutor de ella, pues que lo pague, ¿no es así? O que me pague si llego a desembolsar el dinero. Bien, me retiro.

El marqués se fue y el sirviente lo siguió unos pasos atrás, analizando lo que había tenido que vivir escuchando a Grace. Debía averiguar más lo que significaban las palabras de temor que ella había dicho.

—Su señoría no me ha hecho nada. Lloras por nada, Gracie —la consoló Brianne, sonriente—. Él me ha concedido todo lo que le he pedido. Es un caballero de verdad. Sé que no lo demostró al principio, pero fue por el enfado. No entendía lo que quería hacer.

—¿Y ahora lo entendió?

Brianne movió sus hombros hacia arriba antes de responder.

—No lo sé, pero lo que importa es que me ha dejado hacer mi voluntad. Podré practicar lo que quiero y me comprará lo que he pedido. ¿Y sabes lo mejor de esto? ¡Usaré las joyas de una marquesa! Él me dijo que me las prestaría. Estoy tan emocionada. Me sentiré importante.

—Entonces usted sería como la marquesa de este marqués. Imagine que se casa con él...

Eso que le había dicho su doncella le parecía descabellado. ¿Ella casada con el marqués de Blister? Era tan descabellado, pero tal vez algo con lo que pudiera permitirse soñar al usar las joyas.

Recordando al marqués un poco enfadado y luego con sus facciones más calmadas para nada le molestaría ser su esposa. Sería hasta un sueño; sin embargo, alguien había ocupado los pensamientos de ese hombre, por lo que no debía siquiera mirarlo de otra manera más que como lo que era: su salvador al que en el futuro le agradecería todo.

—Puedo ser la marquesa por las noches en que usaré las joyas. Sé que me sentiré como una dama de otro estatus. No es lo mismo ser una mujer importante que una lady cualquiera. Hoy soy una joven del montón, pero cuando llegue mi momento las cosas cambiarán. Seré alguien de peso aquí.

—Es lo que más deseo. De esa manera yo seré la doncella de una mujer de peso.

—Para eso tú y yo debemos madurar. Debes dejar de llorar por todo. Entiende que ya estamos seguras aquí bajo las alas protectoras del marqués. Te dije que tenía todas mis esperanzas en él. Era una corazonada y ahora puedes ver que tenía razón. Esta ha sido la decisión correcta. Tengo todo lo que mi verdadero tutor no me ha dado y lo más importante de eso, es la paz que siento aquí. He comprendido que no debo provocar a su señoría o lo molestaré, pero es encantador de todas maneras.

—No debería llamarlo encantador. Ha sido como un ogro que casi nos tira la puerta en la cabeza. Estuve a punto de compararlo con milord.

—No hay punto de comparación. Uno es un caballero atractivo y otro es un hombre alcohólico.

Cuando llegó la hora del almuerzo, el marqués se encontraba ahí puntual, al igual que Brianne. La miraba de otra manera cuando estaba calmado. Ella le parecía hermosa y vivaz, pues no solo estaba ahí esperando que le sirvieran el almuerzo. Estaba colocando bien las copas y utensilios de forma milimétrica.

—Estoy aquí puntual —habló George en un tono agradable.

Brianne escondió sus manos como si no hubiera estado tocando nada.

—¡Bienvenido a su comedor! ¿Le gusta lo que ve? He pensado que la mesa se ve armónica así —comentó esperando que él dijera algo.

—Se ve exactamente igual que siempre...

—No, hay sutiles diferencias. He cogido otras porcelanas para comer. Tiene una gran variedad y siempre usa lo mismo. ¿A quién piensa heredar tantas cosas?

—No sabía que había más.

—Eso es porque no tiene una dama en su casa. ¿Se da cuenta de que mi presencia es importante en su morada? Sin mí jamás hubiera sabido lo que tiene. Mi padre hablaba de algo que decía que se llamaba inventario y que consistía en contar lo que había en algún lugar. Puedo hacer un inventario de todo lo que tiene. Le servirá a su futura esposa.

—Puedes hacer lo que gustes, Bea... Brianne —se corrigió antes de volver a cometer una tontería—, lo importante es no molestarme.

—¿Cuándo podría practicar el pianoforte? Le pregunto esto porque usted me ha dicho que puedo hacer cualquier actividad que no lo moleste, pero yo quiero tocar un instrumento.

—El mejor instrumento del mundo es el silencio. Soy una persona taciturna, no me gusta eso.

—Pero sí le gusta beber en un club con barullo en compañía de sus amistades. Lo que me alega no condice con lo que vive.

—¿Quién demonios te da información sobre lo que hago? Son mis costumbres, y sí, me gusta beber con ellos y lo seguiré haciendo hasta que diga que estoy cansado de eso.

—¿Cuántos años tiene?

—¿En qué te afecta saber mi edad?

—Puedo estimar la edad en la que dejará de ser un joven. Le pongo que tiene treinta y siete años.

—¡Tengo menos que eso!

—Es mejor que se siente y no se altere. Usted se pone nervioso con facilidad.

—Tú me provocas con facilidad.

En lugar de sentarse, él corrió la silla del lado derecho y se la ofreció a ella con una mirada. Brianne era una dama, George no podía sentarse primero.

Al ver lo que él había hecho, Brianne se sonrojó. Sus ojos se encendieron de emoción por la educación del marqués. Su padre nunca había movido una silla y con Brandon solo había comido unas cinco veces antes de que enloqueciera, y tampoco tuvo ese gesto con ella.

—Gracias, señoría. —Ella todavía tenía los ojos maravillados viéndolo. Brianne estaba idealizando a ese hombre sin querer.

—Lo mejor que podemos hacer es no discutir y comer en silencio. Me agradaría si por una vez me haces caso —pidió George al ver que al parecer tenía la atención completa de la joven por cómo lo estaba observando.

—Sí, entonces en otro momento hablaremos de mis prácticas.

—Es lo más probable. Mientras tanto te conformarás con el inofensivo y silencioso bordado.

—¿Y qué hay del jardín?

—No seas como una hormiga destructora. ¿No es suficiente con todo lo que te otorgaré?

—Por supuesto, tiene razón. A veces no mido mis pensamientos y salen a borbotones por mis labios —concedió con una sonrisa y sin dejar de mirar al marqués.

Al decir la palabra «labios», George dirigió su mirada hacia los de ella y después la miró a los ojos. Brianne también lo observaba fijamente. Habían hecho contacto visual por demasiado

tiempo, por lo que él decidió desviar su mirada para cortar aquello. Se sentía muy extraño cuando ella estaba cerca. No sabía si era incomodidad porque lo desafiaba o era gusto al admirarla. Entonces, él agitó la campanilla para que los sirvientes se dispusieran a servir los alimentos.

Los dos comenzaron a comer en silencio. George trataba de evadirla a cualquier precio. Quería huir de la mirada azul de la joven. En cambio, Brianne no perdía detalle del marqués. Era soberbio y atractivo, no sabía cómo describirlo, puesto que comenzaba a tomarle el gusto a admirarlo. Cuando él acabó su almuerzo, hizo una inclinación de cabeza para despedirse y fue escaleras arriba, quizá a su habitación.

La joven dejó a un lado sus cubiertos y se quedó pensativa por un tiempo. Quería comprender lo que pasaba por su mente. Era la primera vez que conocía a un hombre fuera de su círculo del campo y no podía decir más que estaba encantada con él, maravillada por todo lo que representaba. Era el hombre ideal, el que cualquier mujer mataría por tener a su lado, incluso la misma Brianne. ¿Cómo haría para conseguir a alguien como el marqués de Blister?

Después de recuperarse de su letargo, terminó su almuerzo y se levantó para buscar alguna actividad. Tal vez continuar el libro que había dejado en la mañana. Era interesante y eso la distraería mucho más que hacer un sacrificado pañuelo que terminaría con ella desangrada en un rincón.

Un libro era capaz de crear mundos alternativos al que uno vivía. Eso era lo que necesitaba Brianne, ya que donde ella estaba no era tan maravilloso, al menos no donde ella había estado. Después de llegar a Londres, su vida cambió porque tenía esperanza y determinación. No era perfecto, pero era mucho mejor que vivir bajo la sombra del temor a que cada día, en un descuido, Brandon acabara sepultando sus sueños y tal vez hasta los de Grace.

Decidió que iría a la biblioteca hasta la hora del té, y pese a que el marqués le dijo que lo bebería solo, haría un intento por hacerle compañía, no perdía nada con intentarlo. Estar cerca de él era vida y felicidad.

Al quedarse en la biblioteca, recordó que ahí tenía papel y pluma. Ella no le había informado nada al preocupado letrado que la quiso ayudar con la mejor intención, incluso poniéndose en peligro si Brandon supiera lo que había estado intentando.

Capítulo 11

Escribió una corta misiva para el hombre. Le diría que había conseguido escapar de las garras de su primo, pero tampoco quería decirle en dónde se encontraba. Tal vez Brandon quisiera encontrarla a toda costa para torturarla. No deseaba que nadie más supiera su ubicación exacta, prefería que creyeran que ella se había ido a otro lugar. Luego, leyó el libro que se propuso hasta cierta parte. Cuando presumió que se acercaba la hora del té, ella fue hasta el salón para esperarlo. Ahí no había mucho que hacer. Era un lugar elegante, pero sin mucho que ofrecer más que asientos, cuadros y cortinas.

La puerta se abrió, era Claypole entrando con el té.

—Oh, disculpe, milady, creía que seguía en la biblioteca.

—No, he salido hace un rato. El hambre me avisó que era la hora del té.

—¿Quiere que le avise a la doncella para que le acompañe?

—Le pediré a su señoría que venga conmigo...

—Milady, el marqués no es muy asiduo a compartir mucho tiempo con los demás. Puede sentirse un poco agobiado.

—Eso es una tontería. Iré a preguntarle.

—Él no quiere ser molestado. Debería respetar los límites que le ha impuesto. Lo único que conseguirá es que se enfade.

—Solo le preguntaré por educación...

Ella fue hacia el despacho del marqués y cuando intentó abrir la puerta se dio cuenta de que estaba bajo llave, pero Brianne no pensaba rendirse.

—¿No me abrirá la puerta? Vengo a invitarlo para tomar el té... —pronunció Brianne.

George sabía que ella no había entendido lo que significaba para él estar solo. Valoraba su soledad y el silencio; sin embargo, su huésped no parecía apreciar las mismas cosas.

—Dije que bebería té solo, no insistas. Disfruta del tuyo —expresó en voz alta.

Pese a que no había conseguido que saliera de su despacho, Brianne sonrió al solo escuchar la voz del marqués. Su voz, tan equilibrada entre varonil y amable, comenzaba a parecerle familiar y a gustarle demasiado, tanto que podría volverse adicta a oírlo.

—No he perdido nada al intentarlo. Estaré en el salón del té si le apetece mi compañía. Con permiso... —se despidió la joven que fue hacia ahí. Se tendría que conformar con la compañía de Grace. Era grata, pero ella prefería la compañía masculina.

Por la noche, solo Brianne se había presentado a cenar. El marqués se suponía que tenía un acontecimiento. Mientras él se encontraba feliz en un baile, ella se moriría de aburrimiento. No, ella no estaba dispuesta a sufrir eso. Cuando el marqués no estaba, decidió que no tenía razones para sufrir. También sería feliz hasta que él decidiera regresar.

Claypole, Grace y el resto de la servidumbre eran los únicos que estaban ahí acompañándola, aunque claro, en silencio.

Sorprendió a todas cuando, de repente, terminó su cena y se levantó con brusquedad.

—¿A dónde va, milady? —cuestionó Grace, siguiéndola.

—Al salón en donde se encuentra el pianoforte.

—Le recuerdo que su señoría...

—Su señoría no está. Él se está divirtiendo lejos de aquí y yo no me quedaré atrás —interrumpió a Claypole—. ¿A quién molestaré si él ya no se encuentra?

—Mmm... Tiene razón. ¿Le sirvo un poco de vino? Eso le ayudará a dormir mejor. Recuerde que mañana nos espera un día ajetreado en la modista.

—Estoy emocionada por eso, tanto, que quizá ni siquiera pueda dormir, Claypole. Tengo mucho tiempo sin comprar vestidos nuevos y más de Londres.

—El marqués quiere que se compre unos bonitos. Me ha dicho que debe ir bien vestida a todas partes...

—¿En verdad ha dicho eso? —Brianne no podía con la emoción al saber que el marqués la quería bien arreglada. Tal vez a él le gustara ella. Quizá fuera una ilusión, pero era hermosa.

—Sí, me dijo que lo que quiere es casarla lo más pronto posible, siendo impresentable no lo logrará.

Lo que dijo el sirviente la había puesto de mal humor. ¿Cómo el marqués se había atrevido a decir tal cosa? Todavía no tenía mucho tiempo ahí y ya quería arrojarla al viento. Sabía que no era la persona más amable del mundo, pero tampoco lo imaginó siendo tan frío. Ella era la única que se fijaba en él con ojos de admiración. ¿Debía rendirse o seguir intentando ganarse sus favores?

—Hizo un comentario muy malo para mí, Claypole. Su señoría es un hombre malvado.

—Su señoría está siendo él mismo con usted y con todos. No es alguien que se oculta detrás de palabras bonitas, es un hombre culto y educado.

—Espero que su cultura y su educación le sirvan para deshacerse de mí con rapidez —masculló enfadada.

La joven se sentó frente al pianoforte y levantó la tapa para empezar a ejecutar el instrumento. Primero probó si estaba afinado y después de corroborarlo dio sus primeros toques

oficiales a las teclas con un divertido minué.

—Si usted sabe bailar, Claypole, goce de esto con Grace —mandó Brianne, sonriente.

Claypole negó con la cabeza, pero ya era tarde. Grace lo había tomado de las manos para obligarlo a bailar. Unos segundos después de negarse comenzó a moverse. Él recordaba la educación que había recibido el marqués, por supuesto que era capaz de bailar ese minué.

Al ver a su doncella bailando feliz en compañía de Claypole, Brianne se sintió contenta, puesto que hacía un buen tiempo ellas dos no gozaban de las pequeñas cosas de la vida a causa del acoso y la locura de Brandon. Estaban lejos y podrían pensar en un futuro distinto. No se arrepentía de haber dejado su casa, aunque sí a sus empleados. A ellos los salvaría después de casarse, ya que debía conversar con su esposo sobre las razones por las cuales ella quería hacerlo. Esperaba que fuera un hombre comprensivo. No quería volver a poner de ejemplo al marqués de Blister, puesto que estaba ansioso por deshacerse de Brianne. Eso la devolvía a la realidad de lo que representaba en la vida de un hombre como él: un problema. Lo único que deseaba era resolverlo. Dejar de romantizar su amabilidad debía ser una prioridad o terminaría enamorada de alguien inexistente y que solo le dificultaría sentirse feliz en la elección de un caballero.

George estaba en un baile en el que había encontrado a su amigo, John, pero él prefería quedarse en un rincón, observando bailar a los demás.

—Ella es la mujer que por el momento he escogido como candidata —comentó y señaló George, que bebía una copa de brandi en compañía de su amigo.

—Es hermosa, pero no lo suficiente para ser tentadora. Hombres como tú buscan belleza para unos instantes, en lugar de buscar compañía. La belleza se marchita y lo único que queda de la bella dama que conociste es el nombre, pero debes ver a ese adefesio arrugado al pasar los años...

—Una visión un tanto fatalista de la vida, mi buen amigo, John. Lo más probable es que no alcance a ver al adefesio todos los días, ya que casi le doblo la edad. Lo más probable es que muera primero. Si bien, he considerado su belleza, también evalué su educación, su estatus y su inteligencia. La considero una candidata que satisface mis necesidades elementales.

—Ajá. Hijos, dinero y... nada más. Qué tristeza. Por eso es mejor no casarse.

—Aún tienes treinta años, no sientes soledad. Además, tienes una familia envidiable, una madre y una hermana de quince años. ¿Qué más puedes desear?

—Tal vez eso haga que sienta que no encontraré a la mujer perfecta. Ellas hacen que las odie. Son insoportables, engreídas, mandonas y ambiciosas.

—Me hubiera gustado tener a alguien así en casa años atrás. Ahora lo que tengo es un dolor de cabeza que usa un vestido.

—¿De qué hablas?

—Es un asunto delicado. Ayer, apareció en mi casa una dama que me exigió que fuera su tutor.

John miró a su amigo como si él hubiera enloquecido. Ninguna mujer aparecería en su camino para pedirle eso.

—Deja el brandy. Ninguna mujer tocará tu puerta para pedirte algo semejante.

—Puedes visitarme si gustas, tarde o temprano la tendré que traer a los eventos para que consiga un esposo. Sería bueno que te fijaras en ella para que haga juego con tu familia, es exactamente como describes a las mujeres que viven bajo tu techo. Lo que pasa con esta joven es que se trata de la ahijada de mi padre. Me convenció de que, en nombre de la amistad de nuestro padre, yo aceptara hacerme cargo de ella. Está desamparada después de la muerte de él y el heredero no ha aparecido para hacerse cargo.

—¿Y crees que a tu candidata le gustará saber que tienes a una casadera bajo tu techo? ¿Es bella?

El marqués no quería responder esa pregunta.

—El que calla otorga, George. —John rio—. Tienes algo de tentación en tu casa.

—¿Y qué crees que puedo hacer? ¿Tu madre y tu hermana no querrán tener a una aliada más? Puedo hacerme cargo de sus necesidades y gastos.

—¿Tu solución es darme el problema? No llevaré nada tentador ni que me arrime al matrimonio para que viva conmigo. No, no y no.

—Era una idea. Ella es un problema no tan problemático, solo que no estoy acostumbrado a convivir con más personas que mis sirvientes. No sé cuánto tiempo soportaré sin sentirme agobiado. Necesito alguien a quien pueda darle este pequeño inconveniente.

—Ese alguien no soy yo, tal vez Steven.

—Él sigue negado al matrimonio al igual que tú. Quién sabe cuándo dejará de pensar así.

—Pues no le veo mucho futuro.

Cuando llegó su turno para bailar con Melissa, él se despidió de su amigo y se acercó a ella y la llevó hasta el centro del salón.

—No lo vi ayer, su señorita —comentó la joven.

—Tuve una reunión con amigos. Durante la temporada tratamos de reunirnos un poco más.

—¿Su grupo de solteros?

—Sí.

—En verdad desearía saber a qué dedican su tiempo. Considero que la función primordial de un caballero no es permanecer soltero, sino que es conseguir sus herederos.

—Es cierto, pero como hemos sido criados de manera distinta, los caballeros no pensamos que el matrimonio sea algo sencillo, por lo cual no queremos arriesgarnos pronto o mejor dicho a una corta edad. ¿Ha visto a muchos caballeros solteros de poco más de veinte años haciendo acto de presencia sin sus padres? Lo que veo aquí son caballeros mayores, incluso con mayor edad que yo, tal vez buscando una segunda esposa o comenzando la búsqueda de la primera.

Por curiosidad a lo que decía el marqués, ella se fijó a su alrededor y era cierto. Hombres de mayor edad que él estaban ahí como si fueran jovencitos.

—¿Para usted fue difícil decidirse? —curioseó Melissa.

—Sí, pero era el momento de encontrar a la futura marquesa.

En la cabeza de Melissa retumbaba la frase «futura marquesa». Estaba segura de que ella sería la que ocuparía ese puesto, ya que tenía la preferencia del hombre cada vez que se encontraban. No había duda alguna, también lo murmuraban las personas. El marqués se casaría con ella por las razones que fueran, por elección o presión social. Era más de lo que esperaba para su exitoso debut en sociedad. Desde pequeña había sido educada en la confianza por su madre. Para Melissa nada era inalcanzable y era afortunada. Haría lo que fuera por quedarse con ese caballero, aunque aún no había hecho demasiado esfuerzo, él se acercaba a ella como abeja a la miel.

Sabía que hablar de algo que vendría más adelante podría ocasionarle problemas por sentirse comprometido con una joven. Él ya tenía el visto bueno de la sociedad para cortejarla, pero George aún no estaba dando ese paso hacia lo desconocido. Su buena reputación obtenida recientemente sería lapidada a causa de su pupila. La gente lo criticaría una vez que supieran que vivían solos en la casa. Era probable que lady Melissa Amery lo despachara sin querer saber nada de él. No podía decir que se había enamorado; no obstante, cumplía a cabalidad con los requisitos que creía que serían perfectos para su futura esposa. Le gustaba y sin problemas podría tener relaciones íntimas. Esperaba que ella le respondiera como deseaba.

Capítulo 12

Al día siguiente, Brianne estaba en el carruaje en compañía de su doncella y de Claypole. Los tres iban felices y sonrientes. La noche anterior, mientras el marqués no se encontraba en la casa, ellos aprovecharon para divertirse sin molestar al dueño de la casa. Claypole era alguien de modales sobrios, pero al bailar parecía un ser vivo y no una momia yendo y viniendo detrás de su amo. Las dos vieron que el sirviente no era estricto y tampoco un manual de modales.

Claypole fue el primero en querer echar a esas mujeres de la casa del marqués; sin embargo, le agradaba la presencia y la vida que le daban ellas a la residencia. Parecía un hogar y no solo un enorme cúmulo de piedras ensambladas de manera perfecta y decorada con cosas caras. Con Brianne y su doncella, el sol había entrado por la puerta para cambiar cómo se estaban portando. Él comprendió que vivían en una rutina de silencio y sin un horario fijo para sus actividades. Él ni siquiera descansaba bien por estar detrás de su patrón, esperando que este apareciera después de alguna juerga en la que estuviera involucrado.

—Espero que hoy vuelva a salir su señoría —comentó Grace, sonriente—. Mientras el gato no está, los ratones salen a bailar.

—Más respeto con el marqués, jovencita. Él es quien nos da todo. Podrá ser un poco cerrado, pero tiene un corazón generoso, lo digo porque lo he visto crecer.

—Claypole, no sabe lo que hace cuando sale de la casa, tal vez ni siquiera sea la persona que usted cree que es —habló Brianne, todavía un poco enfadada por lo que había dicho el día anterior el sirviente.

—Le pido que no malinterprete la actitud de su señoría, él es así, es alguien más bien solitario, sus amigos son la única compañía que conoce.

—Es una lástima que no quiera tenerme en su residencia...

—No la veo como alguien que se rinde, milady. Para ganarse la confianza del marqués no hace falta mucho más que no hacer lo que le molesta. Él es un hombre muy sencillo y costumbrista. No le gusta que lo saquen de su rutina. Si usted sigue exasperándolo, huirá.

Ella no estaba muy convencida con la idea de que estuviera exasperando al marqués. Lo que Brianne deseaba era ser amable y pasar tiempo con él, aunque la verdad siempre parecía molesto o asustado por lo que hacía. Ese día ni siquiera había desayunado con ella porque seguía dormido y ellos debían ir a la modista para encargarse los vestidos que necesitaría para la temporada. Buscaría los más bonitos y no solo para impresionar al resto de los caballeros, sino también para que George viera que ella era una mujer a la cual no tomaría en cuenta.

Una vez en la modista, Brianne olvidó cualquier tipo de problema que tuviera con George. Estaba encantada con lo que veía. No podía ser malvada con él y más por todo lo que estaba haciendo por ella sin saberlo. El marqués la había salvado del peor de los destinos.

Dentro de sí se ordenaba ser una joven buena y obediente. Morder la mano que le daba de

comer solo porque estaba ofendida porque un hombre al que le cayó del cielo no la apreciaba. ¡Eso era algo absolutamente normal! Ella era una obligación que nadie quería. Se trataba de un gasto que ni siquiera había contemplado, puesto que vivía solo y aún estaba soltero.

Después de salir con un par de vestidos, ella ya quería ponerse alguno de ellos para impresionar a George. No sabía cuándo era la ocasión ideal, pero debería ser en un día en el que él no saldría.

En la residencia de George, él se había despertado con la sorpresa de que ni siquiera su ayuda de cámara se encontraba en la casa. Se habían ido a la modista para acompañar a Brianne.

Regresó de madrugada a su casa, aunque no había bebido demasiado. Conversó con demasiadas personas y en especial con Melissa y su familia. Le comentaron que estaban pensando en una fiesta campestre en una de sus propiedades cercanas a Londres en dos semanas. No sabía si para ese entonces lo invitarían, puesto que su pupila era un problema que no sabía cómo solucionar sin salir perjudicado. ¿Por qué le pasaban esas cosas a él que por fin había encontrado el camino correcto hacia la compañía? ¿Por qué Brianne no aparecía un año después estando casado? De esa manera su esposa y él harían lo que estuviera a su alcance para darle la mejor experiencia. Sin embargo, ella estaba ahí, viviendo bajo su mismo techo, siendo soltera al igual que él. Era una catástrofe.

Una vez que terminó de desayunar, oyó las risas de las personas que regresaban. George fue a recibirlos.

—Buen día, su señoría —saludó Claypole al verlo—. ¿Se le ofrece algo?

—Buen día —alcanzó a decir viendo a Brianne. Ella tenía una sonrisa brillante en el rostro, era incluso contagiosa.

Los ojos de Brianne no dejaban de ver al marqués, que todavía tenía el rostro somnoliento.

—Buen día, ¿cómo amaneció, su señoría? —Ella hizo una reverencia practicada y que le salía perfecta, a la vez que no lo perdía de vista.

Él inclinó su cabeza para corresponder a Brianne, a la que no dejaba de mirar. Tenía un brillo especial ese día.

—¿Cómo les ha ido en las compras?

—Claypole ha traído la cuenta, espero que no se moleste. Si usted quiere que se casen conmigo, he tenido que pedir lo mejor que tenía la modista en telas y modelos. Además, pedí unos ajustes en el escote, tal vez para enseñar un poco más... —comentó Brianne, juguetona.

—¿Escote? Espero que no sea algo vulgar y en lugar de salir con la pupila de un marqués, te confundan con una mujer de la mala vida.

—Nunca he visto una de esas féminas de la noche, pero tal vez usted tenga más experiencia en eso que cualquier otra persona. Le mostraré mi escote para saber si lo aprueba.

Los colores se le habían subido al rostro a George. Brianne no tenía pelos en la lengua para decir tonterías, a lo mejor ni siquiera meditaba lo que decía, pero era vergonzoso.

Esa joven terminaría no solo por escandalizarlo, sino que se acercaba peligrosamente a matarlo.

—Por favor, controla tus dichos o terminarás siendo expulsada de la buena sociedad —expresó George, sonrojado.

—Era un chasco. ¿Creerá que andaré haciendo eso cuando sé que el recato es lo más importante para conseguir esposo? Solo quería ver su cara —replicó Brianne, divertida—. ¿Cómo le fue anoche? ¿Se ha divertido tanto como nosotros?

—Pues te sugiero que dejes de jugar con eso, es desagradable. Sí, me divertí mucho con una buena conversación y bailando con lady Melissa Amery, es una dama a la que conocí hace un par de semanas en la abadía.

—¿Es la dama a la que pretende como esposa? ¿Cuándo la conoceré? —cuestionó Brianne, desanimada, al oír que el marqués había bailado con una mujer.

—Sí, es ella. Déjame considerar si eso es prudente en pocas semanas. Estoy pensando una solución para nuestra incómoda situación...

—¿Cuál incómoda situación? No le causo problemas y más bien lo ayudo con sus inconvenientes caseros. ¿No ha pensado que su futura prometida puede darme consejos o ser una buena influencia para mí?

—¡Ja! Ni lo pensé ni lo pensaré. No puedo presentarte con ella.

—¿Se avergüenza de mí?

—No es vergüenza, es lo inapropiado.

—Si no quiere, no me presente, pero de todas maneras lo sabrá cuando vaya a los bailes con usted.

Ella tenía razón y George lo sabía. ¿Por cuánto tiempo podría esconder a Brianne? No sería por mucho. Debía tener una buena explicación para su presencia. No podía decir: «una noche la trajo un raudal».

—Tal vez tengas razón. Claypole, acompáñame —ordenó el marqués para que su sirviente lo siguiera.

En compañía de su sirviente, él fue a encerrarse en su despacho por segundo día consecutivo. Tenía cosas que resolver que gracias a la desconcentración que le provocaba su huésped, no podía terminar lo que comenzaba.

Claypole cerró la puerta después de entrar detrás de su patrón y aguardó a que le dieran una orden.

—¿Cómo le fue a milady? —indagó George, quería oírlo de la boca de su sirviente, que era de su plena confianza.

—La cuenta ha sido jugosa. Creo que le ofendió que usted quisiera deshacerse pronto de ella y por eso se ha decantado por lo más caro.

—No me sorprende que lo hiciera. Debía aprovechar la oportunidad de hacerme gastar. Al menos no compraré joyas. ¿Cómo se divertieron anoche? Milady me ha dejado pensando.

—Oh, milady es excelente en el pianoforte. Lo tocó ayer de noche para no molestarlo, aprovechó su ausencia. Usted se hubiera divertido mucho con el minué. Grace y yo bailamos mucho.

—No puedo creerlo, ha hecho que tú te divirtieras, eso es algo que no lo logra cualquiera.

—Una noche de estas debería quedarse para oírla. Le digo que milady es una mujer decidida, amable, inteligente, delicada y sobre todo talentosa. Sin duda, con una dote a su espalda definitivamente cazará a un buen esposo.

Casar a Brianne era el objetivo, pero no sabía con quién y ni siquiera cómo insertarla en la sociedad sin salir perjudicado.

—Claypole, necesito saber qué hacer con ella. Salir con Brianne a la calle solo hará que hablen de mí como si fuera que me estuviera aprovechando de la situación para sacar ventaja, cuando en realidad, la joven está sacando ventajas de mí. No quiero que piensen que es mi amante.

—Mmm... Si me pregunta, la solución es que se case con milady, así no habría inconvenientes y tendría una buena esposa. ¿Para qué buscar en otro lado lo que con tremenda facilidad ha caído en su puerta? Lo que cae del cielo no golpea, su señoría.

—¿Casarme con Brianne? ¡Ella es insoportable! Además, he estado casi cortejando a otra dama, conversando con sus padres y haciendo planes diciéndole que era la mujer perfecta. No puedo casarme con la pupila del demonio, ¿entiendes? Tengo una deuda moral con la sociedad. Imagina que ilusioné a una joven. Dejaré una mala imagen ante mis amistades y ni qué decir para mis amigos del círculo. De hecho, ya los he dejado en una mala situación conmigo tomando la iniciativa de casarme, ahora la sociedad también cree que ellos lo desean.

—Tiene razón, pero entonces, lo mejor es ser sincero o buscar a una matrona que quiera venir aquí y hacerse cargo de milady. Con la presencia de una mujer de peso en esta casa, nadie creará que usted anda en malos pasos con su pupila. Es cierto que muchos nobles han caído en la tentación y han desgraciado su reputación con eso. Depende de usted abrir su mansión para alguien más.

—¿Quién puede ser ese alguien?

—La condesa viuda, ¿no le parece? Su tía podría encargarse de milady si usted se lo propusiera.

—No lo sé, meter a mi tía en mi privacidad. Qué más da, si ya tengo a Brianne metida hasta en mi té.

—Por eso se lo digo, aunque si le gusta milady, tiene mi apoyo, ya que descubrí que ella lo mantiene ordenado. Con ella quizá se eduque rápido.

—Dices tonterías, Claypole. Nada entre Brianne y yo está destinado a progresar. Ni siquiera quiero pensar que exista una relación entre nosotros. ¡Es descabellado!

—No es del todo descabellado. Son dos solteros viviendo juntos, ¿cuánto tiempo soportará antes de sucumbir?

—Eso no pasará porque ya estoy pensando en cómo evadir a mi huésped. Puede manosear mi casa como guste, pero a mí no me tendrá y menos yo sería capaz de tocarla.

Su sirviente no estaba tan seguro de que no fuera a caer, ya que había visto cómo lo miraba Brianne y la manera en la que él devolvía esa atención. El marqués lo único que podía hacer era huir como una rata dentro de su propia casa, pero eso no resolvería el problema de raíz. Cuando la diera en matrimonio con otro ocurriría la desgracia si se llegara a dar cuenta de que la deseaba con él y no con otro.

George se negaba a creer en las palabras de su sirviente, no entendía de advertencias vacías ni las tomaría en cuenta porque lo importante era su voluntad.

Capítulo 13

Pasaron unos cinco días desde que Brianne estaba en la casa y sentía que el marqués escapaba de ella cuando se encontraban cerca. Con el tiempo pasando frente a sus ojos y dándose cuenta de que él no tenía intenciones de presentarla, tomó la determinación de hacer algo por su cuenta.

Por la tarde, en la hora del té, ella pretendió irrumpir en el despacho en dónde él pasaba demasiado tiempo, quizá más de lo necesario. Tal vez sus posaderas ya estuvieran desaparecidas por tanto sentarse.

Intentó abrir la puerta, pero estaba como siempre: cerrada con llave. Definitivamente, Brianne no había nacido para rendirse. Salió de la casa y la rodeó hacia el lado del jardín. Caminó hasta llegar a la ventana del despacho. Con sus uñas comenzó a rasgar el cristal.

Al oír el chirrido de unos arañazos a su espalda, George corrió la cortina. Ahí encontró a Brianne. ¿Por qué era tan difícil esconderse de ella para no tratarla? Ya no quería verla, pues no sabía lo que comenzaba a ocurrirle con ella. Prefería perderse en las veladas, lejos de su presencia, ya que empezaba a temer por su buen juicio. Tanto como le comenzaba a interesar su invitada temporal, sus conversaciones con Melissa empezaban a resultarle tediosas, sin el encanto del principio.

—Basta con ese ruido, Brianne —ordenó a la vez que abría la ventana.

—De alguna manera debo llamar su atención. Le quería hacer una pregunta.

—¿No puedes usar la puerta?

—Si no estuviera encarcelado por supuesto que la usaría, pero está más cerrada que su mente. ¿Me abre la ventana o la empujo?

Él se hizo a un lado y la vio levantar la falda para subir. Juraba que había visto mucho más que sus tobillos, tal vez hasta más que sus ligas. A George se le estaba haciendo costumbre sonrojarse cada vez que estaba cerca de Brianne y eso ya era el colmo.

—Esto que hace es inapropiado para una dama de su clase —reprochó alejándose de ella.

—Regrese aquí porque se me ha atorado la falda... —lo llamó.

—Lo que me faltaba. ¿Qué necesita?

—Necesito que me cargue.

—Puedo dejarla morir ahí, no la voy a cargar.

—No lo está viendo nadie. Como si fuera que lo voy a morder. Lo único que necesito es que me jale hacia usted.

Cerró los ojos antes de acercarse a ella y colocar sus manos en la cintura de Brianne y la jaló con fuerza a causa de que la tela de su vestido se había atascado por una rama de la planta que rodeaba la ventana del jardín. Al oír el sonido de la tela rasgarse, Brianne cayó sobre George y ambos terminaron juntos, en el suelo. Ella aplastándole la figura a él.

A esa distancia ambos podían percibir sus alientos. En ellos se sentía algo químico, un aroma incitante que los acercaba. La primera en sucumbir ante la atracción que la llevaba hacia el marqués había sido Brianne que, sin dilación, pegó sus labios a los de él sin saber qué más hacer.

George estaba perdido, lo que estuvo evitando todo ese tiempo, ocurrió. La locura lo tenía atado a ella, pues no alejaba sus manos de su cintura. Todavía se aferraba a la parte más angosta del cuerpo de la joven y lo peor era que la apretaba contra él, además, de apoderarse de los labios de Brianne. La obligaba a abrir más la boca para que su lengua pudiera introducirse con más facilidad. Si dependiera del marqués, no volvería a dejarla respirar. Era un pecado mortal probar los labios de la joven. El mayor error de su vida podía hundirlo, aunque por un beso estaba a punto de vender su espíritu.

La demencia los envolvía sin dejarlos ver más allá de las consecuencias de sus actos. Lo que debían asumir al acabar el contacto era el inconveniente. Por más que besarse los llevara a una nube de pasión momentánea.

Para Brianne sería difícil encontrar otro candidato cuando ella en realidad deseaba ser desposada por el marqués. Salió de un problema con Brandon para entrar en otro con George. El esposo perfecto caía ante sus ojos, ya que el marqués no quería tenerla cerca. ¿Qué haría después de eso? No había nada más que disfrutar de ese pequeño momento para después sumirse en una miseria mayor en el futuro. Tenía dos opciones, seguir buscando un amor o luchar por ese hombre que la rechazaba.

Mientras más profundizaban el acercamiento y sus manos más inquietas estaban, el fuego parecía consumirlos aún más. George había perdido la batalla desde el primer instante en que Brianne pisó su casa. Sin darse cuenta se perdió en el encanto de esa desconocida que se proclamó su pupila. De repente, recordó eso y sacó a Brianne de encima de él. Se incorporó y pasó sus manos varias veces por su rostro, como si quisiera olvidar lo ocurrido.

Ella también se levantó y no sabía qué decir. Lo veía nervioso corriendo de un lado al otro.

—Mmm... Creo que mi vestido se ha rasgado —comentó nerviosa.

—Rasgado... ¡Rasgado! ¿Qué es lo que quieres, Brianne? ¿Quieres poner mi mundo de cabeza y que fracase en mi búsqueda de una esposa?

—¿De qué habla?

—De que me provocas y me buscas sabiendo que no quiero nada contigo. Dime lo que quieres y vete.

Esas palabras eran demasiado dolorosas para Brianne, puesto que ella ya no podía revertir lo que sentía.

—Solo quería que me prestara las joyas. Me las pondría esta noche para la cena.

—Le diré a Claypole que te las dé. De ahora en adelante no quiero tener trato contigo. Comeremos en diferentes horarios para evitar encontrarnos.

—Lo mejor que podría hacer es conseguirme un esposo en silencio, alguien que tenga buenos recursos. No piense que quiero poca cosa. No me conformo con menos de lo que la educación que me brindó mi familia.

—¿Cuál educación si entras por ventanas, enseñas tu cuerpo de forma indecente y me besas? Eres una desvergonzada.

—¡No le permito que me hable de esa manera! Soy una dama.

—Que deja mucho que desear...

Brianne se acercó al marqués y le dio una bofetada, después se dirigió a la puerta, giró la llave antes de salir y se la arrojó.

—Tráguesela.

George tomó asiento y sopesó lo que había ocurrido. Brianne lo golpeó en el rostro y le arrojó la llave que usaba para encerrarse en el lugar.

No pensaba quedarse en la casa, se refugiaría en compañía de sus amistades esa noche, o de quién encontrara en *White's*, ese día no tenía cabeza para ir a bailar o conversar con otras personas. Necesitaba desahogar sus penas con alguien de confianza. No podía decirles a todos que había tenido un momento apasionado con la mujer a la que debía conseguirle un esposo. Podría tener mil defectos, pero era alguien mayormente correcto y prefería ser costumbrista.

Había tenido a muchas mujeres en su vida, una no podía causar estragos. Sabía discernir el bien del mal, y no podía ser un patán exhibiéndose con una dama e ilusionándola para terminar enamorado de una joven que llegó a su casa pidiendo auxilio. Era una tontería, algo absurdo e injusto. ¿Por qué su mente lo incitaba a pecar con ella si él había hecho lo que debía? En ese momento no solo tenía un inconveniente con ella, sino también un dolor muy fuerte en el rostro. Brianne tenía mucha fuerza o tal vez él había exagerado las cosas.

Brianne salió del despacho arrastrando la tela de su vestido por el pasillo. No le importaba eso, estaba demasiado enfadada para pensar en su elegancia.

—Milady, ¿no va a ir a tomar el té? La estoy esperando —dijo Grace.

—No, quiero estar en la habitación.

Al terminar de responder, ambas escucharon el sonido de la campanilla que venía desde el despacho. Después de un minuto, Claypole se disponía a ir para atender al marqués; sin embargo, vio a Brianne con el vestido roto.

—¿Qué le ha pasado a su vestido, milady? —interrogó el sirviente.

—El marqués puede responder, Claypole.

Tanto Grace como el ayuda de cámara quedaron con los ojos desorbitados. ¿Qué pudo haber ocurrido? Cada uno de ellos fue para atender a sus respectivos amos.

La doncella se moría por saber lo que había ocurrido. Su patrona debía decirle.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó al entrar a la habitación.

—No, no me encuentro bien. Odio a su señoría, lo detesto —masculló, se arrojó a la cama y miró al techo.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Usted lo tenía en un buen concepto...

—Eso fue hasta hoy que probé la hiel de sus labios y no me refiero al beso, sino por las palabras crueles que me ha dedicado —comentó con tristeza.

—¿Ha besado al marqués? ¡Eso es tan hermoso y romántico!

—¿Me estás escuchando, Grace? No ha tenido nada de romántico, al menos después de que el beso terminó. Me rechazó de forma horrible, tuvo la osadía de tratarme como una mujerzuela. Estoy ofendida. No puedo seguir idealizando al marqués, me lastima pensar en él. En el fondo avivaba la absurda esperanza de que quizá nos casáramos, pero creo que olvidé ver las señales de que no pensábamos igual...

Grace se acercó a ella y le cogió la mano.

—Lamento que terminara tan triste. No pierda la esperanza de encontrar a alguien para casarse. Quizá el marqués no sea la persona que la hará feliz, tal vez solo sea el medio para llegar al hombre ideal.

—Espero que así sea, porque esta decepción es dolorosa y vergonzosa.

Brianne se quedó en compañía de la doncella para ser consolada por ella. La verdad es que estaba herida. ¿Por qué había cometido la travesura de besarlo? Debió quedarse tranquila, ya que todo se complicaría porque él no tenía que disimular que no le agradaba. No lo disimulaba bien, aunque él creía que sí.

Después de casi tres cuartos de hora, Claypole golpeó la puerta.

Cuando la doncella abrió, él tenía en sus manos un alhajero que parecía bastante antiguo.

—Su señoría me pidió que le trajera el joyero de la marquesa para que escogiera las joyas que le solicitó —pronunció Claypole.

—Puede llevárselas otra vez y mejor si se las hace tragar, Claypole.

—¿Por qué habla de esa manera de su señoría? —cuestionó el hombre.

—No tiene sentido decirlo, pero tu patrón y yo no podemos vernos ni siquiera en pintura en

este momento. Le he dado un bofetón, pero fue porque él me ofendió después de que nos besáramos.

El sirviente se quedó boquiabierto. Esa era una confesión muy seria y el marqués no le había dicho nada. De hecho, lo había recibido de espaldas, sin mirarlo como no siempre solía hacerlo, entonces, era probable que estuviera ocultando parte del incidente.

—Sospechaba que estaba enamorada de su señoría. Su mirada no era normal, milady. Es una lástima que él esté cegado por otra mujer. La hubiera preferido a usted sobre cualquier otra dama.

—Me consuelan tus palabras, Claypole.

—Lo que le sugiero es que le haga la guerra a su señoría...

Ante esa sugerencia del criado, ella lo miró como si estuviera demente. No tenía sentido que él le dijera eso, puesto que Claypole se dedicaba al cuidado de George.

—No comprendo, ¿qué ganaría yo?

—La creía más inteligente, milady. —Él colocó el joyero sobre la cama y lo abrió para enseñarle algunos juegos—. Si está triste, puede usar estas perlas que pueden representar sus lágrimas. Si está enfadada, tal vez le queden los rubíes y si se siente feliz y amada, los zafiros. Siga mi consejo, hágale saber a su señoría que usted es una mujer fuerte, que no se descalabra ante nadie. Si puede hacerlo, le aseguro que lo tendrá comiendo de su mano en menos de lo que cree. Él se está resistiendo, pero no tardará en caer. Debe ser persistente si quiere tener todo esto. Esta es solo una parte del joyero. Son las piezas más sencillas, aunque no por eso dejan de ser valiosas.

—No puedo creer que desees que sea la señora de esta casa, Claypole... —musitó la joven, enternecida al escuchar la idea del sirviente.

—La apoyo porque he notado muchas cosas en su señoría. Ha cambiado desde que usted apareció en su casa. Este lugar por fin tiene un orden, solo él debe comprender el bien que usted le hace y lo que aporta. Sé que la aprecia a su modo, porque hasta ha pensado en dotarla para que vaya bien casada.

Capítulo 14

Brianne sabía que el marqués no quería verla y más después del altercado. Ella se había propasado con el golpe, pero él no la respetó como lo que era: una dama. Sin embargo, decidió dejar ese inconveniente de lado y vestirse de una manera distinta. Usaría uno de los bellos vestidos de baile que le había encargado a la modista, con eso, él también sabría que ella necesitaba salir y mostrarse ante Londres. Escondida, solo perdía el valioso tiempo que tenía una casadera de su edad con un año en contra.

Para esa oportunidad decidió que enseñaría un poco más de escote y no le importaba lo que pensara el marqués, con eso haría lucir las joyas. Lo único que esperaba era que él la viera al menos de reojo.

Después de vestirse y prepararse con elegancia y sofisticación, ella se paró junto a la puerta para oír las pisadas en el pasillo. Inevitablemente, George debía pasar por enfrente. Al escuchar el sonido de la abertura del marqués, ella alzó sus senos y apretó su cintura. No le importaba que ese corsé estuviera a punto de sofocarla.

Salió de su habitación y al girar sobre sus talones, lo vio, observándola sin decir nada.

George no podía creer que la mujer tan elegante y refinada que estaba frente a él fuera Brianne. Todavía seguía enfadado con ella por lo que había ocurrido; no obstante, en ese instante se sentía afortunado por haber besado a una mujer de tanta gracia y belleza. Tragó saliva y quiso seguir su camino como si nada, mas no pudo.

—¿Piensas salir? No me has dicho nada —comentó George, deseando que aquello pareciera una conversación casual.

—¿Le parece que saldría si no conozco a nadie? Gracias a usted, estoy encerrada en esta lujosa prisión. —Ella acarició uno de sus bucles, mientras miraba de reojo a George.

—Es extraño que tomaras la iniciativa de salir de esta casa por tu propio pie a buscar tus oportunidades. Eres un ser atrevido, por eso llegaste aquí.

Sin dudas, el marqués no estaba dispuesto a ceder ni un poco por ella, pero Brianne tampoco tenía ganas de rendirse. Claypole tenía razón, debía poner a ese hombre contra la pared.

Ella avanzó hacia él y George retrocedió un paso, pero después se quedó quieto. Brianne alzó la mano y observó el pañuelo lazado del marqués y pasó uno de sus dedos por esa prenda.

—Me tiene tanto miedo que necesita insultarme. Considero que lo importante ha sido el beso que tuvimos. Si no le interesa asumir su interés por mí, al menos sea capaz de proporcionarme un candidato a esposo. No quisiera tentarlo por más tiempo, puesto que no solo usted sufre, también yo.

Después se dio la vuelta y golpeó al marqués en el pecho con uno de sus bucles, ya que él era alto y la superaba en estatura.

Él solo podía verla alejarse, mientras contoneaba su cadera con aquella caminata que lo envolvía. Ese acercamiento lo había dejado sorprendido y tieso. Nunca se había enfrentado a una mujer tan decidida que le intrigaba y le gustaba. No podía olvidar el acercamiento que habían tenido. Temía a que la gente lo señalara, ya que, pese a pertenecer al círculo de los solteros, él tenía una buena reputación. Lo único que podían reprocharle eran sus años de soltería, pero de no ser así, integraría el círculo de los casados, así que eso se le hacía ridículo reprochar.

Se sentía con una responsabilidad moral por exhibirse por los salones y bailar con lady Melissa Amery, aunque quien le atraía mucho era Brianne y con ella no tenía problemas para contraer matrimonio, pero por respeto a la primera, él debía continuar su camino correcto, el que había escogido, por más que la tentación lo llevara hacia su pupila recién llegada. No podía sucumbir, la esposa ideal estaba en otro lugar y tal vez, lo más conveniente, fuera colocar a ambas frente a frente por más que la gente hablara. Debía tener el valor suficiente para sentir confianza en que por ser quien era lo respetarían, y como le había enseñado Wilburg, si no lo respetaban por su persona, lo harían por su nombre y su prepotencia. En ocasiones, debía mover la estantería de la influencia social.

De lejos, siguió a Brianne y la vio entrar al comedor, lo más probable era que cenara sola, ya que él tenía pensado perderse.

—¿Cenará conmigo o cumplirá su amenaza de comer en un horario distinto por capricho?

—Esta noche iré con mis amistades.

—Ah, entonces... A rey muerto, rey puesto. —Al terminar de decir esas palabras, ella se sentó en la cabecera de la mesa, socavando la autoridad de quien pronto estaría ausente.

George vio que ella se acomodó en su asiento, esa era una declaración de guerra.

—Disfruta de tu pequeño momento, Brianne. Regresaré y el rey te destrozará.

—Si ni siquiera quiere tocarme... —Ella pretendió ser punzante con él.

—Es lo que tú crees, lo que mejor puedes hacer es esconderte de mi pasión y de mi ira...

El marqués salió de la casa por la puerta principal, mientras que Brianne comenzaba a vivir la amenaza de George como una verdadera promesa apasionada.

—Escuchamos lo que ha dicho su señoría, milady. Le ha dolido que se sentara en su silla —musitó Claypole, sonriente.

—Sí, lo he visto en su rostro. Sigue muy enfadado conmigo, pero sé que me ha observado muy bien y considero que no le he resultado indiferente.

—¡Es que usted se ve preciosa, milady! —la halagó su doncella.

—Espero que él también lo notara. —Brianne dejó el lugar del marqués y regresó al suyo. Lo único que había hecho era molestarlo—. Que me sirvan la cena, después nosotros tres estaremos en el salón, conversando. Ustedes bailarán y yo tocaré el minué, ya que ninguno es capaz de hacer que ese teclado se mueva para que yo pueda hacerlo.

Le sirvieron lo que pidió y ella comió con lentitud, a la vez que trataba de darle una explicación al comportamiento del marqués. Ninguno de ellos sabía cómo actuar, solo se amenazaban.

El marqués llegó a *White's* y pidió que lo llevaran a una de las salas privadas del lugar, la que por lo general utilizaban cada vez que se reunían entre amigos.

—Buenas noches, su señoría, ¿cómo se encuentra? Déjeme decirle que lo veo con el rostro cansado. ¿Cómo ha ido su búsqueda de la esposa ideal? —preguntó James que se acercó con una copa de brandy y una botella.

—Buenas noches, James. Desconozco si tú eres un hombre casado, pero necesito un consejo sincero de tu parte. Estoy envuelto en una situación complicada. Todo estaba bien el día que nos diste los consejos, y pensé en seguirlos todos de la mejor manera posible; sin embargo, en el medio de todos mis planes, apareció una joven...

—Oh, siempre es bueno tener opciones. Usted ha dicho que la hija de lady Amery llamaba su atención. ¿Lo sigue haciendo?

—No —respondió George sin titubear.

—¿Y la otra mujer sí le atrae?

—James...

—Tomaré eso como un sí, señoría. Según mi punto de vista, no existen razones para que no termine cortejando a la dama que acaba de conocer.

—No es tan sencillo.

—Comprendo. ¿Es una mujer que no corresponde a su nivel social?

—Es de mi nivel social, es hija de un amigo de mi padre, de hecho, es su ahijada.

—Perdóneme, señoría, pero no comprendo.

—El padre de ella ha fallecido y no tiene nadie que se encargue de su futuro, por lo que fue a buscar a mi padre que lleva demasiados años muerto. Me pidió que me hiciera cargo en nombre de la amistad de nuestros padres. Brianne vive en mi casa, somos solteros, ¿lo entiendes? No soy un sinvergüenza que se aprovecha de su infortunio, pero debo confesar que está enloqueciéndome. Ya no puedo verla caminando por mi casa sin pensar en lo bella que es. Come conmigo y habla mucho. Es inteligente, domina mi casa y a mis criados. Ella es como la marquesa, aunque sin serlo —confesó. Cogió la copa que James le había servido a la vez que lo escuchaba—. Ahora estoy huyendo de mi propia casa. Hoy la besé y siento que ha sido el peor error de mi vida, porque no sé cómo la sacaré de mi cabeza.

—Ahora sí comprendo lo que me ha querido decir. Recuerde, su señoría, que para un

aristócrata soltero huir puede ser el principio de sus problemas. Lo único que hace es complicarse, cuando tiene la respuesta en la punta de la lengua. ¿Por qué ir detrás de una mujer a la que debe conquistar, cuando tiene a una dispuesta bajo su techo? Usted ha logrado lo que pocos pueden: tener permiso sin pedírselo a nadie. Siendo el tutor de la dama, usted puede aprobar la mano de ella para concederse ese beneficio.

—No es tan fácil. Ella tiene un tutor al que tengo que encontrar si quiero eso, pero sería desleal con lady Melissa Amery, pues su reputación se puede ver afectada por mi causa. La vieron conmigo bailando, conversando y cenando. Es algo embarazoso.

—Le preocupan cosas tan banales. A ninguna persona en la sociedad le interesa si usted es feliz, les gusta el escándalo, por eso, es mejor que les dé lo que buscan.

—Puedo perjudicar a alguien...

—O puede salir perjudicado casándose con alguien a quien no desea. Si hay algo que los solteros de edad, como usted, hacen, es esperar el amor. La conveniencia pudieron verla antes.

Comprendía lo que James quería decirle, pero su vida era más compleja de lo que debería. George era complicado a su manera, un hombre de religión gracias a su madre y las palabras no eran solo palabras, sus obras también hablaban por él. Podía coger una moneda, arrojarla al aire y esperar que eso decidiera su destino.

Durante el resto de la noche, ninguno de sus amigos se dignó a aparecer por *White's* y George se quedó en compañía de James durante la noche. Entendía que no podía acapararlo por completo, ya que él debía trabajar, entonces, él prefirió retirarse, aunque no lo hizo de forma tan saludable. Llevó consigo una botella de brandy. Se sentía muy afectado por la situación en su casa y no quería decirle nada más a Brianne o terminaría cayendo en sus influjos.

Desde un principio se dio cuenta de que no podía con ella. Se mostraba duro, pero luchar contra una dama no tenía sentido. No podía tratarla como una enemiga solo porque él se sintiera amenazado por su presencia. Brianne no sabía la razón por la que se negaba a estar cerca de ella.

Tambaleante, llegó más temprano que de costumbre a su residencia y oyó el sonido del pianoforte, siendo ejecutado enérgicamente por unas mágicas manos. Al pasar la puerta, se quedó viendo que su criado estaba más feliz que su amo. Claypole bailaba con Grace y los dos reían sin parar. Nunca había visto a su sirviente tan vivo, de hecho, casi había dejado de preocuparse por su trabajo. Antes lo perseguía hasta para vestirlo. En los últimos días se había olvidado de sus funciones gracias a la presencia de Brianne y su doncella. ¿Qué habían hecho estas mujeres en sus vidas?

Ninguno de ellos se había percatado de su presencia hasta que Claypole miró hacia la puerta y dejó de bailar. Eso llamó la atención de Brianne y Grace.

—Tengo listas sus prendas, su señoría. Lo acompaño a cambiarse —pronunció Claypole.

—Estoy bien... —musitó—. Si quieres puedes retirarte en compañía de la doncella.

—Sí, señoría. —Claypole le hizo un gesto a Grace para que los dos desaparecieran.

Brianne estaba a punto de abandonar el pianoforte cuando el marqués se recostó en él. Desde esa distancia, ella podía olfatear que el alcohol lo había tomado.

—Me iré a dormir. La diversión se acabó. No quiero molestar a su señoría. —Ella se levantó de la banca, pero el marqués la tomó de sus hombros y la devolvió a su sitio.

—Se quedará y me deleitará. Toque algo alegre —ordenó. Después comenzó a buscar un cigarro entre sus prendas y no lo halló.

—¡Claypole! —vociferó.

El sirviente apareció con presteza con un cigarro encendido y se lo entregó, después desapareció entre las sombras del pasillo.

Capítulo 15

La joven vio como el marqués se recostaba aún más por el instrumento.

—No quiero molestarlo, su señoría. Usted cambia de opinión con mucha facilidad. Tal vez ahora me diga que lo deleite, pero después terminará cerrando el pianoforte encima de mis dedos, aplastándolos con crueldad —pronunció Brianne.

—Te dije que no me gustaban las veladas musicales porque no había talento en ellas; sin embargo, tú lo tienes.

—Ajá. Hasta aquí se percibe el delicado aroma del brandy que lo está haciendo cambiar de opinión con relación a mis talentos.

George aspiró el cigarro y dejó que saliera todo el humo por su boca y su nariz.

—Ahora ya no hueles nada de eso. Espero que no te asfixies con el tabaco.

—Una buena manera de decir que no ha bebido. Si tocaré algo, usted me promete que bailará para mí.

—Ja, ja, ja. —Rio el marqués y después arrojó más humo por la boca—. No soy tu bufón de la corte, ¿entiendes quién soy?

—Por supuesto que lo sé. Usted es el malvado marqués que me rechaza. Mi intención no es que usted baile para mi deleite, sino para el suyo. Tiene a una talentosa concertista frente a frente y puede aprovechar el tiempo para divertirse. Le diría para que bailáramos, pero si lo hago nadie tocaría, sin contar que su desprecio llega al punto de mantenerme escondida de la sociedad para no bailar conmigo.

—Lo malo de las mujeres son los reproches absurdos que inventan. Te daré una sorpresa, Brianne, pero será después de que toques para mí.

—Tal vez unos pasos de baile no le hagan daño a usted, señoría. Me haría feliz después de tantas ofensas de su parte.

—Resulta que la ofendida eres tú. —Él suspiró y decidió mirar a otro lugar—. Haz lo que te pido.

Brianne no siguió discutiendo con él y se dispuso a consentirlo. Cuando el marqués decía que no, notablemente era una negativa casi inapelable. Le dio rienda suelta a su talento y comenzó a tocar el pianoforte.

El hombre parecía inmóvil; sin embargo, al poco tiempo de empezar la pieza, lo vio moviendo los pies, la cabeza y las manos. Eso divertía a Brianne y le hacía sonreír al verlo disfrutar de lo que ella tenía para ofrecer. Debía estar muy ebrio para moverse, ya que alguien como él no estaría de esa manera en un salón con un montón de personas a su alrededor.

De un momento al otro, ella lo vio moviéndose hacia un lugar más libre pese a la penumbra. Parecía estar bailando con alguien, pero solo estaba con su cigarro. Brianne quería carcajearse, mas sabía que si llegaba a abrir la boca rompería el encanto que acompañaba la danza del marqués.

De repente, oyó que un par de cosas a su alrededor cayeron y el marqués desapareció. ¿Qué había ocurrido? La joven dejó de tocar el pianoforte y buscó al hombre que estaba tirado en el suelo.

—¡Señoría! —exclamó queriendo ayudarlo. Él tenía el rostro serio; sin embargo, comenzó a reír como demente. Definitivamente, estaba ebrio y mucho.

—¿Quién demonios ha dejado estos adornos aquí? Creo que tengo un pedazo de vidrio en las posaderas. Qué ridículo. —Él intentó levantarse solo y después vio que Brianne extendía su mano para ayudarlo a incorporarse. Qué humillante le resultaba eso.

—Le dije que beber no era bueno, venga conmigo, lo llevaré a su habitación —habló esperando que él tomara su mano, pero George no lo hizo, era muy orgulloso.

—Puedo ir solo, Brianne. No quisiera arruinar tus prendas ni dañar tu espalda con mi peso. Eres bella para cargar con alguien que ha decidido salir del aburrimiento y de los problemas con un poco de alcohol. ¿Qué tienes en contra de la bebida?

—Nada, pero quita lo peor de una persona. Muestra lo que es en realidad.

—No todos somos malos, ¿a qué le temes?

—Ya no le temo a nada. Sé que usted es un poco impertinente cuando quiere decirme que no le agrado.

—Por favor, Brianne, no me hagas reír. Hablemos como debemos. Yo no tengo nada en tu contra, solo quiero cumplir con lo que me corresponde. ¿Sabes que antes de que tú llegarás estaba detrás de una dama? Pues... ahora no me interesa y es por tu culpa. Debería odiarte. —El brandy hacía que él confesara cosas que nunca debieron salir de su boca.

—Y me odia... —musitó Brianne dándose cuenta de que el alcohol estiraba la lengua del marqués. Eso él no se lo diría estando sobrio.

—No, no te odio. Me gustas, Brianne, tanto, que tenerte bajo este mismo techo en el que vivo es una tortura. Te veo y digo que eres la más bella de las mujeres, que debería arrojarme sobre ti y devorarte por completo, sin dejar que respires. Quiero estar contigo, pero sería una falta de respeto para lady Melissa.

—¿Usted me ama, su señoría? —indagó acercándose a él.

—Eso no lo sé. Nunca antes vi a una mujer con los mismos ojos con los que la veo a usted. A la otra dama, la vi hermosa y conveniente, pero no siento nada más. ¡Ja! Esto de buscar esposa apesta —se quejó.

—No sé si mi beso de hoy ha sido claro con mis intenciones...

—Ha sido tan claro como mi respuesta. Lo que quiero que entiendas es que no puedo estar contigo porque no es correcto. Acudes a mí por ayuda y lo único que se me puede ocurrir es aprovecharme de tu condición de esta manera.

Brianne toca las mejillas de George con cariño.

—No es cierto, no se aprovecha de mis necesidades, más bien, he sido yo quien deseó aprovecharse de su generosidad. Quiero estar a su lado. —De nuevo, Brianne se dejó llevar por los sentimientos que nacían en su corazón hacia el marqués. Después de oírlo, no podía pasar por alto que los dos tenían una lucha interior por lo que deseaban. Él quería hacer lo correcto, mientras que ella solo esperaba que George le dijera para estar juntos, o sea, que se equivocara y la escogiera por encima de sus convicciones.

—¿Sabes que mientras más te acercas las cosas se vuelven más complicadas? —curioseó George que tenía a la enemiga de lo correcto frente a él.

—Es exactamente lo que espero, que todo se complique más... —Brianne volvió a acercarse a los labios de él, pero fue George quien tomó su boca por sorpresa y después la cogió de la cintura para alzarla y pegarla contra su pecho.

Ese acercamiento era lo que esperaban ambos en su interior. Ninguno de los dos sabía lo que ocurriría más adelante, lo único importante era lo que pasaba en ese instante que deseaban que fuera eterno.

Ella se colgó al cuello del marqués y se dejó llevar por lo poco que podía ofrecerle la vida en ese instante. Mañana sería otro día en el que tendría que seguir luchando por lo que deseaba. Comprendió lo que George dijo sin darle mayor explicación. Él no la pondría en primer lugar si ella no hacía algo. Enloquecerlo para que olvidara que había empezado a cortejar a otra era su única opción. Al menos contaba con el apoyo de Claypole, que tenía mucha influencia sobre su patrón.

Por más que estuviera ebrio, él sabía que lo que estaba haciendo tendría consecuencias y que de nada le serviría intentar huir de Brianne, tampoco quería hacerlo. La bebida le había dado el valor suficiente para decir lo que en otro momento le sería imposible. Así como estaba con Brianne es como le encantaría permanecer para siempre.

Ninguno de ellos pensaba en deshacerse del otro hasta quedar satisfecho. George sabía que no tenía escapatoria, por lo que cedería ante sus pasiones de una vez para comenzar todo de nuevo. Se negaría a ir más allá de un beso con Brianne porque él tenía una obligación con ella desde que entró a su casa que era velar por su bienestar, y era con exactitud lo que haría al recuperar la cordura.

Cuando él la dejó en el suelo después de haber viajado hasta el cielo, George la miró y después le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, Brianne —pronunció George, después se dirigió hacia las escaleras y se agarró del barandal.

—No sé si las cosas cambiarán mañana, pero si es así, no se descuide de mí, porque puedo servirle mucho brandy para tenerlo a mi lado como hoy. Al parecer a usted le hace bien tomar.
—Ella le sonrió para despedirlo.

—Estás muy bella esta noche, Brianne. Descansa...

Lo vio continuar con su camino y ella se quedó en el lugar, mirando hacia donde él se había caído. Al recordarlo sonrió y después fue a bajar la tapa del teclado del pianoforte. Ahí se quedó por unos minutos, pensando en ese día entre horrible y maravilloso. ¿Qué le deparaba el mañana?

Cuando ella subió a su habitación no podía concentrarse en nada más que en el beso y la confesión del marqués. Sus temores estaban en que quizá él no la tomara en cuenta.

—¿El marqués le dijo algo más? ¿Estaba enfadado? —preguntó Grace que se acercó a ella para desvestirla y colocarle el camisón.

—No, todo estaba perfecto. Le gusto, Grace. Sé que le encanto tanto como él me encanta...

—¡Eso es hermoso, milady! Entonces pronto será la marquesa de Blister. ¡Su padre estaría muy orgulloso de usted!

—No cantaré victoria tan pronto. Debo luchar contra las buenas costumbres del marqués. Hay una mujer que lo perturba y que me produce inseguridad. Él la prefiere, pero yo no quiero tener que verla alguna vez, porque mis celos me ganarían. Siento que es mío y nadie me lo quitará.

—Entonces saque ventaja de que está aquí, la otra mujer no puede tenerlo tanto como usted.

—Sí, y con Claypole de nuestro lado, lograremos que su señoría me prefiera sobre la tal Melissa.

—Y si todo eso no resulta, la saca del camino. Solo piense en lo que a usted no le gustaría que le hicieran con un caballero que la corteja.

—No me gustaría que tuviera una amante o una mujer a la que amara.

—Su arma secreta será decirle que ustedes se quieren. Eso la espantará, salvo que sea una culebra ponzoñosa a la que le importen otras cosas como la posición y no los sentimientos.

—Veremos qué dice su señoría mañana. Lo esperaré ansiosa para desayunar.

Luego de que la doncella la cambiara, a Brianne le resultó difícil conciliar el sueño, puesto que no podía dejar de pensar en George.

En la habitación contigua, él descansaba como un tronco. Había bebido demasiado, pero no al punto de olvidar el tremendo beso que le había plantado a Brianne en los labios. Podría arrepentirse de haberlo hecho; sin embargo, esa idea no pasaba por su cabeza. Lo había disfrutado mucho.

Por la mañana, George abrió los ojos y suponía que debía enfrentar el día con valor. No sabía en qué condiciones encontraría a Brianne, pero debía darle la noticia que esperaba.

—Buen día, señorita —saludó Claypole a su patrón cuando entró a la habitación para vestirlo.

—Buen día. Lamento haber interrumpido la diversión. Tenías razón, ella es un prodigio.

—Ella es la esposa ideal, su señorita...

—Sé la razón por la que lo dices, pero no es ético, ni moralmente aceptable. Brianne es mi pupila temporal y no podemos cambiarlo.

—No hay ningún impedimento para que se case. Debería dejar esos prejuicios.

—Puede ser.

Cuando terminó de ser vestido, los dos bajaron al salón y después fueron al comedor. Ahí esperaba Brianne al marqués y ella estaba vestida con elegancia y con unas joyas sencillas que eran para el día.

—Buen día, su señorita —saludó sonriente y feliz al verlo.

El marqués le sonrió sin poder evitarlo. Los dos hacían lo mismo al encontrarse.

—Buen día, Brianne.

El sirviente se retiró en silencio y dejó solos a los dos.

—¿Cómo ha dormido? —indagó la joven.

—Bien, ¿y tú?

—No he podido dormir muy bien.

—Pero sí has tenido tiempo de arreglarte.

Él la cogió de la mano y le dejó un beso en el dorso.

Por primera vez ella se estaba sonrojando por esa atención. ¿Qué podría venir después?

—Tengo novedades para ti, Brianne. Esta noche saldrás conmigo a un baile.

Capítulo 16

Los ojos de Brianne se abrieron aún más por la sorpresa de saber que saldrían juntos. Le hacía mucha ilusión que pudieran bailar juntos.

—¡Bailará conmigo, su señoría! —expresó entusiasmada—. Le demostraré que puedo bailar de maravilla. La noche será nuestra.

—Me alegra que te gustara la idea. Conocerás a más personas de mi alrededor.

—¿Eso quiere decir que conoceré a esa tal Melissa?

—A lady Melissa Amery, Brianne.

—Mmm... Para mí no es una rival, porque yo sé que tengo su afecto, señoría... —Brianne rodeó al marqués y lo cogió de la mano para que se sentara de una vez a desayunar.

—Brianne...

—Si va a decir algo que me desagrade, es mejor que guarde silencio. Estoy muy feliz porque me presentará ante los demás.

—Debes...

—¡Shuuu! Me arruina el momento. Me encanta saber que saldré del encierro y conoceré el mundo. Derbyshire ya era una prisión y este lugar comenzaba a serlo.

George no podía decirle a Brianne que irían a un baile, pero para presentarla con otras personas y no para bailar juntos. Si se lo decía, ella era capaz de matarlo con sus quejas. Se lo diría una vez que su excitación por la situación se calmara.

Los sirvientes pusieron el desayuno a disposición de ellos y después el marqués pidió que se retiraran. Brianne no le había dejado de hablar sobre todo lo que pensaba, sus ojos reflejaban una gran felicidad por salir de la casa. Lo que debía hacer era que ella comprendiera el asunto que realmente importaba: que los dos se comprometieran con otras personas, puesto que como tutor y pupila el asunto era escandaloso.

—Llevaré uno de los mejores vestidos que me hizo la modista, uno que le gustará mucho, señoría. Como no cenaremos aquí, avisaré a la cocinera para que no se exceda en la preparación de las comidas por hoy.

—Tienes razón, hazlo —concedió.

—¿Podríamos hablar de lo que ocurrió la noche pasada?

—Mejor que no, Brianne, o este asunto no terminará. De hecho, te sientes poderosa por un beso.

—¿Por un beso? No, señorita, por una confesión. Sé que las palabras se las lleva el viento, pero en este caso, se han quedado en mi mente, como un cumplido.

—Entiendo que mis palabras quizá no fueron las correctas.

—Usted me quiere y lo confesó con sus palabras, pues entiendo que es un poco corto de ellas, pero yo comprendo muy bien.

—Comprendes lo que te conviene. No he dicho que te quería, sí que me gustabas.

—Eso es suficiente para mí. Con aquello despejo mis dudas y dejo a mis rivales hechas polvo. ¿Quién puede jactarse de tener del corazón del marqués más que yo?

—Nunca te he dicho eso, Brianne.

—Niéguelo... Ayer en cierto horario lo dudaba, pero en la noche supe que era correspondida en este pensamiento silencioso que lleva un tiempo aquejándome. —Ella se levantó del asiento y con atrevimiento, se paró detrás del marqués y con las dos manos acarició los hombros del caballero.

Ese acercamiento hizo que George quedara hipnotizado por las encantadoras manos de Brianne. Ella sabía cómo cuidar de lo que le apetecía. Llevaba años sin que alguien se interesara en él de alguna manera, la joven era un soplo de aire fresco en su vida. Sin tener control sobre sus acciones, él acarició una de las manos de Brianne. No sabía cómo lo tomaría, si la enloquecería o no pasaría nada.

Para Brianne, que le devolviera el acercamiento con una caricia, era una señal de que algo bueno se acercaba. ¿Qué más podía ser? Tal vez, el marqués aún luchara contra sus pensamientos de tomar una esposa por conveniencia y se decidiera por ella, que no tenía nada más que una mano adelante y otra atrás. Después, Brianne descendió hasta el cuello de él y lo recorrió con su nariz. No era capaz de ocultar lo feliz y complacida que estaba con él. Además, que ella deseaba que él se decidiera a pedirla en matrimonio y que dejara a un lado a lady Melissa Amery, que no era más importante que ella.

Al sentir el contacto de Brianne, George se perdió en el afecto que ella le declaraba con su acercamiento. Eso no era para nada bueno, puesto que él tendría que pinchar su burbuja para que entendiera que ellos se casarían, pero por separado.

—Brianne, te llevaré a un baile, pero no para que bailemos juntos tú y yo, sino para que conozcas a otros caballeros que puedan llamar tu atención. Te dotaré con buen dinero para que no seas una pérdida total para un noble. No creo que alguien quede indiferente ante ti, eres hermosa y encantadora... —pronunció. De repente, sintió que la joven se alejó y lo rodeó desafiante.

—No puedo decir que no estaba avisada, pero creí que las cosas serían diferentes desde hoy —dijo decepcionada, tomando distancia de él.

—Si las cosas fueran diferentes, Brianne, tú serías mi primera opción, pero soy quien debe ocuparse de ti. No tendría palabra ni sería un caballero si me adjudico tu mano por ser quien

tiene poder para conseguirte un esposo. También, he escogido a la mujer que será la marquesa y es injusto que tú le robes el lugar.

—¿Robarle el lugar? Le hubiera robado algo si lo tuviera, pero jamás tuvo su cariño ni su afecto, señoría. Lo único que quiere es molestarme y ser infeliz por gusto propio. ¿Quiere un esposo para mí? Consiga uno que me resulte fascinante. Se arrepentirá de las decisiones que está tomando, se lo aseguro —advirtió.

—No quiero que me amenaces, tomo la mejor decisión por ti.

—No es por mí, es por usted, por su comodidad, para no sentirse señalado por hacer lo que su corazón manda. Espero que esa sociedad a la que quiere agradar venga aquí cada día para ver si es feliz.

—Brianne...

—¡No quiero hablar con usted! —espetó la joven que se retiró del comedor sin terminar su desayuno.

George no estaba feliz con lo que había hecho, pero le parecía lo correcto. Tendría que dar explicaciones, pero esperaba tener la compostura suficiente para no delatar que tenía sentimientos que lo unían a Brianne.

El marqués se quedó a terminar su desayuno, mientras que Brianne salió al jardín en donde su doncella se encontraba recogiendo rosas para colocarlas en su habitación.

—Quiero destruir todo este jardín y quemar esta casa junto al dueño —masculló sentándose en un banco que se encontraba ahí.

—Se levantó de buen humor, ¿qué ha ocurrido para que se enfadara con su señoría? —curioseó la doncella que dejó a un lado su canasto con las flores cortadas y se sentó junto a ella.

—Me dijo que saldríamos esta noche a un baile. Yo enloquecí de emoción, porque pensé que bailaría a su lado, pero resulta ser que el asunto es para que conozca a su queridísima lady Melissa Amery y para que yo consiga un esposo. —Ella suspiró y miró sus manos—. Las cosas no funcionan, Grace. Su señoría no parece entender sus propios sentimientos, es contradictorio. Un día me besa y me confiesa sus sentimientos y, al siguiente: «Brianne, busca un esposo, porque yo jamás lo seré» —lo emuló.

—A mí, este marqués comienza a desagradarme, aunque me cae mejor que su primo, milady. Lo que debe hacer es borrar y cuenta nueva. Usted es tan fina, hermosa e inteligente, que conseguirá un esposo con solo un chasquido de dedos. Deje al aristócrata este, que sufra con su frívola narizona —expresó Grace, enfadada, y muy comprometida con su fidelidad hacia la dama.

—¿Narizona?

—Imagino a esa lady conveniente como una bruja de esos cuentos que leía su institutriz. A los hombres les gustan las mujeres feas, siempre cambian lo mejor por algo peor. Usted es la

belleza con piernas y le aseguro que esa mujer tiene una nariz que cubre todo su rostro. Su señoría ni siquiera encontrará la boca de esa víbora y es mejor así, o morirá envenenado.

—Me haces reír, Grace, aunque yo creo que es probable que el marqués termine envenenando a la joven. Él es quien no sabe lo que quiere y lo lamento. Espero que cuando se dé cuenta de las cosas no sea demasiado tarde, ni para él, ni para mí.

—Pues de nada le servirá llorar sobre la leche derramada. Usted se vestirá esplendorosa para la noche, será la sensación y bailará con los mejores partidos de la temporada, moviendo el suelo que pisa el marqués. Se arrepentirá de tirarla a los brazos de otro.

—Es una buena idea, espero que se arrepienta, pero tal como él me hace sufrir también lo haré sufrir. Si su reputación es algo que valora, quizá le demos un golpecito en ese lugar.

Las dos rieron como pillas.

—Claypole es su aliado, milady, podríamos acudir a él.

—Claypole no tiene un dios a quien servir. Ahora me sirve a mí, pero cuando venga esa mujer, ella será a quien debe obedecer, en cambio, tú eres mi fiel doncella, Grace, mi amiga. Tú solo puedes darme buenos consejos y afecto.

—Por supuesto, milady. Desde el fondo de mi corazón le deseo todo el mal posible a su señoría y a la bruja que será su esposa.

Claypole siempre estaba pendiente de las conversaciones de su patrón y esta vez quedó defraudado por su actitud. Definitivamente, él se estaba dejando llevar por los convencionalismos, olvidando que lo más importante era su corazón. Lady Brianne tuvo razón al advertirle sobre lo que hacía, porque el único que pagaría por sus errores sería él. Su ceguera era desconcertante para el criado. Estaba empeñado en cumplir con una misión que no le correspondía, en lugar de ocupar su verdadero sitio como un oportunista al que la suerte le llegó a la puerta un día de lluvia, debería disfrutar de una mujer que lo estimaba y que daría todo por él y por su familia. Cuando escuchó la campanilla para que se presentara en el comedor, Claypole puso su rostro inmutable de siempre.

—¿Se le ofrece algo, señoría? —inquirió.

—Llévale a Brianne las joyas más bonitas que fueron de mi madre para que las use esta noche. Saldremos a un baile, quiero que la sociedad la conozca. Bien dicen por ahí que al mal paso hay que darle prisa. Si me condenaran, al menos intentaré defenderme, mientras demuestro que no tengo interés en ella.

—Lo demostrará de la puerta para afuera, esperemos que a ningún sirviente se le escape que usted anda besando a su pupila. Sería muy malo para usted.

—Eso lo dejaré en tus manos. De ti dependerá que nadie sepa de mi corto desliz. Anoche lo estuve pensando, Claypole, y debo hacer lo que corresponde.

—Lo que corresponde es hacer lo que usted desea, no lo que los demás esperan que haga. Milady será una buena esposa para cualquiera ya que usted la rechazó.

—No la rechacé, solo quiero que entienda que no puede cambiar lo que yo dispongo, y esto va para ti también, Claypole. Sé que eres su aliado, y no pienso castigarte por eso, te perdonaré esta traición porque sé que solo te importan tus convicciones tal como a mí. El domingo estoy seguro de que me prohibirán entrar a la abadía si no los convenzo de que Brianne es solo mi pupila.

—Esperemos que ella se comporte como su pupila y no como la joven enamorada de usted que se nota en esta casa. Su mayor inconveniente sería disfrazar lo que siente.

—Para eso tendré que echarme del pedestal en el que ella me colocó sin permiso.

—Besarla es otorgarle permiso, señoría. ¿Qué pensaba usted? Este juego no le saldrá barato. Tal vez en el asunto de presentarla le salga el tiro por la culata y arruine su reputación y la de ella, teniendo que responder con el matrimonio.

—Sería lo mejor para ella y en el fondo, para mí. Sería la forma más rápida de coger valor para llevarla al altar y ser feliz, según tú.

—Absolutamente.

—Haz lo que te digo, quiero que luzca lo mejor que pueda, mientras más llame la atención, será mejor para los candidatos.

—Y peor para usted. Espero que lady Melissa sea mucho más bella que milady o se ofenderá demasiado.

Capítulo 17

Había llegado la noche y Brianne se veía implacable y soberbia con su vestido de debutante en color lavanda y un par de zafiros adornando su cuello, sus orejas y su mano derecha, también llevaba guantes de algodón de color blanco. Ella le pidió a Grace que le apretara el corsé hasta que su mejilla se pusiera rozagante para verse más esbelta y colorida.

—¡Milady, se ve tan hermosa! —exclamó Grace que la había preparado siguiendo todas las indicaciones de la joven.

—Sí, voy a deslumbrar a los caballeros, Grace. Tendré a media sociedad a mis pies, porque la otra parte estará esperando arrodillarse. El marqués se arrepentirá de ofrecerme al mejor postor, porque sin dudas iré tras un pez gordo.

—Ya no más marqués pececito, milady. ¡Quisiera ver su cara cuando la vea de la mano de algún elegante caballero!

—Disfrutaré de ese momento. La venganza es un plato que se come frío. Rogaré por mis besos y para que sea su esposa, te lo aseguro, Grace.

Ella fue hacia el salón en donde la esperaba el marqués que observaba su reloj. Brianne estaba abusando con el tiempo. Iban con retraso. Él quería llegar temprano para poder observar lo que había en el salón.

—¡Qué mujer tan frívola! ¿Tanto le dificulta colocarse un par de baratijas en el cuerpo? —se quejó, molesto. Estaba enfadado con ella por varios motivos y no solo por dejarlo abandonado en el desayuno, el almuerzo y el té, sino también porque lo ignoraba sin disimulo. Era una mujer molesta cuando se le antojaba serlo.

—Ya ha terminado su tormento, señoría. Milady está bajando las escaleras —anunció Claypole.

—Voy a dejarle claro que soy yo quien... —Guardó silencio al verla con lo que para él era un halo de luz alrededor de Brianne. Ella parecía una dama inalcanzable. ¿Por qué lo era si estaba a su alcance en realidad?

—Recuerde decirle que es usted quien manda. —Su sirviente se burlaba de él al ver que enmudeció al distinguir a la joven que por nada del mundo desperdiciaba una oportunidad para humillar al marqués con su aplastante viveza. Si él creyó que la dejaría llorando en un rincón, estaba equivocado. No sabía con quién trataba.

—Te retrasaste, Brianne —reclamó con un tono que no demostraba ni su rabia y mucho menos su autoridad.

—Lo lamento mucho, señoría, pero si quiere que lo mejor de la buena sociedad se fije en mí, hay que invertir en la belleza y eso lleva tiempo. No solo necesito una dote, también es importante el arreglo que gracias a usted puedo lograr. Sin su generosidad, no sería nadie.

Él no quería halagarla, ya que con eso no solo agradaría el ego de Brianne hasta convertirlo en un monstruo, además, él mismo terminaría enloquecido por sus propios pensamientos hacia ella, un halago alimentaría al egocentrismo de la joven.

—Es bueno que lo comprendas, Brianne. Es hora de irnos, no me gusta llegar tarde.

—¿No piensa ofrecerme su brazo? Vaya caballero con el que saldré, uno al que le importa llegar temprano, pero tratar mal a la compañía, y más una dama.

—Pensaba darte mi brazo en el baile.

—¿Para qué querría que me acompañara si no bailará conmigo? Con permiso.

La joven se adelantó para subir al carruaje. George miró a su sirviente y a la doncella de Brianne antes de salir detrás de ella. Era evidente que estaban muy contentos con el desplante que le hacía la joven.

Subió tras ella y se sentó enfrente.

—Si quieres jugar conmigo, te sugiero que lo hagas en privado. Pierdo el respeto de la servidumbre con tus juegos —reprochó.

—¿Me culpa porque me quieren más a mí que a usted? Lo siento, pero no cambiaré mi forma de ser. No debería preocuparle tanto lo que hago, pronto dejará de importarle, como a mí también dejará de importarme lo que tenga que ver con usted.

—Eres la culebra más bella que he conocido.

—No diré lo que pienso de usted, porque no quiero que me deje a la mitad del camino. Cuando se pone tonto no sabemos de lo que es capaz.

—Como gustes. La primera indicación es que llegaremos, nos presentarán ante todos, iremos junto a una de las matronas más conocidas y después ella dirigirá tu vida a su antojo.

—Sin duda será alguien con gran sabiduría.

Las dos llegaron a la mansión en la que se llevaría a cabo el baile. Brianne no dejaba de mirar todo con gran expectación y con gran admiración. El lugar era precioso y estaba lleno de personas elegantes. Si bien confiaba en su atractivo, las mujeres eran finas y preciosas, tanto que terminaban siendo una gran competencia, tal vez a eso se debía que el marqués se decantaba por lady Melissa Amery, ella debía ser un encanto en toda la extensión de la palabra.

Una vez que fueron anunciados, los ojos de los caballeros se fijaron en ella y los de las damas en él. A medida que se adentraban, Brianne cogía con más fuerza el brazo de George para tener confianza. Le daba temor no conocer a nadie, en cambio, él se movía como pez en el agua. Lo notaba seguro e imperturbable.

—Buenas noches, lady Kirby... —saludó George a la mujer que usaba un bastón. Ella era una reconocida matrona de la sociedad londinense, con un par de matrimonios concertados en la espalda.

—Oh, pero ¡qué tenemos aquí! —saludó sonriente—. El sobrino de mi estimada condesa viuda.

—Es un placer saludarla, milady. ¿Cómo ha estado?

—Viuda, querido, y un poco aburrida. ¿Quién es esta encantadora dama? Si es tu prometida me sorprendería mucho, pero te felicitaría.

—Ella es... mi pupila, lady Brianne Scott —contó.

Lady Kirby levantó su monóculo que tenía colgando del cuello y observó a Brianne con indiscreción.

—¿Dónde está su carabina? —cuestionó la mujer.

—No tengo, milady. Vivo sola con el marqués.

La aristócrata bajó su monóculo para abrir su abanico con presteza.

—A medida que pasan los años, menos se respetan las buenas costumbres. Es inconcebible que una joven soltera viva con un hombre soltero.

—Nos dice algo que sabemos, milady —dijo Brianne.

—Qué atrevimiento, jovencita. Esta es una falta terrible. Su señoría debe deshacerse de la joven lo más pronto posible. Los han visto juntos al entrar aquí. Una vez que sepan que son tutor y pupila y que comparten casa sin una carabina, esto será un escándalo en el que ustedes serán la comidilla de Londres.

—Para eso la he buscado, milady. No quiero que piensen mal de mi pupila ni de mí. Sabe que pretendo casarme con lady Melissa Amery, es por eso que no quiero problemas. Brianne ha venido hace un par de días desde Derbyshire, no tiene a nadie más.

—Entonces, hay que conseguirle un esposo pronto y decir que tienen una carabina enferma, pero que aquí yo seré los ojos de ella. ¿Comprenden? Espero que mañana tengan a alguien que se encargue, de lo contrario, estaría bien que ella fuera conmigo a mi residencia, así la cuidaré sin escándalo alguno.

—Pero yo no quiero dejar la casa de su señoría, milady. Él es quien debe ocuparse de mí y no derivar mis necesidades en otras personas. Espero que no tome a mal lo que le digo —musitó Brianne.

—Su reputación es la única que quedará mal. Su señoría se casará con cualquier dama, mientras que usted, si tiene suerte, puede casarse con un americano a quien no le importa nada, ni siquiera la buena presencia. Tenga en cuenta eso. No se boicotee —la previno—. Si no les interesa mi oferta, hay otras matronas que no serán tan amables al saber eso. Si abro la boca, esto puede ser un reguero de pólvora.

—Es una idea que ya he estado considerando. Me preocupa que Brianne no logre casarse.

—Lo único que debe hacer es mentir, mentir con convicción sobre que la carabina está enferma, de esa manera, ni la vida de su pupila, ni su cortejo con lady Melissa Amery sufrirán las consecuencias.

—Está bien, lady Kirby. Dejaré a Brianne en sus manos para que los caballeros puedan acercarse.

—Sí, es lo mejor. Y usted, por ningún motivo baile con ella. No queremos dar pie a las habladurías.

Cuando George estaba a punto de dejar a Brianne con lady Kirby, escuchó que anunciaron a Melissa.

Al llegar, y sin pérdida de tiempo, Melissa buscaba al marqués. Lo encontró, pero no le gustó lo que vio. Distinguió a una dama que estaba agarrada del brazo del que sería su prometido.

—Necesito saber quién es esa mujer que está con él. No la conozco, jamás la había visto antes... —masculló Melissa, enfadada.

—Cálmate, querida. Debe ser alguna mujer que ha venido con lady Kirby, mírala, está junto a ella. Sabes que tienes la bendición de una gran matrona con más de cuarenta y cinco años de experiencia en los salones. Lo sabe todo —alegó su madre para tranquilizarla.

Sin embargo, nada parecía tranquilizar a la joven. Tenía un mal presentimiento al ver a la mujer. Su mente le decía que era una clara competidora por el afecto del marqués.

Sin perder el tiempo, Melissa fue como una tromba furiosa hacia donde se encontraban George, la mujer y la matrona. Estaba a punto de desmayarse. Cualquier palabra que le desagradara la haría colapsar. Nadie podía arrebatarle lo que había conseguido con ese hombre. Tenía puestas sus esperanzas en un próximo compromiso.

Por fin Brianne podía ponerle un rostro a lady Melissa Amery. Podía ver que era una jovencita no tan agraciada como ella. Eso la hizo sentirse confiada.

En la mente de George parecía que se le estaban juntando los problemas y él no sabía de qué burro tirar. Nunca había visto a Melissa, que era como una delicada garza, acercarse con tanto afán hacia donde se encontraban.

Melissa miró de pies a cabeza a Brianne y después alzó el mentón de manera grosera.

—Buenas noches —saludó Melissa dirigiéndose a George y a la matrona.

El marqués levantó la mano de la joven y dejó un beso en ella como saludo. Brianne no podía dejar de observar ese gesto tan grácil e inmaculado que él no había querido tener con ella después de la pelea. Prefería la bulla antes que llevarse bien. Eso lo único que le decía era que George tenía un interés real en lady Melissa Amery por más que no fuera tan agraciada como ella.

La recién llegada hizo una reverencia para el marqués y para lady Kirby.

—Es un placer verla, lady Melissa. Su señoría ha venido para presentarme a su pupila, lady Brianne Scott —habló lady Kirby viendo el desprecio en los ojos de Melissa. Era evidente que había ido hasta ellos a marcar territorio.

—Es un placer. —Brianne quiso ser amable, pero Melissa ni siquiera la había mirado.

—¿Bailará conmigo esta noche? —preguntó Melissa ignorando a Brianne y a lo que debería haber sido un saludo amable entre dos personas.

Para Brianne, esa humillación de la tal Melissa lo pagaría en cualquier momento apenas tuviera la oportunidad de tomar una pequeña venganza.

—Sí, por supuesto. Dejaré a mi pupila con lady Kirby y podremos ir a bailar —replicó desconcertado por la grosería de Melissa. Se lo esperaba de Brianne, pero no de la mujer que él pretendía convertir en su esposa. Ese acto le pareció deplorable.

—Para usted, lady Brianne, tengo muchos candidatos, entre ellos un duque. Una belleza como la suya no debe desperdiciarse en alguien como un conde. No digo que sean malos, por supuesto que son excelentes partidos, pero para las damas como usted están los duques y marqueses. Los amigos de su señoría están en la lista de solteros disponibles. Ese grupo de solteros es historia, querida.

Brianne miró al marqués y después a lady Kirby.

—Estaré encantada de conocer a los caballeros que tenga para presentarme. Su señoría espera que pronto me case y yo solo espero complacerlo —declaró alejándose de él.

La mirada de George solo pudo seguir a Brianne, sabiendo que lo que había dicho antes de partir era una sentencia para él. Sin duda alguna, lo haría sufrir con todo lo que lady Kirby tenía para ella.

Capítulo 18

Brianne seguía a la amable matrona que la llevaba con prisa por más que tuviera un bastón. Directamente la acercaba a un caballero que no se notaba muy divertido, pero que estaba ahí bebiendo una copa de brandy. Su entusiasmo era algo que a ella no le agradaba mucho por más que el hombre fuera bien parecido. Su cabello oscuro y sus ojos grises tampoco ayudaban a que pareciera una criatura encantadora.

—Vamos junto al duque de Durmont, es amigo de su tutor y parte del codiciado grupo de solteros que ha empezado a salir de la terrible cueva de la soltería que es *White's* para algunos caballeros. No saben que pierden la valiosa oportunidad de convivir con damas inteligentes y divertidas. Le recomiendo que toda su viveza la coloque en este duque, recuerde, es lo más alto a lo que puede aspirar en un salón al que no va un príncipe —pronunció lady Kirby con el ánimo de convencer a la joven de que Herbert Wolf era el candidato perfecto, pese a que competiría con más mujeres por la atención del esquivo varón de alto valor.

Herbert Wolf, duque de Durmont, miraba con hartazgo a la misma matrona que quería presentarle a otra flor inglesa. Admitía que cada vez mejoraba la especie de dama que acercaba hasta él, eran más bonitas, pero a él ninguna le resultaba interesante. Estaba ahí solo porque Steven le había dicho que iría, puesto que George ya era un caso perdido, porque andaba con las damas de arriba hasta abajo deseando conocer a la indicada. Tenía la edad suficiente, en cambio, él no tanto. Quería esperar un par de años.

—¡Su excelencia, qué placer poder saludarlo! —expresó lady Kirby, sonriente.

Él suspiró y con su mirada irreverente parecía decirle que estaba cansado; sin embargo, efectuó una inclinación de cabeza amistosa para la mujer.

—Vuelvo a saludarla, lady Kirby. ¿Qué hará esta vez con la quietud de mi espíritu? ¿Con qué cosa me turbará?

—Qué gracioso es usted, excelencia. ¿Qué más podría querer una matrona entrada en años en compañía de una joven flor inglesa? Quiero presentarle a la pupila del marqués de Blister.

Los ojos de Herbert se abrieron con sorpresa, ¿esa era la joven que cayó de la nada en casa de George y que lo perturbaba? En ese instante comprendió las razones por las que su amigo estaba tan ido en todas las cuestiones convencionales.

—Qué agradable sorpresa conocer al dolor de cabeza de George —dijo sin disimulo alguno, después colocó una sonrisa lobuna en su rostro.

La joven se sonrojó al oír el tono burlón que usaba el duque, era distinto al que había usado para saludar a la matrona.

—Ella es lady Brianne Scott. He pensado en usted para que llene el primer lugar de su carnet. No hay mejor compañía que un duque...

—Es un gusto, su excelencia —saludó Brianne que hizo una reverencia para Herbert.

—El placer es verdaderamente mío. En esta oportunidad se ha lucido, lady Kirby. Agradezco que tenga un buen lugar en su estima. —El duque cogió la mano de Brianne y dejó un beso en ella.

Brianne comenzaba a disfrutar de las mieles de los salones con la atención del duque. Podía decir que en ese instante se encontraba en la cima de lo que alguna vez soñó en el entorno de la nobleza rural. Londres era más de lo que había soñado antes, empezando por el marqués del que estaba enamorada y del que debía olvidarse, ya que la había dejado a su suerte en manos de una matrona, sin importarle que no conociera a nadie.

—Lo sabía. Siempre intento consentir a los mejores candidatos. Mientras ustedes conversan un poco, iré a conseguir más nombres para este carnet —avisó la mujer antes de ir junto al grupo que estaba muy cerca de ellos.

Herbert recorrió la figura de Brianne y levantó la ceja. No entendía qué veía George en la otra mujer con la que estaba para descuidar a su pupila.

—Había oído hablar de usted —comentó el duque.

—Es probable que no escuchara nada bueno de mí si quien ha comentado de mi existencia ha sido el marqués.

—Me complace conocerla en verdad. Por fin puedo ver a quién tiene en penitencia a George. Me alegro de que esté sufriendo. Desde que decidió buscar esposa, las cosas por nuestro grupo han decaído y hemos caído en las garras de las matronas. Lady Kirby es bien intencionada, pero todos la conocen, cuando algo se le mete en la cabeza, no parará hasta la unión de alguna pareja. Según me han dicho, que desde que murió lord Kirby las cosas han empeorado, no ha encontrado mucho que hacer. Estoy pensando en buscarle un esposo.

—¿No cree que ella está muy anciana para casarse de nuevo?

—¿No cree en un segundo matrimonio?

—Se lo responderé después de que consiga el primero.

El duque rio a carcajada suelta. Brianne parecía ingeniosa, por lo que se cuestionaba aún más las elecciones de su amigo en cuanto a damas, porque la que estaba ahí frente a él, tenía todo lo necesario para dominar a un caballero.

—No dudo que consiga uno muy pronto y yo sé con quién será. Aquí, entre nosotros, le confieso que sé que no tiene carabina. Eso es algo no muy bueno. Si quiere casarse con George solo dígalos en voz alta y la sociedad hará su trabajo.

—¿Su señoría es su amigo o su enemigo, excelencia?

—Lo más probable es que sea ambos. Desde que nos ha puesto en el ojo público, las cosas han cambiado. Es mi amigo, pero gracias a su absurda idea de sentar la cabeza, nos hemos visto afectados en nuestras actividades cotidianas. Antes venía a mirar y ahora resulta que las matronas

no dejan que esté aburrido en un rincón. No se ofenda, pero al ser conocida de George puedo ser sincero con usted. En síntesis, no lo soporto.

—Oh, es usted alguien con una sinceridad agobiante, excelencia. Entiendo que su señoría a veces es un poco egoísta cuando se trata de conseguir lo que gusta, pisoteando lo que es correcto.

—Entonces, le propongo que le demos un pequeño dolor de cabeza.

—¿A qué se refiere con eso? —cuestionó Brianne, confundida.

—Sé del aprecio que le tiene George a usted y no le gustará saber que tiene moscas revoloteando a su alrededor...

El aristócrata levantó una ceja y miró con sus ojos que en ocasiones parecían carentes de expresión gracias al color de los mismos; sin embargo, era muy gracioso cuando lo deseaba. Aquel podía cambiar de la simpatía a la amargura sin mucho esfuerzo.

—Haremos algo que resulte divertido. Mi adorable tutor me ha dejado a la deriva con una matrona y ella a su vez con un atractivo duque. ¿Qué más puedo pedir? Tal vez usted pueda ayudarme a conocer personas aquí, solo no diga que no tengo carabina. Lady Kirby nos ha aconsejado que por nada del mundo lo dijéramos.

—Me da otra arma para tomar venganza. Ahora lo que considero es que George vive con el enemigo...

A Brianne le divertía la actitud del duque. Como buen caballero, pidió una copa de vino para poder esperar a lady Kirby que estaba afanosa intentando conseguirle algo más, pero no necesitaba eso, Herbert cubría sus expectativas para una noche divertida en la que le demostraría al marqués que podía perderla si no se decidía por ella.

Mientras que Herbert y Brianne reían con sus copas en la mano, George los miraba como un águila a su presa. No sabía quién de los dos estaba coqueteando con el otro, pero no le gustaba. El rostro de Brianne era de pura felicidad. Esa sonrisa se la dedicaba comúnmente a él; no obstante, se la estaba entregando a uno de sus amigos. Lo sorprendente era que Herbert estuviera riendo de la misma manera y hablando tan holgado. Por lo general, no conversaba con las damas que le presentaba lady Kirby, como mucho un saludo y después quedaba en silencio hasta espantar a cualquier dama. Él prefería observar más que estar activo.

—¿Por qué no me había dicho que tenía una pupila? —cuestionó Melissa que miraba hacia el mismo lugar que él. Era evidente que estaba observando a la joven que había ido en su compañía.

—Brianne se presentó hace un par de días. Era la ahijada de mi padre; sin embargo, su padre ha muerto hace poco y solo yo puedo encargarme de ella.

—No noto alguna relación real para que usted la atienda, su señoría. Debe tener más familiares, si quiere me ofrezco a buscarlos para que se libere más rápido de su obligación con ella. Usted aún no sabe lo que implica tener a una dama a la cual mantener.

—Sí, lo sé. He gastado mucho en Brianne para que esté presentable. Si bien, era preciosa al llegar, en Londres necesitaba cosas más sofisticadas.

—Ah... Ha gastado... —Eso no le gustaba a Melissa. Le disgustaba mucho que estuviera invirtiendo por otra dama por más que ella no tuviera derecho a pedirle nada. A toda costa quería sacar a lady Brianne Scott del camino. Por muy pupila que fuera, era una mujer y representaría una gran tentación para un caballero soltero.

—Sí. Ella tiene que conseguir un buen esposo...

—Al parecer un duque es una excelente opción, según lady Kirby. También vi que ha estado conversando con otros caballeros. Será una noche agitada para ella y también para nosotros, su señoría. Ya sabe, la gente pide por la pareja favorita de la temporada.

George no quería bailar, pues si lo hacía, perdería de vista a Brianne. No dudaba de su amigo, por supuesto que no, pero sí sabía que Brianne era una joven que para alcanzar su objetivo treparía sobre la cabeza del mismo demonio. En ese poco tiempo en el que convivían había aprendido que ella era decidida y fuerte. En ese instante estaba muy ofendida por las cosas que habían pasado entre ellos, por lo que no confiaba en que actuara de manera inteligente o recatada, por más que la inteligencia era uno de los rasgos más destacables en ella.

—Por supuesto que bailaremos... —concedió. Melissa estaba entusiasmada y al parecer su entusiasmo serviría para ambos, ya que la mente de George estaba nublada por teorías conspirativas sobre su pupila y su amigo, el duque de Durmont.

Mientras él bailaba en compañía de Melissa, sus ojos se dirigían a Brianne y al grupo de personas que se acercaron a conocerla. ¿Qué estaba haciendo George bailando en lugar de estar junto a su pupila presentándola? Era el peor tutor que pudiera haber en el mundo.

Ella era el centro de atención de las amistades de lady Kirby, al igual que el duque de Durmont que se había quedado a su lado. Cada cierto tiempo observaba a George, a quien veía muy disgustado. Los días en su casa le fueron mostrando cómo eran sus distintas facetas. Él estaba a punto de ahogarse en su propia bilis y ella, sin dudas, lo disfrutaba. Había sufrido bastante torturándose con la idea de que lady Melissa Amery fuera más bonita y más lista que ella, pero en lo único que le aventajaba era en la grosería. Con su copa de vino hizo un gesto de brindar con él. Eso haría que el marqués dejara de mirarla de una buena vez, mientras él sufría, ella se divertía en la compañía de personas tan amables que le preguntaban de todo. Menos mal que lady Kirby era una mujer astuta y sugerente que, con sus insinuaciones, le daba más ideas para seguir mintiendo. No quería decirle a nadie que tenía un tutor que era el mismísimo Satanás y que para su mala fortuna estaba enamorada de él y a quien intentaba seducir para que le correspondiera.

—La pieza acabará, milady. Considero oportuno hacer valer mi nombre en el carnet —dijo el duque, haciendo que las damas alrededor se miraran como indicando que pronto tendrían una nueva pareja que se formaría entre ese caballero y la pupila de su amigo—. ¿Me acompañará?

—Sí, su excelencia, estaré encantada de ofrecerle mi primer baile de debutante...

Su primer baile le hubiera gustado dárselo a George, pero él no la estaba notando al tenerla

a su disposición, a lo mejor la notaba al comenzar a perderla.

Capítulo 19

El marqués pensaba que descansaría tranquilo después de acabar su pieza en compañía de Melissa; sin embargo, se cruzó con Brianne y el duque que iban hacia el centro del salón para comenzar el próximo baile. Su tranquilidad no tenía lugar en ese instante, vería bailar a Brianne. No esperaba que eso le aturciera demasiado, aunque el asunto comenzaba a causarle roncha.

—¿Le apetece una copa para calmar la sed después de un buen baile? —preguntó Melissa al sentir que el marqués se detuvo.

George miró a Melissa y frunció el ceño. En ese momento no quería que nadie le hablara, pero no podía ser un imbécil asocial, ya que estaba con la mujer que había escogido, aunque la que deseaba estaba a punto de bailar con otro. Sentía que esa comparación era un tanto ingrata, ya que él mismo había rechazado a Brianne. Le había dicho que no bailarían y era por una razón de peso. Todos pensarían mal de ellos dos, por más que sí existieran motivos para eso. La locura de lo que ellos albergaban en su pecho no acababa ahí.

—Sí, necesito un trago ahora mismo —dijo alejándose de ella para buscar uno.

Melissa simplemente se apresuró a alcanzarlo. Su actitud era impredecible, esa noche el marqués no era el mismo de hacía semanas atrás y eso se lo debía a su pupila, tal vez ni siquiera fuera eso, y era probable que se tratara de su amante. Esa idea la aterraba. Debía averiguar más sobre esa mujer y se lo pediría a su padre, ella le parecía demasiado sospechosa y joven, más parecía una amante que otra cosa. Podía soportar que su futuro esposo tuviera un desliz, pero se desharía de ella.

Brianne y Herbert hicieron la reverencia correspondiente e iniciaron con la danza.

Al duque le sorprendía que ella fuera tan diestra con el baile, siendo que venía del campo; sin embargo, no tenía que desmeritar sus conocimientos. Era tan fina como cualquier dama criada y educada en Londres. George tenía una gran fortuna si se ponía a considerar cómo se habían dado las cosas para él, pero comprendía que su amigo estaba tan desorientado que la descuidaba. Si seguía así, vendría otro que le bajaría el cielo y las estrellas y la perdería para siempre. En cierta manera, se sentía comprometido para que eso no ocurriera. Ya que su nombre estaba corriendo como moneda por toda la sociedad, no haría problema con que la relacionaran con la joven, le haría el favor a George de cuidar a su pupila de cualquier aprovechado. La gente comenzaba a especular con la dote de Brianne y eso podía hacer que los aprovechados se acercaran con malas intenciones, puesto que una mujer bella con una dote era presa fácil de los sinvergüenzas y más con un tutor que en lugar de cuidarla cazaba mariposas.

—Debo felicitarla por su talento y tener paciencia conmigo, milady. Llevo un buen tiempo sin mover los pies y menos teniendo una compañera como usted —musitó Herbert, condescendiente.

—En esta ocasión he tenido suerte de conocer esta pieza a la perfección. La practicaba con mi padre y en su ausencia con mi doncella. Es mi primer baile y todavía no creo que lo esté

haciendo bien. Considero que es gracias a su compañía.

—Quien debería estar disfrutando de esto es George.

—Él prefiere a lady Melissa para mi desgracia.

—No me preocuparía por ella, es algo pasajero que ha tomado a mi amigo. Es usted en quien piensa.

—¿Tiene miedo de que quiera conquistarlo, por eso me habla tan bien del marqués?

—No, pero le agradecería que no comprometiera mi soltería gravemente. Tengo una reputación que cuidar. Soy un ser indiferente a las damas, al menos a la mayoría, pero por ser usted una dama especial, la cuidaré.

—En verdad, la última persona que se ha preocupado por mí ha sido mi fallecido padre y ahora usted. Todos dirán que soy afortunada por ser pupila de un marqués y protegida de un duque al que, por supuesto, pensarán que quiero llevarme al altar.

—Eso puede darnos seguridad a ambos. Usted me aleja de las demás mujeres y yo la mantengo en la visual de mi amigo. Cuando se le caiga la venda de los ojos, irá junto a usted.

—No lo sé, su señoría es un hombre muy drástico.

—Le aseguro que eso ocurrirá.

Ella le sonrió al duque y él le devolvió ese mismo gesto. Esa escena la vio George, muy disgustado por el coqueteo mutuo entre ambos. Estaba al borde de estallar, si seguía por ese camino, no soportaría lo que la noche le deparaba. La vida se hacía difícil al tener a una mujer bella que vivía con él, sabiendo que se gustaban, que se habían besado y que se deseaban. Lo que estaban viviendo en aquel salón era una terrible farsa y todo porque no se resignaba a ser mal visto y señalado por la sociedad como el tutor que sedujo a su pupila y se aprovechó de ella. Lo más sencillo sería irse a vivir al campo con Brianne y ocultarse tal vez un par de años hasta que el escándalo fuera menor; sin embargo, estaba Melissa en ese ínterin, la mujer que él había estado considerando y con la cual conversaba de cosas que podrían ser consideradas dignas de unos prometidos.

Las copas de brandy pasaban uno a uno por sus manos. Las bebía como si no representaran más que un trago para calmar su sed en medio de la ansiedad que lo embargaba. ¿Sería posible que todas las noches él tuviera que sufrir viéndola bailar con su amigo Herbert?

A Melissa le preocupaba la agobiante frecuencia con la que él bebía. No parecía ser el mismo caballero controlado, amable y caballeroso de las últimas semanas, de aquel solo quedaba esa desagradable sombra y una mujer era la culpable.

—Su amigo no pierde el tiempo, su señoría. Considero que no existe mejor prospecto que un duque para librarse de una pupila indeseada —comentó para iniciar una conversación con él. Si lo único que le interesaba era esa mujer, lo envenenaría en su contra.

Esas palabras acrecentaban el mal humor del marqués. Cuando estuvo a punto de replicar,

lady Kirby lo cogió del antebrazo como si fuera a recostarse en él.

—Oh, su señoría, hay personas que desean saber la dote de su pupila. Es muy importante que me lo diga para generar interés. Si bien, he conseguido llenar su carnet, eso no es seguro cuando es evidente que se desconoce el valor de la joven. Mire qué buena pareja hace el duque de Durmont con milady. Son encantadores, desde hace un par de minutos nos estuvieron divirtiendo con ingeniosas frases y respuestas. Considero que están hechos el uno para el otro. No descansaré hasta ver casado a su excelencia —musitó lady Kirby.

A medida que escuchaba más cosas, peor era la sensación que lo embargaba, solo quería irse a su casa y llevarse a Brianne para que dejaran de ponerla en la vitrina del matrimonio.

—Tiene una dote muy buena, lady Kirby. —Él sonrió y se acercó al oído de la mujer para decírselo.

—Interesante, señoría...

Melissa estaba atenta a lo que ellos conversaban, pero no había logrado escuchar el valor, aunque la expresión de lady Kirby no le dejaba duda de que era importante. Ese dinero lo tendría que poner él, tal vez del mismo que le pudieran dar por la misma lady Melissa Amery. Cada vez soportaba menos a la pupila del marqués.

Al acabar el baile de Brianne y Herbert, al duque se le ocurrió la brillante idea de acercarse a George. Quería ver de cerca cómo se le escurría la espuma de su boca.

—Conversaremos un rato con George, aún no lo he saludado... —comentó el duque.

—A usted le gustan los problemas —musitó enseñándole una sonrisa.

—No llevamos ni un día de conocernos y usted me conoce más que yo mismo...

Se acercaron hasta donde se encontraban George, Melissa y lady Kirby.

—George, es un gusto saludarte. Pensé que vería aquí a Steven, pero lo que he recibido ha sido mucho mejor —alegó el duque que miró a Brianne al terminar de decir aquello.

—Mi estimado Herbert, ¿te gustaría tomar una copa conmigo? Si nos disculpan, mi amigo y yo iremos a por unas bebidas.

—Por supuesto, y yo traeré una para lady Brianne, debe estar sedienta después de un baile tan divertido...

—Vayan, vayan —instó lady Kirby.

Al ver que se iban, lady Kirby observó que las damas no conversaban entre ellas y ella debía solucionar el problema.

—Mis estimadas damas, todavía hay lugar en sus carnets, iré a por más caballeros. En un momento regreso.

La mujer abandonó a las jóvenes que no tenían el más mínimo interés de conocerse, más bien deseaban sacarse los ojos.

—Es extraño que su señoría tuviera una pupila... —declaró Melissa.

—No es extraño. Su señoría está encantado con mi presencia en su casa. Pese a que quizá fui una sorpresa, me ha aceptado con afecto, uno que usted no imagina —replicó Brianne con poca sutileza.

—Le aseguro que sé lo cariñoso que puede ser su señoría. Me encanta cada vez que nos quedamos solos.

Brianne trataba de permanecer inmune ante los ataques de esa víbora. ¿En verdad esa mujer era la indicada para el marqués?

—Tanta fue su ansiedad de quedarse a solas con él que olvidó la cortesía de su saludo. Si piensa que será una marquesa, lo mejor es que se comporte como una.

—Ninguna mujer que de seguro arreaba vacas me dirá cómo hacer las cosas.

—Imagino que no le agrada recibir consejos finos de una mujer que según usted arreaba vacas. Debe ser humillante.

—Sepa que no permitiré que confunda a su señoría. Él es mío —advirtió molesta, no le estaba agradando la mujer.

—Y si me prefiere, ¿qué puede hacer usted? Le queda resignarse, al final quien escoge es su señoría, y yo tengo la ventaja de que estoy bajo su techo.

—Sinvergüenza, mujerzuela —masculló escandalizada.

—Usted ha iniciado el pleito con su grosería, milady. Ahora no me culpe por las mías.

Melissa le dio la espalda a Brianne y se retiró echando fuego por las orejas y por todo lo demás que adornaba su cabeza. Tal vez Brianne se había excedido o quizá tuviera cierta malicia y celos hacia esa mujer, por eso no había pensado dos veces en enterrar su educación y su sutileza para convertirse en alguien vulgar y estar al mismo nivel que su competidora cuando en realidad ella sabía que era superior. Lo que había hecho fue terrible.

Mientras tanto, George todavía no le dirigía la palabra a Herbert al buscar las bebidas.

—Ya puedes decirme lo que gustes, George. He visto que no puedes soportar tu propio genio —alegó el duque.

—¿Qué demonios piensas que haces acercándote a Brianne? —increpó.

—Estoy tomando mi pequeña venganza hacia ti. ¿Sabes por qué? Porque me han presentado a tantas mujeres que ni siquiera recuerdo sus caras ni sus nombres, pero tu pupila es encantadora. No deberías dejarla sola.

—Lo que quiero es que te alejes de ella.

—¿Prefieres que cualquier sinvergüenza quiera aprovecharse de ella? Yo la cuidaría.

—¿Tú? Por favor, los conejos no custodian la zanahoria, al igual que las gallinas no cuidan el jardín porque se comen lo que hay. Te conozco tal como a los otros.

—¿Y tú qué? No tengo la culpa de que no puedas ver la oportunidad que tienes con ella. Es una mujer excepcional y no una víbora común como lady Melissa Amery. Tienes a una víbora de las mejores en tu casa. Ella tiene lo necesario para estar arriba, ser una marquesa o una duquesa. Tiene el carácter.

—Lo sé, desde que vive conmigo ha dominado todo.

—Incluso a ti. Deja la tontería o terminarás perdiendo una oportunidad de oro. No sé qué piensas de estas personas falsas que nos rodean. Te criticarán de cualquier manera. Ayer te odiaban por ser soltero y esquivo, hoy te aman por estar en el mercado matrimonial y te aseguro que mañana te repudiarán por casarte con cualquier mujer que escojas, que porque no escogiste a la indicada o a la hija de tal. No pierdas el tiempo.

Capítulo 20

Cuando el marqués y el duque regresaron junto a las damas, las dos parecían disgustadas entre sí y lady Kirby se había retirado.

El silencio se extendió sobre ellos al juntarse. La tensión se sentía en los miembros de aquella tertulia. Solo la presencia de lady Kirby hizo que las cosas prefieran calmarse. La mujer consiguió que las dos jóvenes tuvieran nuevas parejas de baile, aunque también consiguió otras damas para los caballeros que quedaban.

Cuando llegó el tiempo de retirarse a sus residencias, el marqués estaba exhausto y mareado por la cantidad de brandy que había bebido de manera irresponsable. No podía ver a Brianne sonriéndole a todos los varones del salón como la jovencita encantadora que era. Sus nervios estaban al límite.

Brianne fue la primera en subir al carruaje y el marqués se sentó frente a ella, la observaba con el ceño fruncido, como si estuviera enfadado con ella. Para la joven, esa era la oportunidad perfecta para hacer que la poca paciencia que tenía el marqués se extinguiera.

—Qué noche más maravillosa, su señoría. Me duelen los pies, pero cada parte que me duele ha sido gratamente atendida. He bailado y reído como nunca. Los bailes en Londres son tan glamurosos. ¿Cuándo volverá a invitarme? —preguntó la joven, cuya intención era molestar al hombre.

George achicó sus ojos y después los abrió como si quisiera gritarle.

—Me has avergonzado. Estuviste coqueteando con Herbert. No volveré a llevarte a ningún lugar al que él esté.

—¿Y qué pasa si quiero ser duquesa? Ya que no puedo ser marquesa porque al caballero aquí presente se le ocurre cortejar a una arpía —cuestionó con avidez.

—¿Piensas que él te dará un título? El único título que tendrás es el de amante de un duque y tu reputación no valdrá nada.

—Es lo que usted piensa. El duque me ha parecido una persona íntegra a la que le resulto graciosa. Me ha dicho muchas veces que era encantadora.

—¡Por favor, Brianne! Deja el vino.

—El que ha bebido mucho ha sido usted, cuya relación con el alcohol es muy reprochable. Me ha dejado sola con esa mujer horrible.

—Lady Kirby no es una mujer horrible, tal vez vieja y arrugada como una pasa, pero no hace falta que abuses con tus calificativos.

—No me refería a esa anciana tan considerada, sino a esa tal lady Melissa, que se ha jactado de quedarse a solas con usted y gozar de sus atenciones —contó Brianne.

—¿Estás inventando eso? Milady sería incapaz de hacer semejante cosa.

—Pues... milady es una mujer corriente y grosera que ha insinuado que yo soy su amante, señorita.

—¿Y tú qué has respondido?

—Que es usted quien escogerá y que yo tengo la ventaja de vivir con usted.

Él tapó su rostro con ambas manos. No podía creer lo que escuchaba. Brianne había echado a perder todo, desde el hecho de decir que su carabina estaba enferma hasta espantar a lady Melissa.

—¿Por qué tapa su rostro? ¿Acaso piensa que ella ha retrocedido? ¡Ja! Lo dejará tener una amante con tal de tenerlo a usted y ganarse el título de marquesa sin importar la humillación que eso podría acarrearle.

—¡Eres una indiscreta! ¿Qué hice mal contigo? ¿Acaso no puedes mantenerte en el papel de una dama decente? Desde que llegaste a mi puerta mi vida se ha convertido en un infierno, Brianne. No solo porque conllevas una obligación que nadie quiere, sino también porque te has dedicado a hacer miserable mi existencia en mi propia casa apropiándote de todo.

—¡Con todo eso he demostrado que puedo ganarme el lugar de la marquesa para estar con usted! Por más que usted no me quiera, le he demostrado que soy la esposa ideal, pero ante su rechazo no me culpe por correr a los brazos de un caballero que puede darme lo que usted no está dispuesto.

—¡Vaya esposa indiscreta que me hubiera ganado contigo!

—¡Preferiría casarse con una indiscreta que con una serpiente como esa que se cree su dueña cuando en realidad soy yo la dueña de sus pensamientos!

—Me asusta la confianza que te tienes.

—Aquí el único que no quiere admitir lo que ocurre es usted. No insistiré en conquistarlo, ni le pediré que me tenga en cuenta, solo apelo a que me deje buscar un esposo.

—Yo escogeré al que será tu esposo, y ten por seguro de que no será Herbert, porque no es conveniente para ti.

—Considero que es conveniente para mí y quiero seguir viéndolo. Si usted no me ayuda, lady Kirby lo hará, puesto que usted no quiere quedar mal con su queridísima lady Melissa Amery. Siga disfrutando de su viborita.

—No quiero seguir escuchando nada más que tenga que decir sobre nadie, ni sobre lady Melissa, ni sobre Herbert —sentenció el hombre que no volvió a mirar a Brianne.

Ella tampoco volvió a dirigirle la mirada. Ambos estaban enfadados, ¿cómo sería la vida de ellos si Brianne no conseguía pronto un pretendiente? Conoció a muchos caballeros esa noche, pero era muy pronto para saber si alguno de ellos sería un buen partido. Su mente le decía

que nadie alcanzaría al marqués, ni siquiera el duque de Durmont y más porque aquel le parecía más bien un amigo juguetón, un pequeño bribón. A su manera parecía un hombre maduro; no obstante, no lo suficiente para el matrimonio y ella no tendría tiempo de esmerarse para que se fijara en ella dentro de muchos años. Sería una solterona que lo perdió todo.

Al parar el carruaje frente a la residencia, los dos descendieron. George ayudó a Brianne, pese a que estaban enfadados el uno con el otro. Al llegar a la residencia, ella subió las escaleras sin despedirse del marqués y él solo la vio desaparecer en la penumbra. Después respiró hondo y fue a sentarse en uno de sus sillones del salón a cuestionarse la vida.

¿Cuánto tiempo más aguantaría lo que estaba ocurriendo entre ellos? Ese día, por ser el primero, había tolerado verla bailar con otros, pero en la próxima oportunidad las cosas no serían así.

En la habitación de Brianne, ella era ayudada por Grace, a quien le contaba lo que había ocurrido esa noche.

—Fue muy divertido y conocí a un duque joven, a tres que no lo eran, a cuatro casados sin sus esposas y una infinidad de condes que bailaron obligados por sus familias. Un salón de baile es un lugar muy divertido, Grace.

—Eso que ha dicho del duque me ha llamado la atención. Usted no dispara a media distancia, milady —congratuló Grace.

—Lo malo es que se trata de un amigo íntimo de su señoría. Nada me sale bien, Grace. No puedo tener ni al marqués ni a un duque. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo casarme con el hombre que me agrada!

—Lo que pasa es que usted le tiene que agradar también y lo único que hace es desagradar al marqués.

—¿Por qué siempre debo ser yo quien debe cambiar sus hábitos o sus pensamientos para consentirlo? Él es un egoísta que no se da cuenta que por sus caprichos puede sufrir más de lo que ganará. ¿Quién quiere casarse sin un poco de afecto u atracción? No quiero a un esposo al que no tolere.

—Supongo que su señoría piensa así. No sé qué consejo darle, milady. El marqués es obtuso, muy poco flexible, con lo que no le agrada. Si le ha dado permiso de usar las joyas de la marquesa o dirigir su casa no es porque crea que usted será su esposa, sino que es para no oírla. Es un típico hombre que no quiere oír a una mujer. Ya sabe lo que dice Claypole, es un ermitaño completo y alguien que no sabe socializar con las damas si no es de la manera convencional. Usted no es alguien del montón, es por eso que no puede con usted, pero con la tal lady Melissa Amery, le aseguro que sí puede porque no lo cuestionaría. Sería como tener de compañía a un zapato.

—Tratas de animarme y a veces lo consigues, Grace. No puedo quejarme de mi suerte. Ahora me siento afortunada por disfrutar de todo esto, porque lo merezco, fui criada para esto. Convivir con esos nobles fue porque esperé durante años y más después de conocer al

desgraciado de Brandon. Solo que el problema es que estoy enamorada del marqués, mis sentimientos me exigen que esté a su lado y haga lo posible para que me note, pero mi mente dice que lo mande al demonio y consiga lo primero bueno que encuentre, pues no tengo que andar perdiendo el tiempo. Ya he desperdiciado un año de mi vida.

—Es comprensible, milady. Yo la animo a que busque a otro caballero, por más que lo que yo desee es que sea feliz con quien usted ha escogido.

—Es entendible que existan dos tipos de matrimonios, por conveniencia y por amor, y es aún más comprensible que abunden los que son por conveniencia, pues no todos consiguen a quien amar ni quien los ame.

—No todo es justo, ¿verdad?

—No. Entonces, ¿crees que me enfado con su señoría sin sentido?

—Mmm... Puede que sí, pero él tampoco ayuda.

—Mañana le pediré una disculpa por arruinar su futuro compromiso por lo que le dije a su adorada Melissa, que de adorable solo tiene el color de una serpiente, pero yo no soy una blanca paloma, si siento que me atacan, yo también atacaré y fue exactamente lo que hice.

—No creo que el marqués quiera sus disculpas.

—Es probable que me escupa en la cara cuando se lo diga, pero me arriesgaré. Seré una buena samaritana a la hora del desayuno.

Grace no creía mucho de lo que decía Brianne, ya que ella misma había dicho que no era una blanca paloma. Lo más probable era que terminara en una pelea aún mayor y con ellas dos rasguñando las puertas para volver a entrar en la casa. El marqués tenía un pésimo genio, era serio y no reía demasiado. Su atractivo había deslumbrado a la joven, pero no había mucho más que halagar.

Después de vestirla, Grace salió de su habitación y se encontró con Claypole en el pasillo.

—¿Milady ya está dormida? —preguntó.

—Sí. Ha tenido una noche divertida en el salón, pero otro altercado en el coche con su señoría. No creo que las cosas entre ellos resulten, Claypole.

—Su señoría es necio y muy terco. Conversaré con él para saber qué ha pasado. Siempre me escucha.

—Espero que no deje pasar a alguien tan maravilloso como milady, ella ha sufrido mucho...

—La muerte de su padre debió ser difícil.

—Fue más difícil sobrevivir a lo que vino después. No me compete decirle esto a nadie, pero ella está en peligro y necesita un esposo en la mayor brevedad. Por favor no hable de esto, es solo un desahogo que tengo. Mi corazón se aflige al pensar en vivir todo lo que nos tocó antes

de encontrar este paraíso.

—Con eso me confirmas que no toda la historia de milady es cierta. He tenido muchos cuestionamientos sobre eso.

—No se lo diga, Claypole. Lo único que importa es protegerla. Hasta el momento yo solo he podido hacerlo con mis ruegos al cielo, pero ella es tan fuerte que no se desmorona con facilidad. Es una dama muy valiente.

—Lo sé, no se achica ante nadie y desafía a la autoridad con autoridad.

—A veces se exalta mucho, pero es muy feliz aquí y más cuando habla del marqués, pero él la destroza hablándole de otra mujer.

—No podremos evitarlo. Su señoría está huyendo sin darse cuenta de que es la raíz de sus problemas. No podrá seguir huyendo de sus sentimientos por mucho más tiempo. Se convertirá en una víctima y cederá, pero esperemos que no sea tarde.

—Esperemos. Y deseemos que la fatalidad no llegue.

—Milady representa una elección peligrosa para el marqués, y por lo que noto no solo es por sus sentimientos, si no por lo que viene detrás de la misteriosa dama que cambió su vida para siempre.

Capítulo 21

Pese a que George intentó que Brianne no saliera, al final lo había convencido de llevarla cada noche con él; sin embargo, las cosas se ponían más difíciles, pues los caballeros perseguían a Brianne y ella aceptaba conocer a todos y cada uno de ellos. Él estaba cansado. Además, lady Kirby lo enloquecía con ese asunto de llevar una carabina a todas partes, por lo que se sentía acorralado, necesitaba ayuda en esa casa o terminaría encerrando a Brianne para que no siguiera concediendo su tiempo a otros.

Tomó la decisión de escribirle una carta a su tía para pedirle encarecidamente que lo ayudara con Brianne. Ese día tenía que recibirla.

—Buen día, milady, su sobrino lo está esperando en su despacho —avisó Claypole al recibirla en la puerta y hacerse a un lado para que ella pudiera pasar.

—Gracias, Claypole. En estos días he estado muy ocupada saliendo un poco de casa. He visitado a unas amistades y he compartido una tarde de té en casa de lady Nottingham. Qué familia más agradable. Estoy esperando que alguna de las pequeñas sobrinas de lord Nottingham crezcan más para presentarlas con Steven. Son tan bellas y encantadoras.

—Se dice que las mujeres Fane son un tanto...

—Especiales. Me parece que es algo bueno emparentar con ellos.

—Por aquí, por favor, milady...

En su caminata, la condesa viuda distinguió a una dama que se encontraba moviendo un par de cosas en un lugar. Era bella y elegante.

—¿Quién es ella? —preguntó la mujer al sirviente.

—Ella es el problema del que quiere hablarle su señoría. Lleva un par de semanas aquí y está enloqueciendo al marqués —respondió el sirviente.

—Entonces es a esto a lo que se refería mi hijo.

—Lord Northland es compañero de juerga de su señoría, sabe lo que ocurre, aunque dudo que le dijera todo lo que vino después.

—Bien, apresuraré el paso para saber lo que desea mi sobrino, esa joven ha llamado mi atención.

Claypole golpeó la puerta del despacho, la abrió y dio un paso dentro para anunciar a la condesa viuda.

—Su señoría, su tía ha llegado.

—Tía... —pronunció con un tono que denotaba alivio. Se levantó para ir a saludarla.

—George, ¿cómo has estado? No has sido capaz de volver a visitarme ni a pedirme que te visite. En tu carta hasta las letras se movían, cariño. —Su tía le dio un beso en la mejilla y después él la guio para que se sentara en un sillón.

El sirviente retrocedió y cerró la puerta para dejarlos solos.

—Claypole me dio un pequeño adelanto y pude ver a tu problema arreglando un par de cosas en el salón...

—Se llama Brianne.

—Steven no me ha hablado mucho, solo dijo que tenías una mujer aquí y con la que no podías... tener un amorío.

—Vaya manera sutil de Steven para decir que es mi pupila. En realidad, no lo es. Tiene otro tutor, pero que no se ha presentado en un buen tiempo y ella necesita casarse. No se le ocurrió otra cosa más que buscar algún nombre y recordó el título de mi padre que fue su padrino de bautismo.

—Comprendo. Ahora dime, no me has invitado a tomar el té porque extrañas a tu tía, ¿en qué puedo ser de utilidad para ti?

—Necesito que venga a vivir aquí. Llevarla a su casa no tiene mucho sentido, ya que sería cambiar de depredador. Es una dama soltera y yo también, lo inapropiado es que estemos solos aquí. La gente comienza a cuestionar mis mentiras cada vez que ella y yo salimos a una velada.

—Está bien, me siento muy aburrida últimamente. No me haría mal cambiar de aire y dejar respirar a Steven un momento. Tal vez cuando sienta mi ausencia me vuelva a hacer caso. Vendré a vivir aquí para cuidarte de esa malvada dama que quiere destruir tu soltería.

—No se burle, tía. Lo hago por el bien de los dos. Soy un hombre honorable y ella no es una dama tan buena, es tentadora. Cada vez que puede, intenta enloquecerme.

—Debería observar cómo se comporta. Si dices todo eso, ella no es buena para nadie. Deja todo esto en mis manos. Ha llegado la carabina que esperabas.

En verdad su tía le estaba dando un gran alivio. Con eso dejaría de creer que todo el mundo lo señalaba como un aprovechado. Seguían respetándolo; no obstante, los cuchicheos incesantes lo molestaban, puesto que él sabía que eso pasaría tarde o temprano, pues existían antecedentes de caballeros que se habían casado con sus pupilas.

También, la condesa viuda lo ayudaría a no caer en la tentación al estar solos. Mientras más personas tenían alrededor, estarían alejados y eso haría que los sentimientos y la atracción mutua dejaran de aflorar. Esta era la forma que él tenía para evitar seguir huyendo.

Después de conversar un rato más, la mujer insistió en conocer a Brianne. La buscaron hasta dar con ella en el jardín. Ella parecía una graciosa mariposa cortando flores para colocarlas en floreros por toda la casa.

—Ahora entiendo muchas cosas, George. ¿Por qué mejor no evitas todo esto y te casas con

ella? Serás más feliz con alguien que te agrade —recomendó su tía.

—Hay códigos de honor, tía. He estado cortejando primero a otra dama y no puedo dejarla de lado por esta y menos por mi pupila. No es algo que hable bien de mis valores.

—Si te has juntado con Steven en sus juergas, te aseguro que poco ha quedado de tus valores y la gente lo sabe.

—Lo importante es no seguir dando razones para que piensen mal de mí, por más que pudieran tener razón, ¿eso la conforta, tía?

—Tal vez no mucho, pero ayuda.

—Brianne... —la llamó el marqués.

Al escuchar la voz del marqués, ella sonrió y miró hacia donde él se encontraba. Creyó que desearía tomar el té a su lado, mas distinguió a una mujer vestida de negro que estaba de pie junto a George. ¿Quién sería esa dama?

—Su señoría... —dijo ella dejando de lado lo que estaba haciendo para acortar distancia con ellos.

—Brianne, quiero presentarte a mi tía. Es la condesa viuda de Northland.

—Es un placer conocerte, querida Brianne. George me habló bien de ti —comentó la condesa para agradar a la joven.

—Quizá no hablara con el mismo George que vive aquí... —pronunció Brianne que terminó haciendo una graciosa reverencia para la dama.

Él suspiró antes de hablar.

—Escúchela, tía...

—A mí me parece que es una joven muy graciosa y que sabe a la perfección de lo que está hablando.

—Tía, no lleva aquí ni media hora y ya ha caído en los encantos de Brianne. Tenga cuidado, debe tener mano dura con ella.

—Lo sé, querido. ¿Puedes dejarnos a solas? Ella y yo conversaremos un buen rato.

—Pediré que nos sirvan el té, milady. El marqués no acostumbra a hacer ciertas actividades conmigo, tiene miedo de que lo muerda.

—¡Brianne!

Su tía le colocó ambas manos sobre el pecho de George para que no se exaltara. Su sobrino atravesaba una situación que no podía controlar, o sea, no podía controlar a su pupila.

—Ve a tu despacho. Deja que me encargue. No te exaltes.

George negó con la cabeza antes de retirarse. Brianne lo mataría de un disgusto el día menos pensado.

La joven agitó la campanilla para que alguien fuera a atenderlas. Grace se presentó y miró con curiosidad a la visita que estaba con su patrona.

—Grace, pide que nos traigan el té aquí —ordenó.

—Sí, milady, con permiso.

Las damas se quedaron solas y Brianne la invitó a sentarse con un gesto de la mano.

—Veo que llevas bien esta casa, jovencita. Tanto mi sobrino, como la servidumbre, carecen de buen gusto. Es evidente que aquí ha estado prosperando la mano de una dama, te felicito.

—Gracias, milady. No sabía que el marqués tenía una tía. Él no quiere hablar mucho conmigo. Antes conversábamos más; sin embargo, en las últimas semanas ha decidido alejarse de mí.

—Créeme que entiendo lo que dices, Brianne, pero es porque George no sabe qué hacer contigo. Es por eso que estoy aquí. Me encargaré de ti.

—¿Me llevará a su casa? —interpeló con palidez en su rostro.

—No, por supuesto que no. Mi hijo no tendría tanto respeto por ti como lo tiene George. Me quedaré a vivir con ustedes hasta que tú te cases.

—Ah, hasta que yo me case.

—Como una mujer que estuvo muy enamorada de su esposo, puedo decirte que te comprendo a la perfección, pero sabes que no puedes obligar a que alguien te quiera, debe ser decisión propia. Cuando George se decida que tú eres lo que espera, las cosas cambiarán.

—Nos haremos muy viejas usted y yo esperando ese milagro. Él es necio.

—La necedad es de familia. No lo tomes personal. La vida de mi sobrino ha sido difícil desde siempre. Se ha quedado solo muy joven y ha perdido a su queridísimo hermano.

—Es el niño pequeño de la galería, ¿no es así?

—Sí.

—No había querido preguntarle nada al marqués. Quizá aún le afectara eso.

—Él no estaría tan solo si no hubiera muerto. Tal vez por esa razón fundó el círculo de los solteros, para no llamarlo el club de la soledad. Me gustaría que comprendieras que George no es una persona fría, es solitaria.

—Lo entiendo, pero también desearía que alguien comprendiera que soy una persona cálida y que busca la compañía. He venido aquí para encontrar un esposo a mi medida. Sé que tengo

una mano adelante y la otra atrás, que tal vez mi candidato ni siquiera esté interesado en mí, mas espero algo también.

—Si esperas eso que yo pienso, tendrás que tener mucha paciencia. George es bueno, pero como todo caballero es lento de entendimiento, siempre están un paso atrás de una dama. Sé inteligente y aprovecha tu ventaja para fijarte en su mente.

—La paciencia es virtud de pocos, milady.

—Pues nunca es tarde para descubrir nuevas virtudes, ¿no es así? Cuéntame un poco más de ti y la razón por la que has venido hasta aquí. ¿Por qué escogiste a mi sobrino?

—No escogí a este marqués, yo pretendía que quien fuera mi padrino se encargara de mí, porque nadie lo estaba haciendo. He perdido un año demasiado valioso para cualquier dama. De hecho, debería arrojarme a los brazos del primer caballero que me pidiera matrimonio; sin embargo, desde que estoy aquí me he dado cuenta de que las recomendaciones de mi institutriz no eran del todo ciertas. No es sencillo casarse con un desconocido, tampoco con alguien conocido. En verdad creí que las cosas serían más fáciles.

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad y conocí a un conde muy engreído, era insoportable, pero por alguna razón desconocida, comenzó a perseguirme queriendo bailes y también salir a los paseos. Nadie podía creerlo. Lord Northland, un incansable soltero, había caído enamorado de una joven sin recursos. Mis padres estaban arruinados por la mala gestión de mi hermano mayor. Mi hermana fue marquesa y yo condesa. No creas que el dinero te ayudará cuando encuentres al correcto. Él te verá tal y como eres.

—Usted tiene una historia interesante, milady.

—Te la puedo contar mil veces, recordar es volver a vivir, y lo que más adoro es recordar a mi esposo.

—Me gustaría ser como usted. Podría decirle que quisiera ser como lady Kirby, pero ella es una casamentera.

—Y yo también, querida. Con el tiempo es necesario que una dama busque un matrimonio para sus hijos e hijas, aunque a veces también a los sobrinos como George, que han esperado una vida para hacerlo. Ya quiero que se case, y sé que eres la indicada, no solo porque eres bonita y porque tienes esta casa impecable, sino porque despiertas algo en él que es incapaz de comprender.

—Oh, milady, lamento que el marqués terminara cayendo en su propia trampa. Pensó que tenía una aliada, pero veo que no es así.

—Hay una aliada aquí, pero para ti...

Las dos comenzaron a carcajearse. Sin querer el marqués las había juntado, pero para su pésima suerte.

Capítulo 22

George observó desde dentro de su casa a su tía y a Brianne. En el momento en que las vio riendo supo que había hecho el papel del hombre más crédulo del mundo al juntar a dos damas que tenían un interés particular en él. Ella quería casarse con él y su pariente quería casarlo con alguien. Debió contratar a otra persona para atender a Brianne, ya que tenía a dos enemigos bajo su techo.

—Lamento tener que decirle que las cosas se pondrán difíciles para usted, señoría. Si antes era complicado, su nivel de dificultad ha aumentado al menos el doble —comentó Claypole.

—Lo sé, me doy cuenta de lo que he hecho. Estoy tratando de confiar en mi tía. No metería a más gente extraña aquí para que sepan todas mis intimidades, con Brianne que domina cada rincón de esta casa y a mí, es suficiente.

—No abrigue muchas esperanzas en su pariente, es la primera que le dará la puñalada certera. Cayó como todos. Milady es demasiado perfecta y encantadora. Hablando de eso, su señoría, han llegado al menos dos escritos que probablemente contengan invitaciones. Las dejaré en su despacho. De nada le servirá mirar su error por la ventana. Dejaré que se distraiga un poco con esto.

El marqués suspiró al saber que era un bufón, un tonto, un reverendo tonto. Trajo a la aliada perfecta para una casadera: una casamentera, y hasta Claypole lo sabía. Debería meter su cabeza en agua helada para ver si sus ideas mejoraban un poco, porque lo que hasta ahora había hecho para escapar de los brazos de su pupila no estaba dando resultado, más bien se estaba acomodando en ellos.

Dejó la ventana y fue a leer lo que su sirviente le sugirió. Eso haría que tuviera la mente ocupada, no todo podía ser Brianne en su vida. Ya tenía suficiente con tenerla en cada rincón de su casa, acosándolo, haciendo que la deseara cada día más.

Se sentó en su sillón y cogió un abrecartas para romper los sellos. En uno de los sobres había una carta con un pedido expreso de un caballero que solicitaba un paseo a caballo en compañía de Brianne.

Al leer esa primera carta comenzó a marearse. ¿Cómo podía pedir que le concediera una salida? Jamás dejaría a Brianne en compañía de un varón que no fuera él.

—¿Se encuentra bien, señoría? Está pálido —indagó el sirviente que se acercó a George y comenzó a soplarlo con uno de los libros contables que tenía el marqués sobre el escritorio.

—No estoy bien... me sofoco.

—¿Qué puede ser tan grave para causarle sofoco?

—Ni siquiera puedo seguir leyendo esta bazofia. —Él le entregó la carta a Claypole para que la leyera, ya que estaba impedido para hablar.

—¿Por qué no deja que conozca a milady?

—Qué pregunta más absurda, Claypole. Es peligroso para una dama salir con un caballero a montar. ¿Cómo la subirá o bajará? Tendrá que tocarla de alguna manera impura y eso hará que su mente retorcida quiera cosas indebidas con Brianne. Y, además, debo decir que ella puede caer del caballo y romperse el cuello. No es algo seguro para su persona.

—¿Ha olvidado que ella debe casarse? Esta invitación es una oportunidad...

—¡Es una oportunidad para enloquecerme! No puedo, no puedo hacerme cargo de Brianne, no lo lograré. No quiero que nadie se acerque.

—Su señoría, le pido que recapacite. Milady tiene derecho a conseguir un esposo y usted ha traído a su tía con ese fin, para que pueda ayudarlo a que se case. Antes de rechazar esta invitación, es mejor que converse con ella y con milady. Tal vez la joven quiera salir. Siempre está muy entusiasmada en cada baile y usted no se ha dignado a bailar con ella. No sea injusto.

—Mmm... Ya veo que en mi casa el último que manda soy yo. Qué vergüenza, qué bajo he caído en estos últimos años. La decadencia se ha apoderado de mí. Debí cuidar mi carácter y formarme con más fuerza y menos delicadeza, pero aquí me tienes, preocupado por mi pupila que no es mi pupila.

—¿Y por qué no averigua quién es el heredero del padre de la joven? Ese letrado, Middleton, debe saberlo. De esa forma, usted la entregará y después pedirá que le den su mano. ¿No cree que es la mejor manera de darse un merecido descanso? Admítalo, señoría, no quiere a otra mujer en su vida más que a esta.

Él guardó silencio y se propuso continuar con su tortura. No le daría la razón a su sirviente, era demasiado orgulloso para admitir tal cosa. La siguiente carta no era mejor que la anterior, un tal lord Chamberlain quería tomar el té en compañía de Brianne en la casa. Al menos era una actividad menos peligrosa para ella y podría vigilarla, pero a medida que pensaba en ceder, su mente más obtusa se volvía. No quería saber nada de ese asunto de tener que cuidar de una casadera. Esperaba que nunca Dios lo castigara con una hija, porque enloquecería. Si para Brianne era casi imposible conseguir un esposo, para su retoño sería una encomienda imposible.

—Este es menos indecente, pero no me apetece —confesó dejando de lado el escrito.

—Usted al parecer no cederá, señoría. Si quiere, puedo llevar estas dos cartas para que las lea la condesa viuda y aproveche a consultar con la joven si quiere ir.

—Hazlo, llévatelas. Tal vez con eso aprenda a dejarla ir. Claypole, quiero mi antigua vida de vuelta.

—Entonces devuelva a milady a donde pertenece. Si se empeña en tenerla aquí para que nadie la toque ni siquiera usted prosperará y su sufrimiento se acrecentará. Con permiso, iré junto a milady.

El sirviente tenía razón y George lo sabía, pero estaba confundido y agobiado. En sus manos estaba dejar la soledad de lado y construir una vida junto a la mujer que en verdad lo

cautivaba de todas las formas posibles. Si no lograba alejar a Brianne de él, terminaría casado con ella pronto.

Claypole llevaba las dos cartas al jardín para entregarlas a la condesa ante la poca cooperación del marqués para deshacerse de Brianne.

—Disculpe que interrumpa, mis ladies. El marqués le envía estas cartas para que usted decida lo mejor —dijo Claypole que se acercó a la condesa y a Brianne mientras tomaban el té y conversaban.

—¿De qué se trata, Claypole? —curioseó la mujer que cogió los papeles.

—Son invitaciones para milady. Su señoría considera que usted está más capacitada para tomar la decisión correcta, puesto que él se niega rotundamente a cualquiera de ellas.

—Está bien, Claypole. Deja esto conmigo.

—Sí, milady. Me retiro.

El sirviente se retiró y las mujeres volvieron a quedar solas.

La curiosidad de Brianne la estaba consumiendo por saber qué contenían esas hojas. La condesa abrió una de ellas y sonrió con gusto, después, la otra le causó la misma impresión.

La joven estaba a punto de estallar al no saber qué decían. Necesitaba saberlo o se volvería loca.

—¿De qué tratan, milady? —interpeló Brianne.

—Pues son invitaciones para ti. Dos caballeros han pedido un tiempo contigo. ¿Sabes lo que eso significa?

—Supongo que debo salir con ellos para conocerlos —habló poco convencida.

—Sí, es lo que deberías y lo que George no desea que hagas. Este sobrino mío es toda una caja de sorpresas. Por supuesto que yo no te negaré la oportunidad de conocer a otros hombres apuestos. Siempre es bueno estar en contacto con más personas y si te agradan hasta quitarles un beso.

—¡Milady!

—No grites, jovencita. Es la verdad. Considero que algo consentido no está mal y más si lleva el mote de secreto. Puedo jurar por mi esposo muerto que tú ya has besado a George. Aquí tienes a un lord Chamberlain y a lord Overly que te invitan a actividades interesantes. Lord Overly quiere cabalgar y lord Chamberlain, beber té. Mi consejo es que salgas con los dos, por más que estés interesada en el marqués. Créeme que él no se priva de salir con otras damas anhelándote. Diviértete. ¿Sabes montar?

—Soy del campo, milady, montar es lo que mejor puedo hacer, al igual que tocar el piano.

—Entonces dejarás impresionados a estos dos caballeros y a George lo torturarás un poco, buena falta que le hace darse cuenta de lo que puede perder. Aprovecha para volverlo un demente por los celos. Deja que otros caballeros te traten como una joya preciada para que él se arrepienta de querer entregarte. Si alguno de ellos quiere besarte y te agrada, acepta. Yo no me opondré, recuerda que soy tu carabina.

—El pobre marqués ni imagina lo que usted está fraguando en su contra.

—¿En su contra? Jovencita, esto es a su favor. Voy a hacerle más bien que mal. Es comprensible que parezca que no lo quiera, pero lo adoro más de lo que crees.

—No me queda más opción que seguir sus consejos, milady, si yo saldré beneficiada. Espero que su señoría no se enfade por haberme aliado con usted. Esto es mejor que decirle a la tal lady Melissa Amery que él me prefiere antes que a ella. Es una estrategia más sutil.

—Sí. Si quieres ser una marquesa y ser grosera, la sutileza es la que debe primar sobre cualquier actitud. Debes ser soberbia y muy engreída.

—Con tal de que esa culebra no se acerque al marqués, puedo ser su peor pesadilla. A esa mujer no le da la talla para ser marquesa. No digo que soy lo mejor del mercado matrimonial, pero sí mejor que ella. ¿Será que hago lo correcto al encapricharme con alguien que no quiere verme ni pintada y huye de mí?

—No lo sé, pero si tienes dudas, siempre están estos dos caballeros que te han invitado. No desperdicies tu valioso tiempo. Las oportunidades para una dama son más limitadas que para un caballero, no se dan en los árboles ni vuelven a repetirse. Es por eso que la mujer a la que llamas culebra es capaz de intentar lo que sea por un matrimonio. Solo se vive una vez y no puedes equivocarte.

Para Brianne la condesa tenía mucha razón. Tanto ella como otras damas luchaban con todas sus fuerzas por quedarse con lo mejor que ofrecía el mercado. Brianne quería quedarse junto a George, pero él era difícil de convencer, muy caprichoso y orgulloso para admitir que debía pisotear parte de sus principios para estar a su lado. A ella no le importaría pisotear a nadie por estar con él. Era cierto que solo tenía una oportunidad de ser joven y feliz con el hombre que amaba, debía convencerlo de que él también la quería y que olvidara la idea de seguir tras lady Melissa.

Brianne le contó ciertas partes convenientes a la tía de George. No estaba lista para hablar del infierno que había vivido durante un año junto a Brandon en aquella casa. Tal vez por esa razón ella no llegaba a escandalizarse por estar con un soltero a solas en un lugar. Estuvo sobreviviendo cada día como si fuera que nunca tendría un descanso. Cada amanecer era otra duda de si alcanzaría a llegar viva y virgen o viva al día siguiente. Estando junto a George, todo eso que había vivido quedaba como un mal recuerdo que ni siquiera quería revivir, deseaba que se quedara en el rincón más alejado de su memoria.

Una vez que terminaron el té, la condesa viuda fue junto a su sobrino con las cartas en la mano.

—Querido, debo ir a por mis cosas. Venir aquí me hará muy bien, Brianne es un encanto.

Espero que Steven llegue a extrañarme al menos un poco...

—Tía, la traje para que hiciera entrar en razón a esa arpía, no para ser seducida por ella y pasarse al lado enemigo —acusó.

—Oh, George, ¿por qué crees que me he pasado al otro lado? Considero que, al tener su confianza, podré lograr más que siendo repugnante. Debes aprender a tratar bien a los demás para obtener resultados. Ten en cuenta eso. Ah, y sobre las cartas, te comento que he aprobado las dos salidas. Puedes responder que Brianne sí podrá salir con los dos. Ella está feliz por eso y el plan que más le gusta es el de cabalgar.

Capítulo 23

Dentro de la cabeza de Brianne las cosas comenzaban a tratar de organizarse. Ya no eran dos en esa casa, eran tres. La condesa viuda era una mujer alegre, divertida y poco disimulada con sus intenciones de molestar a su sobrino, ya que, pese al malestar que le generaba a George tener que cederla para un paseo, ahí estaban buscando la forma de matarlo de un disgusto.

—Qué gusto volver a verla, milady —saludó lord Overly que estaba encima de su caballo. Descendió con presteza para saludar a la joven con un beso en el dorso de la mano. Todo eso lo hizo frente a George y a la tía de este.

La desaprobación en los ojos de George era más que evidente. No quería a ese hombre ahí rondando a Brianne, pero lo malo era que ella se veía sonriente e ilusionada por salir a cabalgar.

—Lord Overly, siempre usted tan amable —musitó la joven. Él no tenía mucho de especial, al igual que lord Chamberlain, aunque los dos cumplían con buenos requisitos como fortuna y buena edad para contraer matrimonio. No eran hombres de edad avanzada, sino que eran atléticos y con evidente obligación por parte de sus familias de buscar una mujer decente.

El marqués carraspeó la garganta para que aquel zángano pudiera recordar los perceptos básicos de la educación de la que en esos instantes carecía.

—Oh, su señoría, ¿cómo ha estado? Agradezco que me concediera salir en compañía de milady y de su carabina. Le prometo que trataré bien a la joven. Soy un gran jinete —saludó lord Overly.

—Mi tía hoy no ha amanecido muy dispuesta para dar una cabalgata. La edad la ha maltratado un poco, por eso es mejor que descanse más. ¿No le molestará que los acompañe? —preguntó George.

La condesa viuda dirigió sus ojos hacia su sobrino. Ella estuvo esperando el momento perfecto para salir a pasear y distraerse un poco cuando su pariente arruinó sus planes, ya que no podía contradecir a un marqués públicamente.

Brianne frunció el ceño por el repentino malestar de la condesa. Dirigió su mirada hacia la mujer y ella levantó los hombros como si le indicara que no sabía nada de lo que había planeado el marqués, puesto que el asunto había cambiado demasiado.

—Lamento que la carabina no se encuentre muy bien. Estaré muy agradecido de estar en su compañía, gozando de su confianza —musitó el hombre.

—En un rato más mis sirvientes traerán los caballos para milady y para mí. Mi tía nos deseará suerte, a la vez que descansa en uno de los sillones de la casa.

Mientras que Brianne era sometida a las atenciones del caballero recién llegado, su tía se quedó junto a él.

—Querido mío, me encantaría saber cuál es el motivo de mi indisposición. Sería bueno poder seguir tus mentiras para que no quedes mal al tiempo que pueda contradecirte —pronunció la mujer.

—Le respondo, tía. Se debe a mi desconfianza. ¿Ha visto que calza más ajustada lleva puesta? Es casi un escandaloso exhibicionista. Podría querer aprovecharse de la poca inocencia de Brianne.

—Comprendo. Irás a protegerlo a él para que ella no le hinque el diente. Lo más probable es que Brianne se aproveche de lord Overly y tú lo sospechas. Es bueno que cuides a tu pupila, pero deberías avisarme sobre tus cambios de planes.

—Para la próxima.

Claypole apareció con un elegante caballo blanco para el marqués y con una yegua mansa para Brianne.

Cuando George se acercó para ayudar a subir a Brianne al lomo de su caballo, fue adelantado por lord Overly que sin dudarlo cogió una mano de la joven y con la otra tocó la cintura de ella. Ese fue el instante en que el marqués percibió que me faltaba el aire. Sentía que se desmayaría por lo que había visto. Un toque tan íntimo era algo que no podía permitir o moriría de un soponcio.

Brianne sonrió hacia lord Overly casi felicitándolo por el acto de valentía de tocar su cintura de una manera sutil. Él parecía ser juguetón. Después miró a su tutor y lo notó pálido como una hoja en otoño, era evidente que no le gustaba ese hombre, no era de su agrado y eso era mejor para los planes de la condesa viuda.

—¿Le parece que partamos hacia St. James? —preguntó lord Overly al marqués.

—Iremos donde usted diga —concedió. Él iría un par de pasos más atrás que ellos, los observaría con ojo crítico, en especial a ese lord sinvergüenza.

Ella y lord Overly partieron sonrientes uno al lado del otro, mientras que George los seguía más atrasado, aunque casi pisándole las herraduras a los caballos de ellos.

El marqués estaba muy interesado en saber lo que aquellos dos conversaban. No le gustaba hacer el papel de segundón. Él era un noble, uno de alto rango, pero resultó que estaba siendo como un niño de su pupila o más bien de Brianne, la mujer que le robaba el pensamiento. Era horrible estar ahí, cuidando de que el hombre no se aprovechara de ella. Se sentía como un tonto, sabiendo que quien podría estar ahí a su lado era él y no lord Overly. La relación entre ser feliz y hacer lo correcto era inexistente. Ni era feliz ni percibía que hiciera lo correcto. La vida estaba llena de decisiones, a veces buenas y otras malas, y él no había tomado una sola buena.

—Mi madre quiere invitarla a una tarde de té junto a sus amistades, milady. ¿Qué cree que dirá el marqués? Se nota que la protege mucho —musitó lord Overly.

—Su señoría es un hombre serio, milord. No deja que la mosca más pequeña se acerque a mí. Tiene un fuerte sentido del compromiso con lo correcto; sin embargo, es una buena persona,

aunque parezca un poco inflexible en ocasiones.

—Pensé que rechazaría esta salida. En los bailes no se lo ha visto muy feliz, y tenía entre mis opciones que no me dieran esta oportunidad de conocerla de manera más privada. —Lord Overly extendió su mano para que Brianne le respondiera ese gesto.

Al ver la mano de lord Overly, ella miró de reojo al marqués y sin dudarlo, se la entregó al hombre. Eso le serviría para darle un poco de emoción al rostro pétreo de George.

Los ojos de George casi salieron de sus cuencas al ver que lord Overly estaba cogiendo las delicadas manos de Brianne con sus enormes garras. Con la rabia siendo su única compañía, le dio un golpe con la fusta al caballo del pretendiente de la joven. El corcel se colocó en dos patas antes de salir disparado con el caballero en su lomo.

Con aquella acción casi Brianne cae de su caballo; sin embargo, logró sostenerse de su silla de amazona y mirar como el animal echaba a lord Overly y lo arrastraba un par de metros hasta detenerse.

Brianne miró con presteza hacia George, acusándolo sobre lo que le había ocurrido a ese hombre tan amable. Sin pensarlo mucho, ella azuzó a su caballo para alcanzar a lord Overly y auxiliarlo. El marqués había traspasado el límite de los celos.

En su interior, él se reprochaba por haber caído en la tentación de alejar a ese varón de Brianne. Su actuar era cuestionable. De hecho, era lo peor que podía ocurrirle a su reputación en ese momento. ¿Qué diría la sociedad sobre lo que había acontecido si lord Overly era conocido como un buen jinete? Nada podría salvarlo de la vergüenza que le daría oír las murmuraciones que saldrían en torno a él. Y lo peor era que había enviado a Brianne directo a los brazos de la víctima. Eso podía definirse como haberla regalado.

—¡Lord Overly! —exclamó Brianne que bajó con prisa de su caballo para ayudar al caballero.

Ante la maniobra de la joven, George no podía quedarse atrás. Tratar de redimirse no era tan importante y tampoco lo intentaría, solo estaría ahí para prestarle su ayuda.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó Brianne que le tocó el hombro.

—Creo que estoy tan bien que un ángel ha venido a curarme —declaró dolorido, pero soportando la humillación.

—¡Por favor! —masculló George entre dientes para que nadie lo escuchara. Lo que había dicho ese hombre era la cursilería más gastada y vomitiva de todos los tiempos.

—Todavía tiene oportunidad de portarse como un verdadero caballero, milord. Lamento su caída —habló quitando su pañuelo para limpiar la raspadura que se había hecho en el rostro.

—Mi caballo debió amanecer un poco indispuerto. Tal vez mi talón lo golpeó sin querer. Disculpe que la avergonzara de esta manera —alegó lord Overly.

—De no haber caído, jamás hubiera recibido tales palabras tan confortables, milord. No

hay mal que por bien no venga —dijo ella para consolarlo. ¿Qué más podía hacer ante el momento de demencia que había tenido el marqués? El susto de muerte no se lo quitaba nadie.

Las cosas para George no mejoraban al seguir oyendo la conversación entre Brianne y lord Overly que para él parecía una escandalosa tomadura de pelo. Ella sabía cómo mantener entusiasmado a alguien y también enloquecerlo. Sería mucho más difícil que antes espantar al hombre, si la caída no lo había hecho, otra cosa tampoco funcionaría.

—Fue una caída estrepitosa —murmuró el marqués acercándose a los dos.

Lord Overly sospechaba que no había sido un accidente o torpeza suya haber caído del animal. Ese aristócrata tenía la cara de haber hecho algo muy malo.

—Sí, señoría. Fue un instante en el que me distraje y terminé de esta manera —justificó lord Overly. No podía increparlo frente a la joven, si tenía algo que decir lo haría después de despedirse de ella.

—Milord tendrá toda mi atención en lo que queda del paseo y aún más —comentó Brianne para molestar a George, ya que todo parecía indicar que saldría inmune de ese incidente, pero ella no se quedaría con los brazos cruzados. Lo que hizo pudo haber acabado con lord Overly.

El conde de Overly se incorporó y tomó en su mano el pañuelo con el que Brianne le había limpiado la raspadura de la cara, puesto que las partes que no podían verse, no sabía en qué estado se encontraban, solo podía decir que le dolía hasta el pensamiento, mas soportaría el tiempo que durara el paseo.

Los tres continuaron su camino como si nada y el complejo de culpa se le extinguió rápidamente al marqués viendo a lord Overly seguir con su coquetería y su cursilería barata para conquistar a Brianne. Mientras tanto, ella daba todo lo que recibía con propiedad y educación. La joven se comportaba muy bien para ser la mujer mandona que había llegado hasta su casa. Eso parecía ser una forma de defenderse de lo que había a su alrededor, pero ¿por qué razón una dama como ella podría tenerle miedo a algo o a alguien? No tenía sentido.

El camino se le hacía eterno a George. Lo único que quería era regresar a su casa y sentarse a beber un té en paz, solo, sin que nadie lo molestara, ni la misma Brianne. No quería verla por ser tan amable con ese hombre. Ni siquiera dejarlo en ridículo dio resultado para borrar la estúpida sonrisa que ella tenía en el rostro al estar con lord Overly. Cualquier disparate que decía el hombre era digno de hacerla reír. Eso era desgastante y desgarrador a la vez, puesto que él se había empeñado en alejarse de ella para quedar bien con lady Melissa; sin embargo, se cuestionaba si eso era lo conveniente. Según Brianne, las dos damas se habían cogido a indirectas y provocaciones en las que ella insistía haber ganado por decir que vivían bajo el mismo techo y que eso era una ventaja.

Ciertamente era eso, aunque también representaba una desventaja para él, ya que tenía a Brianne todos los días y a cada hora ahí, sabiendo sobre sus mañas. A medida que más la conocía, se acostumbraba a su presencia, le resultaba reconfortante e interesante, sin decir que ella alumbraba cada rincón oscuro de la casa con su belleza y predisposición. Debía admitir que sí deseaba desposar a Brianne, mas no se sentía muy comprometido con el hecho de tener que

echarse a la sociedad londinense al hombro por hacer las cosas mal, no era digno de un marqués.

Capítulo 24

De vuelta en la residencia, lord Overly ayudó a Brianne a descender del caballo y lo hizo con un alevoso acercamiento en el que claramente George, notó como él intentaba aprovecharse de su suerte. Lo sabía a la perfección, ya que la primera vez que Brianne lo besó, él la había tomado de esa manera y no era ningún inocente.

A Brianne le agradaba la atención que recibía de lord Overly y también la cara que ponía el marqués cada vez que su acompañante se comportaba tan caballeroso. Ella podía ver cómo se deslizaba la espuma de la boca de su tutor.

—Despídete de lord Overly, Brianne —ordenó.

Al dar esa orden, los sirvientes del marqués recogieron los caballos en los que estuvieron montando él y Brianne para llevarlos a las caballerizas.

—Fue muy agradable haber salido con usted, lord Overly. Usted es un hombre de gran fortaleza. Le agradezco mucho que siga sonriendo después de lo malo que le ha ocurrido.

El conde de Overly cogió la mano de Brianne y le dejó un beso como en el principio de la salida.

—Espero volver a verla y que este desafortunado episodio quede como una anécdota para un futuro entrelazado...

De nuevo el carraspeo molesto del marqués interrumpió a los jóvenes.

—Por supuesto, milord. —Ella hizo una reverencia y caminó hacia la puerta de entrada.

George y el conde se quedaron solos.

—¿Fue un accidente? —preguntó lord Overly que se acercó a George.

—¿De qué habla? ¿De su accidente? —contestó el marqués al sentir que Overly lo increpaba.

El hombre sonrió y negó con la cabeza.

—Pregunto si su fusta golpeó accidentalmente a mi caballo, señoría. Quisiera creerlo.

—¿Cuál es su razón para creer eso?

—Lo he visto muy cerca cuando me estaba cayendo. ¿Esperaba que me cayera o controlara a mi caballo para demostrarle de qué estoy hecho?

—Me gustaría saber de qué está hecho. Brianne es una dama delicada y necesita mucha atención.

—No estaría aquí si no pudiera ofrecerle atención y apreciar su delicadeza.

—Lo probaré a usted y a cuántos vengan. Quien no lo soporte, tiene las puertas de mi casa abiertas para irse.

—¿No quiere espantar a todos los pretendientes porque no le agradan? Tal vez me vea joven y hasta un poco obligado, pero ella es agradable y usted sabe que rascar la piel hasta sangrar por gusto no duele. Me verá de nuevo por aquí, su señoría.

—Lo estaré esperando.

Los dos se despidieron con una inclinación respetuosa de sus cabezas. El conde subió a su caballo y se perdió sobre el adoquinado de las calles. George entendió las palabras del joven como una amenaza directa a su supremacía. ¿Qué eran diez años de diferencia entre Overly y él? Pues la experiencia. Suponía que lord Overly era más peligroso de lo que podría ser lord Chamberlain.

George entró a su residencia y ni bien pasó la puerta, Brianne se colocó frente a él, asustándolo.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Brianne! —expresó exaltado con una mano colocada en el pecho.

—Si se asustó es porque su mente estaba planeando algo peor para lord Overly. Lo he visto a la perfección. ¿No se da cuenta de que pudo haberse malherido? Es una suerte que al final no fuera tan grave.

—Te estaba tocando la mano, eso es un exceso en el trato. ¿Qué necesidad tiene de estar en contacto contigo como si le pertenecieras?

—A mí me ha encantado el comportamiento del conde.

—Un conde es poco para ti.

—Lord Chamberlain también es un conde, ¿cree que perderé mi tiempo con él también? —increpó molesta por la sobreprotección del marqués—. ¿Piensa envenenar el té?

—No me des ideas, Brianne, puedo ser creativo si me molestan.

—No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Y yo no puedo creer que me estés increpando por este asunto cuando quiero lo mejor para ti.

—¿Usted era lo mejor para mí! Pero prefiere creerse domador de serpientes. Si no estará a mi lado, tampoco me moleste.

—No me hables así o me obligarás a castigarte.

—La vergüenza que me hizo pasar frente al conde es un castigo del que no todos podrían

recuperarse con rapidez. Tiene suerte de que sea encantadora y por eso pude tranquilizar a lord Overly. Le prohíbo que vuelva a hacerle daño o se las verá conmigo.

—¿Estás enamorada de él? ¡Contesta!

—Y si llegara a ser así, ¿qué le importa?

Saber que ella podría estar enamorada de otro le nublaba el pensamiento. Eso no podía ser posible, por eso, la cogió del brazo con brusquedad, quería que se retractara.

—Di que no es así... —ordenó.

Con una mirada desafiante, ella dirigió sus ojos a la mano de él, sosteniendo su brazo y después se fijó en su rostro.

—No me culpe por sus errores, tal vez sea tarde para que se arrepienta...

—¡George! —Lo llamó su tía que se acercó a los dos y golpeó la mano de él que apretaba el brazo de Brianne—. ¿Qué se supone que estabas haciendo?

—Ella se ha pasado coqueteando con lord Overly —acusó enfadado.

—Y me pasaré coqueteando también con lord Chamberlain —escupió la jovencita cruzando los brazos bajo el pecho.

Él dio un bufido y chirrió los dientes.

—¡A tu habitación, Brianne! ¡Estás castigada!

—¡No soy su hermana o su hija para que me castigue!

—¡Querías un tutor y aquí lo tienes! ¡Desaparece de mi vista! —mandó, señalando las escaleras de la casa.

La joven golpeó su falda antes de acatar la orden con presteza.

—¿Qué se supone que fue eso? —interrogó la condesa viuda.

—Lord Overly quiso pasarse de listo con ella y la defendí.

—¿Cómo la defendiste?

—Golpeé a su caballo con mi fusta y lo mandé al suelo. Me sentí bien al ver que el animal lo arrastraba. Es de las pocas cosas que he disfrutado en mi vida.

—Por favor, George, ¿cómo puedes decir algo así? Es un pretendiente para ella. Lo que hiciste es peligroso, pudiste haberlo matado.

—Los milagros no ocurren. Espero que no vuelva por aquí. Ahora solo debo deshacerme de lord Chamberlain.

—Deja de decir esas cosas. Le debes una disculpa a Brianne y a ese hombre. ¿Cómo puedes comportarte de esta manera? Si no supiste aprovechar tu oportunidad, deja que ella pueda buscar el amor en otro lugar. No puedes mantenerla aquí, encerrada y alejada de todo lo que tenga pantalones y que represente una amenaza para ti.

—¿Que no puedo? Haga la prueba, tía.

La condesa viuda lo golpeó con su abanico con mucha fuerza para que cambiara de opinión.

—No sabía que eras un ser tan irracional. Ve a tu habitación y reconsidera la situación —farfulló la mujer entre dientes.

Su tía tenía razón, se estaba comportando como un cavernícola. Si no comía, tampoco quería dejar que los demás comieran. No podía despojarse de Brianne, no la quería dejar de lado. Era ella o su capricho por otra persona a la que ni siquiera quería.

Obedeció a su tía y fue a su habitación para seguir considerando lo que hacía, por más que sabía que estaba mal, su mente le decía que no había falla en lo que él creía. Todo parecía una terrible confabulación. Y lo peor era que todavía faltaba un pájaro más por matar. Tal vez lord Chamberlain fuera más agradable que Overly y no tuviera que tener pensamientos homicidas o, mejor dicho, inseguridades. George no quería que Brianne se enamorara de otro cuando sabía que los dos se querían. No obstante, ahí era donde entraba su cargo de conciencia, en aquel lugar ocurría la confusión.

Brianne se quitó los guantes que usaba para montar y los arrojó sobre su cama, después amagó derretirse por el dosel de su cama hasta caer rendida sobre ella.

—La cambiaré para el almuerzo, milady. ¿Cómo le ha ido? —indagó Grace que se acercó al armario para coger la prenda que le colocaría a Brianne. No era apropiado comer con el traje de montar usado.

—No sé si me ha ido bien o mal. —Brianne suspiró—. Lord Overly es encantador. Si no fuera porque mi corazón está ocupado, me fijaría en él. Es joven, inteligente y considerado.

—Debería poder pensar de manera conveniente. El marqués no quiere casarse con usted, entonces, ¿por qué seguirá perdiendo el tiempo en alguien a quien no le importa?

—Escucha... Hoy ha actuado por celos y eso me hace sentir orgullosa. Admito que me he llevado un buen susto con lo que ha hecho. Fue muy desconsiderado.

—¿Qué ha hecho el marqués? Me tiene en ascuas, milady. Empieza por un lado y va por el otro —reprochó Grace sentándose junto a ella.

—Le dio un fuetazo al caballo de lord Overly y este se levantó en dos patas, haciendo que milord perdiera el equilibrio y terminara arrastrado por la calle. Fue un momento difícil, me afligió al pensar en el daño que pudo haberle causado al conde. Ahora que lo pienso, lo ha hecho

por celos. No puede seguir ocultando lo que pasa. Quiero tener esperanza, el fuego en mi pecho no se acaba y me insiste en que debo casarme con el marqués. Yo lo quiero y lamento que él tenga dudas, pero en caso de arrepentirse, quiero estar para él.

—Milady, significa dejar su vida de lado y eso no es conveniente, ya ha perdido tiempo y eso no se da en la tierra como una zanahoria.

—Lo sé, pero no sé cómo explicarle eso a mi corazón. Mis sentimientos no quieren pensar, desean contacto. Tal vez la presencia de la condesa viuda sea beneficiosa para mí. Es una gran aliada si puedo hacer que juegue a mi favor. Sé que siendo la tía del marqués las cosas están en mi contra, mas me ha convencido de que soy la mujer que quiere para su sobrino. El único que no se da cuenta de que soy conveniente para él es el propio marqués.

—Esa confianza que se tiene es arrolladora, milady. Me gusta verla firme y decidida, libre de decir lo que desea.

—Su señoría es poco ortodoxo cuando se enfada. Me cogió con mucha fuerza del brazo, como lo hacía Brandon, pero no con las mismas intenciones.

—¿Qué debe pensar él, milady? ¿Cree que puede estar buscándola?

—Sí, pero debe estar dando vueltas como perro corriendo tras su cola en Derbyshire o los alrededores. No es lo suficientemente inteligente para saber que yo estoy aquí y que pude llegar por mis medios a Londres. Lo único seguro es que mi habitación ya no debe tener la puerta, debió haberla tirado. Me hubiera gustado ver su cara.

Las dos comenzaron a reír al pensar en la cara que pudo haber puesto Brandon al darse cuenta de que habían escapado de sus garras. Era satisfactorio y esperaban no volver a verlo nunca más.

—¿Crees que el marqués se enfadará si me ve en el almuerzo? Me ha enviado a la habitación porque no quería verme.

—Le aseguro que lo mejor es que se pare frente a él, regia, como si nunca hubieran cruzado una palabra. A su señoría le encanta la indiferencia, porque a él le gusta practicarla.

—Es una buena idea, Grace. Haré como si nunca lo hubiera visto intentar matar a otra persona.

La doncella asintió y continuó con sus labores a la vez que conversaba con Brianne que le contaba con lujo de detalles lo que había ocurrido en su salida.

Para la hora del almuerzo, Brianne fue la primera en presentarse en el comedor. Quería que todo estuviera bien y verificar que las flores que había recogido unos días antes todavía estuvieran olorosas y bellas. No quería un comedor sin ellas, deseaba un ambiente agradable y feliz.

—Oh, querida, me encanta verte aquí como una abnegada esposa. Me recuerda a cuando lord Northland se enfadaba conmigo y yo me esmeraba para que él me notara —musitó la

condesa viuda que se acercó a las flores y las olió.

—No quiero congraciarme con ese grosero. El marqués se ha portado como no debería hacerlo un verdadero caballero. Para algunas cosas tiene modales y moral, pero para otras le falta mucho.

Capítulo 25

—No debes juzgar tan a la ligera a George, es un buen hombre.

—¿En qué parte? Lo único bueno que tiene quizá sean sus besos, después deja mucho que desear. —Ella siguió acomodando las cosas hasta que miró hacia la entrada del comedor y vio ahí a George—. ¿Cuánto escuchó?

—Lo suficiente para avergonzarme —respondió el marqués.

—Ah, entonces habrá escuchado que dije que es grosero y no pienso cambiar eso.

—Esa parte no la había oído, pero agradezco que lo diga.

Brianne se sonrojó y fue hacia su silla para tomar asiento. El marqués ayudó a que las dos damas se sentaran.

—Es mejor que olviden lo que ha ocurrido esta mañana, es por el bien de ustedes. Lo mejor que podrían hacer es salir a bailar esta noche. Tal vez con eso Brianne atraiga a otros pretendientes. Mañana tendremos aquí a lord Chamberlain, ya sabremos qué tal es —habló la condesa viuda.

—Debe ser otro pelagatos como lord Overly. Ninguno de ellos me agrada —dijo George sin remordimiento. No tenía intención de disfrazar sus pensamientos y mucho menos sus palabras.

—Lord Overly es un caballero de verdad, y no puedo decir eso mismo de usted. Quiere ser caballero con quien se le antoja y no con todas las damas. Para lady Melissa Amery es todo lo mejor y toda la atención.

—¿Estás celosa, Brianne? —preguntó burlón.

—¿Celosa? Celosa estaría si fuera una mujer que me superara en belleza e inteligencia, pero usted y yo sabemos que ella no me supera ni en lo primero y menos en lo segundo —replicó.

—Eso...

—Suficiente. Quiero comer en paz y no morir atorada con las tonterías que dicen. George, no puedo creer que discutas con una dama —masculló su tía.

—Ella es la culpable. Cada rato atenta contra mi autoridad, tía.

—No puedo atentar contra algo inexistente, señoría...

—Brianne —pronunció la condesa viuda para que ella se callara.

—Guardaré silencio, milady. Esperaré con paciencia a que el marqués me pida disculpas

por comportarse como un verdadero patán.

—Ajá, puedes acomodarte en el lugar de preferencia que tengas en esta casa que casi se ha convertido en tus dominios.

—Es muy difícil conversar con ustedes dos estando juntos. Creo que les daré consejos separados.

—Hable con Brianne, tía, ya que ella es quien necesita meditar las cosas. Desde que llegó a esta casa lo ha complicado todo —acusó el marqués.

Ninguno de los tres podía disfrutar a gusto de sus porciones de comida, ya que en un descuido podían arrancarse los ojos. No podían cumplir con guardar silencio. Ese afecto que se tenían los estaba llevando a una guerra inminente entre los dos, en el que si no salían triunfadores se separarían.

La condesa viuda logró poner orden al menos por el tiempo que duró el almuerzo, el resto del día ya sería difícil. Después de la comida, Brianne y ella fueron a dormir la siesta y después quedaron en reunirse en el salón de costura, mientras que el marqués salió de la casa, algo que no hacía con mucha frecuencia.

—Brianne, criatura del Señor, deja de intentar matar a George. Él no aceptará que está equivocado, solo debes saber en tu mente y en tu corazón que tampoco está arrepentido, es por eso que no pedirá disculpas por lo que ocurrió con lord Overly esta mañana.

—No es por lo de lord Overly, milady. A veces, siento impotencia. Desde que llegué aquí no ha hecho más que evitarme y comportarse como un patán cuando se olvida de ser un caballero, o a lo mejor, nunca fue eso y ser patán es lo que en verdad quiere. Me ha acusado hasta de acosarlo por haber aprovechado una oportunidad para besarlo.

—Lo asustaste. ¿Desde cuándo has visto que una dama tiene la iniciativa? Eso le corresponde a los caballeros.

—Milady, desde que mi padre murió, he tenido que tomar la iniciativa por mi seguridad, por eso estoy aquí. No podía quedarme a esperar que alguien me salvara de las garras de...

—¿De quién? ¿Qué ocultas, jovencita?

—No puedo decirle, milady.

—Tenías otro tutor, ¿no es así? El verdadero.

—Un tutor es alguien que cuida, no que quiere hacer daño. No quisiera hablar de eso. Mi vida es maravillosa ahora y es lo que importa. Ya he superado el mayor obstáculo que era salir de Derbyshire casi con lo que tenía puesto para encontrar a la única persona que podía darme la seguridad que estoy buscando. Pese a que su señoría no es tan adorable conmigo, me hace sentir segura, que aquí nada podrá pasarme.

—Mientras menos creías contarme, más entiendo lo que ha pasado. A veces, las damas quedan a la deriva ante la muerte de nuestros padres. Y en la mayoría de las ocasiones, las

personas que debían cuidarnos son las que más daño nos hacen. Espero que tú también veas esto de la manera en que lo ve George, pues él se preocupa por eso, para que no piensen que se ha aprovechado de una inocente y desprotegida criatura.

—En todo caso, quien se ha aprovechado de esto he sido yo, porque llegué exigiendo algo que ni siquiera merezco, pero si no insistía como lo hice, estaría en la calle, y no he nacido para la calle ni para enfrentar la crudeza de la mala vida. Para algunos la vida es fácil y privilegiada, la mía también lo ha sido, pero lo que nadie cuenta es que esto cambia de un día al otro. Que de un sueño se puede pasar a una eterna pesadilla.

—Sé que George no te dejará ir. A medida que más te conoce, te aprecia. Solo hay que esperar a que decida enfrentar a las personas que jamás vivirán su vida ni tomarán sus decisiones. Es fácil juzgar desde afuera, pero cuando lo vives ni siquiera sabes qué hacer y la desorientación te consume. Esta noche, sal y disfruta. Tal vez no bailes con él, pero puedes hacerlo con otros caballeros. Llegará el día en que te aburrirás de bailar con el mismo.

—Espero ansiosa el día en que me aburra de bailar con su señoría.

Los tres salieron aquella noche, y como era costumbre del marqués, él la había dejado para ir a bailar con otras damas, mientras ella se quedaba en compañía de las matronas, por más que fueran agradables, ella se moría de ganas por bailar con George y ver que él le daba todas sus atenciones a las demás la hería profundamente, puesto que estaba muy enamorada. No merecía que lo quisiera tanto por esas razones, sino por la más importante, por salvarla de un futuro incierto, por recibirla cuando no estaba obligado a hacerlo. Eso demostraba el gran corazón del cual gozaba, por más que a ella quisiera demostrarle lo contrario con su desprecio.

Si bien ella bailó con excelentes bailarines y se divirtió en compañía del duque de Durmont, no se sentía contenta. Algo en su pecho le pesaba mucho y no podía disfrutar de lo que le rodeaba.

—Es muy bonita —dijo Adam, que miró a Brianne a quien Herbert señalaba con sutileza. La mayoría de los miembros del círculo de los solteros habían acudido a ese baile.

—¿Es cierto lo que han dicho sobre George? —preguntó John.

—No sé de qué hablan, pero me interesa —musitó Herbert.

—Se lo diré yo. No es que el cotilleo sea mi especialidad, pero dicen las malas lenguas que George, en un ataque de celos, hizo que el caballo de lord Overly lo tirara al suelo cuando ese noble estaba de paseo con su pupila, siendo nuestro querido marqués, una carabina —contó Steven.

—¿George? ¿Una carabina? —cuestionó el marqués.

—Sí. Cuando se trata de salir con algún pretendiente, él está ahí, como un perro maldito. Ya saben, esa es la razón por la que esa mujer está destinada a la soltería en manos de George. Solo creo que pueda salvarse si un valiente duque se atreviera a enfrentar al terrible dragón que cuida a la princesa... —siguió Steven.

—No, no. No tengo nada que ver en este asunto. Solo soy amable con ella, trato de cuidarla para cuando George se dé cuenta de en dónde quiere estar en realidad —replicó el duque.

—No veo que se dé cuenta de eso. Se la ha pasado con todas las damas del salón y ni siquiera nos ha visto —comentó Adam—. Solo porque estamos acompañados, cuidándonos la espalda mutuamente, es que no hemos sido invadidos por el hambriento cardumen de solteras disponibles.

—Ya lo dijo James. Como solteros que somos, no debemos estar solos, pues representa una invitación a ser abordados. Nosotros somos más inteligentes que ellas. No podrán con nuestras escurridizas personalidades —alegó John, sonriente. Levantó su copa para brindar con sus amigos.

Los otros tres caballeros respondieron con el levantamiento de sus copas.

—¿A salud de quién? —preguntó Steven.

—Por George, para que deje la tontería y vuelva al club como cualquier otro mortal que valora su tranquilidad, ¿no es así, John? —curioseó Herbert.

—No. Es para saber quién será el otro tonto en caer en ese juego del matrimonio. Me burlaré de ustedes. ¿Qué les parece si hacemos nuestras apuestas en *White's*? El libro está esperando a que nos pongamos a jugar con el destino del resto —desveló John.

—¿Y no te da miedo dispararte en el pie? ¿Cómo sabes que no serás el siguiente en la lista de los condenados? —inquirió Adam.

—Juzgaré por sus caras, yo seré el último, se lo prometo.

Golpearon sus copas con sonrisas en sus rostros y después las bebieron de un trago.

—¿Qué están festejando? —preguntó George que se acercó a ellos.

—Felices los ojos que te ven, querido George. Es tan difícil encontrarte últimamente —comentó su excelencia.

—¿Se quedarán aquí toda la noche con tantas jóvenes sin pareja? —cuestionó el marqués de Blister.

—Por supuesto, no somos los caballeros de la beneficencia, George. Nos quedaremos aquí, conversando. Tú ya no eres bienvenido. Puedes ir a revolotear tus plumas para que las hembras te hagan caso —escupió su primo.

—No le hagas caso, George. John propuso que hiciéramos una apuesta en *White's* para ver quién sería el próximo en casarse. Yo participaré y ya tengo a mi candidato —alegó Herbert.

—¿Han sabido algo de Wilburg? No he recibido una sola carta. ¿No creen que sería bueno hacer un viaje todos juntos para buscarlo?

—Tú tienes mucho que hacer en Londres, tienes a una bella pupila que cuidar. Deja que

busquemos a Wilburg por nuestra cuenta. Si sales de la ciudad es probable que lord Overly conquiste a lady Brianne —se burló John.

La mayoría de las personas de la sociedad han sabido del incidente que lo involucraba. Muchos ojos los habían visto a los tres juntos y aún peor, quienes recopilaban la información hacían lo que querían con ella. Ya había escuchado el terrible mote que le habían puesto: «la carabina». Desde un principio supo que Brianne lo metería en aprietos, mas no imaginaba que dejaría su nombre en el fango, en compañía de las lombrices.

Un poco humillado, miró a sus amigos y se retiró. El grupo de caballeros que él había formado le estaba dando la espalda de una manera tan alevosa, que hasta le daba tristeza. Atrás quedaron los buenos tiempos de juergas sin preocupaciones. Los tiempos cambiaban y ellos maduraban... No, ellos no, solo él.

Buscó a Brianne entre la gente y la vio conversando con la condesa viuda, lady Kirby y otra dama que estaba en compañía de un hombre alto. Debía ser otro más en la lista de pretendientes que comenzaba a ser interminable y agotadora. Quería acabar con todo lo que le rodeaba. Mandar al diablo a todos y quedarse con su pupila. Era lo que deseaba para siempre, de esa manera ni tendría que preocuparse por nadie, ya que él sería el dueño de Brianne. Vivían casi solos en la casa y se habían confesado la atracción mutua. Todo era perfecto. Podía vivir sin salir a la calle con tal de estar con ella y dejar de sufrir con cuanto pretendiente inoportuno que se cruzaba en su camino para desgastar su deteriorada paciencia para espantarlos.

Capítulo 26

Después de que George decidiera que los tres se retiraran por estar cansado de ver a Brianne, Melissa se acercó a él para despedirse.

—Espero verlo pronto, su señoría. Quiero presentarle a alguien que llegará a Londres en los próximos días. Será una persona que le agradará mucho. No deje de venir —dijo Melissa para despedirlo. Después le dio su mano para que él la besara.

—Si es amigo suyo será bienvenido, milady. Con permiso —replicó como despedida después de darle el beso al dorso de su extremidad.

Al subir en el carruaje, tanto la tía como Brianne lo miraron con molestia. Evidentemente, Brianne moría de celos y a la condesa viuda le alteraba ver que su sobrino se regalara para una dama que no lo quería como lo hacía su pupila.

—Si recibes una carta del duque de Portland, te pido que le des toda tu atención. Brianne puede llegar a ser una duquesa, querido —habló su tía—. Estuvimos conversando con la madre de él y con tu pupila. Todos estamos entusiasmados.

Al escuchar eso, Brianne colocó una sonrisa practicada en su rostro. Ella podía pagarle con indiferencia igual que hacía el marqués.

—Por lo que vi es demasiado mayor para Brianne —replicó sin mirar a las mujeres. Tenía su vista puesta fuera del carruaje.

—A mí me ha gustado. Aun si tiene doscientos años es un buen partido, un duque. Seré una duquesa —musitó la joven.

—Se burlarán de ti porque es mucho mayor que tú.

—Tiene tu misma edad, George. Entonces, tú te describes como demasiado mayor para una joven de la edad de Brianne. ¿Por qué parece que todos los caballeros tienen defectos para ti?

—No es cierto. Debe existir alguno que en verdad me agrade, solo que no lo he conocido o tal vez ni siquiera naciera. Es complicado, tía —justificó.

—Le guste o no saldré con quien quiera. Mañana será lord Chamberlain y después el duque de Portland. ¿Por qué solo usted puede salir con su lady culebra por todas partes? ¿Por qué no le pide matrimonio de una vez?

Esa acusación de Brianne era digna de atender para el marqués. La observó sin saber qué responder.

—No estoy apresurado por contraer matrimonio.

—Pues yo sí lo estoy, he perdido...

—Has perdido un año valioso, lo sé de memoria, Brianne. No hay mucho que pueda hacer por ese asunto. Todavía queda una larga temporada, no te apresures.

—No quiere que me case porque es un ser egoísta —acusó.

—No nos pondremos a discutir otra vez. Este asunto de vivir todos juntos comienza a ser desagradable si no podemos llevarnos bien los tres. O se llevan bien los dos, o me iré. Dejaré que la sociedad los condene e incluso contaré un par de cosas que he sabido de ustedes. No quiero oír una sola tontería más que salga de sus bocas.

George y Brianne guardaron silencio. No pelearían al menos en el camino y frente a ella.

La situación entre ellos era insostenible, ya que contenían sus sentimientos y eso los llevaba a ser seres irascibles.

Al llegar a la residencia, la condesa fue a su habitación sin dirigirles la palabra. Dejaría que resolvieran sus asuntos de una manera más eficaz.

El marqués ayudó a las damas a descender. Una vez que su tía se perdió por los pasillos, Brianne seguía su mismo camino, pero él la detuvo. La cogió de la muñeca para que no se escapara.

Brianne al sentir que él había hecho eso, en lugar de exaltarse, se quedó quieta y dirigió su mirada azul hacia el rostro de George.

—¿Esperas una disculpa por lo de lord Overly? —cuestionó.

—Tal vez es lo que corresponda.

—No quiero arrepentirme, no me arrepiento de mis acciones. Lo odio como a cualquier otro hombre que pueda cortejarte, Brianne. No soporto verte con nadie más... —George estaba siendo sincero con lo que sentía, no podía callarlo.

—Esto es lo que debe ser según usted, señoría. Solo cumplo con sus designios.

Él cerró los ojos y negó con la cabeza en repetidas ocasiones. Sabía que era el culpable de que no pudieran ser quienes verdaderamente deseaban. Corresponderse era el anhelo de sus corazones.

—Creí que era por el bien de los dos.

—Nunca fue por nuestro bien, sino por el suyo, porque lo que a mí me hace feliz es estar a su lado. —Brianne no podía ocultar sus pensamientos y sentimientos, por eso le acarició el rostro a George y él parecía cómodo con ese acercamiento. Después, lo vio acercarse hacia sus labios para besarla.

La boca del marqués era el lugar en el que quería permanecer para siempre. No había sitio más perfecto que ese, mas sabía cómo era él. Mañana tendría demencia y olvidaría que se habían besado con complacencia. Era un círculo infinito de repeticiones de sus acciones. Lo conocía bien, con tal de esquivarla haría todo lo posible y para colmo, la desacreditaría.

Al separar sus labios, el marqués la colocó contra su pecho.

—¿Sabe que no puede espantar a mis pretendientes? Al menos si en realidad quiere que me case. Si no me ofrece nada, deje que haga mi vida, pero si me convertirá en marquesa, acabe de una vez con este juego que solo nos provoca agonía. Todavía tiene tiempo para cambiar las cosas. Yo no quiero que se case con lady Melissa y tampoco deseo casarme con otro hombre que no sea usted.

—No me pongas entre la espada y la pared, Brianne. Esta es una discusión que debo tener entre mi conciencia y mis sentimientos. No es fácil abandonar mis planes.

—¿Qué planes? Hace tiempo que no los tiene. No ha hecho nada, ni ha salido con lady Melissa. No es más que un simple fanático de la joven. Tampoco le ha ofrecido matrimonio. Pese a que no la tolero, quizá ella no merezca que le haga perder el tiempo como a mí. Decídase, excelencia, porque yo iré a los brazos de quien no solo me ofrezca sus posesiones, también sus atenciones.

Ella se alejó de él y continuó su camino. Habían llegado a uno de los momentos más difíciles de sus vidas: tomar decisiones.

De nada servía que se atacaran como enemigos, si sabían que entre ellos cada día y sin quererlo el amor comenzaba a surgir. Había llegado el momento en que no podían contenerlo más, pues sus defensas se estaban rompiendo, en especial las de George, puesto que Brianne tenía una especie de fuerza desconocida que le daba más fortaleza y determinación. Eran distintos hasta en sus temperamentos. George era menos exigente consigo mismo, en cambio, Brianne no toleraba sus propios fracasos. De hecho, él comenzaba a creer que esa palabra ni siquiera estaba en su vocabulario. ¿Qué hacía tan fuerte a Brianne?

Él fue a su habitación para descansar, pero en lugar de eso, cogió su botella de brandi y sirvió una copa para dormir más tranquilo o estar de esa manera, ya que en los bailes no lograba encontrar la paz que necesitaba.

—¿Lo ayudo en algo, su señoría? —preguntó Claypole que entró a la habitación para ayudarlo a cambiarse las prendas.

—Hoy no tengo ganas de ser independiente, Claypole. Agradeceré tu ayuda.

El sirviente asintió y cogió las prendas de su patrón que él ya tenía listas para cuando llegara.

—¿Cómo le ha ido esta noche? La condesa entró a su habitación echando chispas como fogata recién encendida, su señoría.

—Pues ella es un reflejo de cómo ha sido la noche para todos. Estoy llegando al límite de mis fuerzas. No puedo continuar con esta farsa que yo mismo he montado en mi contra. ¿A quién engaño? Amo a Brianne, la necesito conmigo. Quiero que sea la dueña de todo esto y de mí, pero ¿cómo se lo podría decir? ¿Cómo enfrentaré la avalancha de críticas que recibiremos por eso? Si tenemos hijos hasta ellos podrían salir perjudicados.

—Ya tiene aquí a su tía. Ella goza de una excelente reputación, puede avalar un matrimonio entre ustedes. También recuerde que nadie lo ha señalado en la abadía, es una buena señal.

—El obispo fue quien me sugirió a lady Melissa Amery. Se decepcionará al saber que escogí a otra... Si llegara a hacerlo.

—Su madre le pidió que no abandonara la religión, pero no le dijo que obedeciera a un obispo o a un vicario. La decisión de con quien casarse no le pertenece a nadie más que a usted.

Esa noche le serviría para tomar la decisión correcta o al menos para meditar lo que en realidad deseaba hacer con su vida.

Por la mañana, la casa se encontraba en movimiento con los empleados yendo de arriba hacia abajo, recorriendo cada rincón. Brianne encabezaba la cacería de imperfecciones en la residencia. Quería que todo estuviera perfecto para la llegada de su próximo pretendiente para la hora del té. Quería dejar una buena impresión para lord Chamberlain.

Si bien, anoche se había besado con el marqués, eso no le aseguraba nada más que una deliciosa aventura pasajera, pero que al final de cuentas no la llevaría a ningún lugar distinto al que estaba. Sus oportunidades estaban fuera de la residencia de ese hombre.

—Grace, trae más flores, estas han amanecido muertas. Tal vez el calor evaporó el agua de ellas o alguien olvidó que debían ponerle más —dijo Brianne que pasó a la siguiente imperfección del salón.

—Te aseguro que los sirvientes ya saben todo lo que está mal, Brianne —aseguró la tía de George que la observaba recorrer todo con nerviosismo.

—Es que no quiero que lord Chamberlain critique mi gestión.

—Lord Chamberlain pensará que es mía. Ni siquiera te mortifiques por eso. ¿Cómo te ha ido con George? ¿Volvieron a pelear anoche?

—No peleamos, milady, conversamos de una forma tranquila. No me ha pedido perdón por ninguno de sus actos, ni pretende hacerlo. No se arrepiente de intentar matar a lord Overly. A veces las aguas calmadas son más peligrosas.

—Pobre sobrino mío, lo has enloquecido. Sin embargo, la vida te trajo aquí para algo, para alegrar la vida de George. Siempre temí que nunca encontrara el camino correcto, pero tú eres eso que él necesita. Contigo es diferente, pese a los nervios de perderte, es feliz.

—No quiero abrigar esperanzas. Un día me convierte en afortunada y al instante siguiente en la reina del infortunio. Prefiero mantenerme incrédula ante las intenciones que pueda tener. Tal vez sea mejor interesarme en otras personas. Hay muchos caballeros que valen la pena y que han demostrado interés por mí.

—Tienes cierto grado de razón. Eres una mujer práctica. Puedes estar llorando en un rincón por George; no obstante, haces la lucha a tu manera. Mi admiración para ti, si yo hubiera estado en tu lugar, estaría muerta de pena. Ese tonto de lord Northland me hizo sufrir bastante, pero al

final fui tan feliz a su lado. Es una pena que el tiempo no regrese. Mataría por volver a llorar por él y después vivir en plenitud.

—Usted extraña mucho a su esposo. Debió ser una persona maravillosa.

—Para nada, era lo peor que alguien podría conocer, pero para mí era adorable. Tengo gustos exóticos, querida.

—Buen día —saludó George que fue junto a las damas.

—Buen día, querido, ¿cómo amaneciste? —preguntó la condesa.

—Sin muchas ganas de recibir a un pretendiente para Brianne.

—Su señoría ya ni siquiera disimula, milady, escúchelo. No me avergüence. Ayer todos se reían de usted por haber sido impertinente con lord Overly.

—Se le ha ido la lengua a tu querido lord Overly, es peor que una matrona cotilla —declaró George sin remordimiento—. Ya que eres la que manda en mi casa, Brianne, pide que me sirvan el desayuno, tengo hambre.

—Sí, señoría. Lo estábamos esperando para ese fin... —se burló Brianne antes de ir a agitar la campanilla para que se presentaran los sirvientes.

—¿Qué hacen recorriendo la casa, tía?

—Brianne quiere agradar a lord Chamberlain.

—Participaré con ustedes del té. Quiero conocer mejor a lord Chamberlain. Necesito saber qué tiene de especial para que ella se desviva por él.

Capítulo 27

Brianne no tenía problemas en compartir su tiempo con los dos caballeros y la condesa viuda. Como lo supuso, el marqués era el mismo de siempre, parecía haber olvidado sus confesiones y el beso que compartieron la noche anterior. Ella deseaba arrojarle a sus brazos y decirle que acabara con todo, pero ahí seguía firme con la esperanza de un buen matrimonio. Conocer a más caballeros le aseguraba un amplio abanico de opciones que podría tener. Solo sería cuestión de quien le agradara más para pasar su vida entera a su lado. No podía escoger a quien deseaba, tendría que elegir entre los pretendientes externos.

Para la hora del té, el marqués estaba sentado en el salón leyendo un libro, mientras que su tía y Brianne trataban de hacer bordados. La joven estaba decidida a terminar el pañuelo que había empezado tiempo atrás y que quería obsequiarle al marqués.

—Mire, señoría, estoy progresando —dijo Brianne enseñándole el pañuelo desde su lugar.

George dirigió su mirada hacia él y le entregó una cálida sonrisa.

—Parece que lo has lavado. Me alegro de que no parezca que te hemos hecho un torniquete con él —habló burlón.

—Grace lo ha lavado. Sigo practicando, ya que sabe que esto no es lo mejor que puedo hacer.

—Sí, te sale mejor dar un buen concierto.

—Debes practicar mucho, Brianne. Una dama no puede tener un solo defecto, aunque sea el más pequeño en lo que respecta a los oficios del hogar —aconsejó la condesa.

—Es lo que haré.

—Con permiso, lord Chamberlain ha llegado —comunicó Claypole en compañía del conde.

El rostro de calidez que antes había acompañado al marqués se transformó en uno menos amable. Lord Chamberlain era un caballero alto, tal vez un poco más que George, era menos atlético, aunque sí delgado. Su cabello era oscuro y sus ojos parecían violetas.

Lord Chamberlain hizo una inclinación para saludar a todos.

—Buenas tardes, es un placer estar aquí —saludó el conde de Chamberlain dirigiéndose a los presentes. Tanto el marqués como las damas que se encontraban se pusieron de pie para recibirlo.

—Sea bienvenido a mi casa, lord Chamberlain.

—Gracias, su señoría, si me permite, quisiera saludar a las damas.

El recién llegado se acercó a la condesa viuda y le dejó un beso en la mano, con Brianne se

comportó de la misma manera, aunque con un rostro más pícaro. George se fijó en cada detalle del hombre y estaba seguro de que no le agradaba. Debía comportarse lo mejor posible, al menos por dos horas hasta que se dignara a desaparecer.

—Es un placer verlo, lord Chamberlain... —correspondió Brianne, sonriente.

—Espero tener mejor suerte que lord Overly —musitó en tono burlón.

—Entonces no cometerá los mismos errores que él, al menos, confiemos en que no lo hará —aseguró George que quería que ese hombre se fuera de la casa lo más pronto posible. Al mencionar el asunto de lord Overly lo único que había logrado era recordar la humillación pública por el cotilleo que aquel había hecho.

Brianne miró al marqués y lo reprendió con la mirada por lo que había dicho, mas él ni siquiera se había inmutado ni se le había removido la conciencia.

—Pasemos al salón del té —pidió la tía del marqués.

Los cuatro se dirigieron al salón en el que se estaban colocando tanto la infusión como las deliciosas y variadas masas dulces que comerían con mantequilla y mermelada.

Tomaron asiento, se miraron mutuamente y después lord Chamberlain decidió tomar la iniciativa. Él no era un hombre perezoso cuando algo le interesaba, y ese era el caso de la pupila del marqués.

—Supongo que saben el motivo de mi visita —pronunció el conde.

—Sí, es para conocer a Brianne. Sepa que no es el único caballero interesado en ella, milord. De usted dependerá lo que venga después de este encuentro —replicó la condesa.

—Lo sé, pero confío en que ahora tengo la ventaja sobre los demás. Sé que gozo de la gracia y simpatía de milady por sobre el resto. Hemos coincidido en lo que ambos deseamos en la persona que será nuestra pareja. ¿No es así, milady? Yo estaré encantado de escucharla cada día deleitándome con las notas del pianoforte.

—Sí, milord, y...

—Ella tiene defectos, lord Chamberlain, unos detestables, por cierto —dijo George que interrumpió a la joven—. Su bordado parece un campo de batalla lleno de sangre y es en extremo exigente con los quehaceres de la casa.

Las dos damas que los acompañaban quedaron boquiabiertas, por lo que George estaba diciendo para dejar mal parada a Brianne. Era evidente que lord Chamberlain no tenía ninguna ventaja ante los ojos del marqués. Los pretendientes eran como cucarachas pestilentes e insoportables a las cuales debía eliminar.

—Los defectos de milady son igual de perfectos. Le perdonaría cualquier cosa porque ella lo merece.

A George le sorprendía que alguien estuviera tan atontado por Brianne. Ciertamente, él

también se encontraba así, pero no era capaz de descubrirse de una manera tan vergonzosa.

—Disculpen que los interrumpa, pero ha venido lord Northland para conversar con su señoría —anunció Claypole al poco tiempo después de que ellos entraran al salón del té.

«Qué inoportuno», pensó el marqués, molesto por la interrupción.

—Que pase a mi despacho, este asunto será rápido. Si me disculpan...

El alivio llegó al salón después de que George desapareciera.

—Disculpe a su señoría, lord Chamberlain. A veces se toma muy en serio el papel de tutor, pero de forma inadecuada. Le aseguro que solo quiere asustarlo —declaró Brianne, avergonzada, mas trataría de salvar la situación con una excusa.

—Créame que he vendido prevenido. Aprendo de las experiencias ajenas. Lord Overly no ha sido tan inteligente.

—Es bueno que viniera preparado. George es un poco exigente con los candidatos para Brianne. Su misión en este mundo es importante y es por eso que no está seguro de que en realidad alguien pueda merecerla —agregó la tía.

—Soy consciente de que es una misión importante para todo varón que tiene a una dama bajo su techo. Tengo una hermana que cumplirá doce años y todavía no imagino qué clase de caballero tocará mi puerta para querer desposarla.

En otra parte en la casa, mientras que las damas estaban con lord Chamberlain, George se dirigía a su despacho, enfadado, por haber sido interrumpido en el momento en que empezaría a barrer el piso con la visita. No veía la hora de despedirlo.

Llegó a la estancia en la que esperaba a su primo y se acercó a la ventana para observar el jardín.

—¿Te han dicho que pareces tan pensativo y etéreo? —preguntó Steven en tono de burla.

—¿A qué has venido? Hoy tengo un día ocupado y me estás interrumpiendo.

—¿En verdad te interrumpo? Entonces sabrás lo que se siente molestar a otros en su tiempo libre, cuando quieren descansar.

—Solo eres inoportuno. Tengo a mi pupila tomando el té con un caballero y tu madre. No quiero que ese patán le toque un solo bucle a Brianne en mi ausencia.

—Te has convertido en un sabueso infernal, George. La edad no está siendo generosa contigo.

—No se trata de la edad, debo cuidarla o puede ir en brazos de otro.

—Se supone que el caballero está aquí para eso, ¿o no? De lo contrario, tú serías el prometido de ella. Sabes algo... Déjala tranquila, que disfrute de la visita. Si el hombre quiere tocar sus tersas y delicadas manos, pues lo hará contigo o sin ti.

—¡Jamás!

—Estás ciego, pero no he venido para hacerte cambiar de opinión con respecto a eso. Vine porque quiero que me devuelvas a mi madre. No puedes usurparla.

—Ella aceptó venir y está muy contenta con Brianne. Tú ni siquiera la tienes en cuenta. Creo que está mejor aquí que en su residencia.

—Pronto volverá a irse y su visita fue muy corta. Sé que en estos últimos días he estado un poco disperso y hasta quizá ocupado.

—Pues ella necesitaba salir. Hasta le hemos quitado el luto que llevaba. Steven, déjala aquí, me está ayudando.

—Te ayudaría más rápido si te dejara a solas con tu pupila y eso se supiera en Londres, sería escandaloso, pero eso devolvería a mi madre a dónde pertenece.

—Te prometo que cuando Brianne esté comprometida, ella regresará contigo si es su voluntad. Mi casa siempre estará abierta para mi tía.

—No puedo creer que tuviera que venir a buscar a mi madre... Esto es absurdo.

—En ocasiones, debemos pasar por situaciones absurdas para darnos cuenta de las cosas. Estoy atravesando esa etapa en mi vida. Aprendí a no dar las cosas por sentado, tenía a la mujer perfecta en la mira, pero apareció otra para cambiar todo y hacerme dudar hasta de mi sombra. No me sirve mi título ni mis conocimientos filosóficos, políticos o económicos para resolver los asuntos de las relaciones humanas. Cuando llegue tu momento, espero que puedas lidiar con esto.

—Lo haré, pero no ahora. Me faltan unos años, ahora estoy en el mundo de la diversión y de las apuestas. Eso es felicidad para mí y sé la razón: porque lo tengo todo. No me siento solo ni necesitado.

—Todo es más difícil cuando estamos solos, valora a tu madre porque aún la tienes.

—Eso intento, pero tú no me dejas.

Los dos sonrieron y el marqués le señaló un asiento al conde para que se sentara. George estaba recuperando el control de su mente. No podía ser despreciable con Steven. Brianne estaba bien cuidada por su tía, tenía plena confianza en ella y eso le tranquilizaba.

Después de al menos media hora de conversación entre los primos, la puerta se abrió y la condesa viuda se presentó frente a ellos.

Al ver a su tía, el marqués frunció el ceño y se levantó de su asiento con prisa.

—¿Qué está haciendo aquí, tía? —preguntó George, sorprendido. Ella debería estar cuidando a Brianne.

—Quise ver un momento a Steven.

—Pero ha dejado sola a Brianne con ese sinvergüenza.

—Lord Chamberlain es un hombre demasiado inteligente, no se arriesgará a una tontería bajo tu techo. Además, Grace la está cuidando.

—Grace no puede cuidar de sí misma...

Él abandonó su despacho con prisa para ir al salón del té. No podía dejarlos solos ahí.

—Agradezco que me hicieras caso, Steven. Por fin has hecho algo bueno por mí —musitó la condesa.

—He cumplido con dejarlo más perturbado de lo que ya estaba. ¿Estás seguro de que con esto decidirá casarse?

—Sí, ¿no viste lo asustado que estaba? Supongo que eso es escarmiento suficiente. Lord Chamberlain puede ser un enemigo duro si no toma acciones ahora. Este caballero es un hombre perfeccionista que observa lo que hay a su alrededor. No es ningún tonto. Tenía que hacer algo para que George reaccionara.

La presencia de Steven en la casa había sido orquestada por la misma condesa viuda. Ella había decidido apresurar la decisión que debía tomar su sobrino ante su indecisión.

En el salón del té, Brianne le sirvió una segunda taza de infusión al conde, pues tenía excelente estómago y buen diente para las deliciosas masas de scon que hizo la cocinera para la ocasión.

A ella le divertía escuchar la cháchara de lord Chamberlain, le distraía de sus pensamientos y por eso valoraba su presencia llena de picardía. Sabía que, si no llegaba a casarse con el marqués, ese hombre era una excelente opción.

—Entonces... Puedo presumir que lord Overly ha sido expulsado de su lista de solteros elegibles. Sé que las damas acostumbran a tener a sus favoritos para escoger. ¿Le molestaría colocarme entre los primeros puestos si no es el primero? —curioseó lord Chamberlain.

El marqués llegó en el instante preciso en el que Chamberlain estaba hablando y escuchó lo que había dicho. Giró los ojos ante lo que escuchaba, escondido detrás de la puerta que su tía había dejado entreabierta.

—Por supuesto, lord Chamberlain. Su presencia es tan satisfactoria para mí, que no puede estar en otro lugar más que en el primero.

Estaba escandalizado por la respuesta de Brianne. Un extraño calor se le subió a la cabeza. Parecía que se moriría de un momento a otro.

—Me complace escuchar tal cosa. ¿Puedo tomar su mano para agradecerle la generosa posición que me ha dado?

Capítulo 28

Al oír que ese hombre quería tocar la mano de Brianne, George creyó que se desmayaría, un extraño sudor frío parecía salir de su frente por más que su rostro se sintiera ardiente. Debía esperar que la sensatez se hiciera presente en la joven y rechazara todo acercamiento con respeto. Se suponía que era una dama que conocía las normas, que distinguía lo correcto de lo incorrecto.

—¿Con guante o sin él? —indagó Brianne en tono pícaro.

En esta ocasión George ya no podía siquiera mantenerse en pie por lo que escuchaba. Brianne era una desvergonzada al ofrecerse de esa manera. Era imposible confiar en alguien que dejaría que otro hombre besara su piel, era indecente.

—Como usted lo prefiera... —Lord Chamberlain seguía jugando a la vez que también lo hacía Brianne. Ella había decidido seguirle la corriente y eso le agradaba aún más. Estiró su mano para tocar la de la joven, mas una tromba pareció abrir la puerta, era el marqués de Blister, con las mejillas coloradas y un copioso sudor en la frente.

Tanto Brianne como lord Chamberlain escondieron sus manos con rapidez.

—¿Qué es eso de tomarse de las manos? Por menos de eso lord Overly casi pierde la vida, ¿le parece prudente venir a mi casa a insultarme de esta forma e intentar propasarse con una joven inocente e ignorante de sus jocosas actividades? —increpó George que intentó aflojar su pañuelo anudado.

—Solo quería ser caballeroso con milady.

—Ella no necesita de su caballerosidad en mi casa. Le pediré que se retire y le aviso que acabo de comprometer a Brianne, así que espero no volver a verlo ni saber de sus pasiones picarescas —masculló el marqués.

Brianne no podía decir una sola palabra. El marqués había enloquecido y no sabía si ese asunto del compromiso con otra persona era cierto. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Lamento mucho oír eso —dijo lord Chamberlain visiblemente decepcionado. ¿Quién pudo haberse adelantado a él? No creía que lord Overly con el orgullo golpeado, fuera a pedir su mano.

—Ya que no tiene nada más que hacer aquí, lo acompañaré a la salida...

—Su señoría —alcanzó a decir la joven—, por favor... Lord Chamberlain, me apena mucho lo que está ocurriendo. Espero enterarme pronto de lo que pasa.

—No se preocupe, milady. Volveremos a vernos en algún salón. Señoría, no hace falta que me acompañe a ningún lugar, sé en dónde se encuentra la salida. Con permiso.

El conde de Chamberlain se retiró a largas zancadas de la estancia y solo quedaron Brianne y George. El marqués cerró la puerta y miró a Brianne.

—¿Cómo es eso de con guante o sin guante? —interrogó enfadado.

—¿Y cómo es eso de que estoy comprometida? —respondió Brianne con otra pregunta.

—He preguntado primero.

—Me importa poco que preguntara primero, segundo o décimo. ¡Quiero saber lo que ocurre porque se ha comportado peor que con lord Overly!

—¡Por supuesto que me comportaría peor si tú le ofreces tu piel desnuda! ¿Qué querías que hiciera? Debía salvarte de tu insensatez. Tú no piensas en tu decencia ni en tu reputación.

—¡Lo que yo necesito es un maldito esposo, no decencia ni reputación! Me ha perjudicado con un excelente candidato. ¿Ahora cómo lo recuperaré? ¡Ha dicho una mentira terrible y quién sabe si será más cotillo que lord Overly! Arrojó mi futuro al infierno, señoría, solo por celos, locura y descontrol.

—¿Qué es este escándalo? —intervino la condesa que abrió la puerta ante tanto grito.

—¡Él! —exclamó Brianne.

—¡Ella! —expresó George.

—Parecen unos niños acusándose de esta manera.

—Esto no estaría ocurriendo si ustedes dos cumplieran con su parte. Usted debía observar a esta criatura desvergonzada, tía, y tú, Brianne, comportarte como una dama decente, pupila de un marqués.

—¡Quiero casarme y con usted no puedo! ¡Déjeme en paz! —Brianne pasó al lado de la condesa como si fuera una brisa fuerte.

—¿Qué has hecho esta vez, George?

—Ella empezó. Ese tal lord charlatán quiso propasarse con Brianne y la casadera ansiosa estuvo a punto de arrojarle a sus brazos si no lo impedía.

—Brianne no quería que la salvarás. ¿Por qué te empeñas en espantar a sus pretendientes si tú no lo eres? Ya déjala en paz.

George seguía agitado por la furia, mas su tía tenía razón, él debía cambiar las cosas o se volvería loco.

—Vi saliendo de aquí a lo que parecía ser una fiera, pero con falda. ¿Qué has hecho, George? ¿Y la visita? —curioseó Steven que no pudo resistir el escándalo que lo llamaba a no esperar a que su madre regresara después de oír los gritos.

—Lo mejor de las visitas es cuando se van. Era un ser indeseable que si no se iba por su propio pie se iría ayudado por el mío. Lord charlatán irá a pescar a otra incauta lejos de aquí. Hoy he salvado a Brianne.

—No lo entiendes, querido, deberías comportarte como un marqués y no como al panadero al que le han robado un miserable pedazo de pan. Eres responsable de una dama casadera, no puedo creer que te avergonzaras frente a otro noble. Ahora la sociedad sabrá que tienen un marqués demente en sus filas —lo reprendió su tía.

—Las cosas van a cambiar en esta casa desde hoy, me voy a mi despacho, que nadie me moleste.

La condesa y su hijo se quedaron en el salón del té. Steven cogió una de las masas y después sorbió un poco del té que había pertenecido a alguno de los que ya no se encontraba en ese lugar.

—Está delicioso, madre, ¿quiere que le sirva? Si yo fuera usted, no me preocuparía por George. Sabe lo que tiene que hacer, pero para eso debe dar muchas vueltas.

—Esa joven se va a cansar y él terminará perdiendo una excelente oportunidad de casarse.

—Madre, ni siquiera tiene dote. En caso de que se llegaran a casar, él le estaría haciendo un favor a ella y no al contrario. Está siendo generoso y eso lo está perturbando, pero la tormenta pasará y estará bien, lo conozco.

Claypole vio subir las escaleras a Brianne, no dudó en ir a buscar a la doncella para que ella fuera a darle el apoyo o consuelo que pudiera necesitar. Caminó con celeridad hacia la cocina y la encontró sobresaltada al igual que el resto de los sirvientes, puesto que los gritos del marqués tenían aterrados a la mayoría.

—¿Qué está ocurriendo, Claypole? —preguntó Grace, preocupada.

—Lord Chamberlain se fue, lady Brianne salió del salón y su señoría le está gritando a su tía.

—Oh, ¿hacia dónde fue milady? Debo estar con ella.

—Fue hacia su habitación. Ve a ver qué puede necesitar tu patrona.

Grace partió con rapidez hacia las dependencias de la segunda planta. En el camino se cruzó con el marqués que le dedicó una mirada poco amable y siguió su curso. Ella solo agachó la mirada e hizo lo mismo que él. Al llegar a la puerta de la habitación entró con cuidado.

—Con permiso, milady, ¿puedo entrar?

Brianne que estaba cerca de la ventana, giró la cabeza para poder ver a quién le dirigía la palabra.

—Claro, Grace. Estaba a punto de llamarte.

—Escuchamos que su señoría gritó mucho. ¿Le ha hecho algo?

—Sí. Está arruinando mi vida. Es un ser egoísta, narcisista y cruel. ¿Cómo pudo decirle a lord Chamberlain que estoy comprometida siendo que no es así? Con eso me ha perjudicado de manera catastrófica e inescrupulosa.

—No puedo creerlo. Este lugar se ha vuelto una pesadilla para usted, solo que ahora no tenemos a dónde huir.

—Por la noche nos hemos besado y te juro, Grace, que no avivé esperanzas en mi corazón. Respondí solo por el amor que me empuja hacia él. Casarme es mi objetivo. Ambicionaba tener al marqués, pero no ocurrirá y soy consciente de esa realidad. Lord Chamberlain tanto como lord Overly eran excelentes candidatos. Cuando el conde de Chamberlain abra la boca y hable sobre un supuesto compromiso, estaré arruinada. Estaré peor que cuando permanecía en casa por un plato de comida y un techo. Aquí pronto vendrá lady culebra a echarme, ¿y qué crees que haremos, Grace? Tú tendrás que buscar otra lady y yo...

—Jamás la abandonaría. Crecimos juntas, no podría estar lejos de usted, milady. No hable de separarnos, con dinero o sin él, yo estaré a su lado.

—No puedes vivir de fantasías, Grace. Me ha costado entender que no podemos vivir del amor ni de los sueños. La realidad es más cruel de lo que imaginamos y nos recostamos en algo inexistente para sobrevivir.

—No me importa, seguiré a su lado, aunque usted me aleje.

—Tu fidelidad es lo único que me mantiene en pie, Grace. Quisiera darte algo mejor, al menos paz y tranquilidad. Sé que te gusta este lugar y que Claypole casi es un padre para ti desde que llegamos aquí, pero debes considerar que en cualquier momento tendremos que levantar nuestras alas y volar. Tal vez la idea de un americano no sea tan mala. Mis necesidades no tienen nacionalidad, así que...

Pese a todo lo malo, ellas dos rieron con lo último que había dicho Brianne. Trataban de pasar el asunto lo mejor que podían.

Unos golpes en la puerta las interrumpió. Grace abrió y ahí estaba Claypole con su rostro inexpresivo como cualquier sirviente entrado en años.

—Disculpe, milady, pero su señoría me ha pedido que me dijera que se prepare con sus mejores galas para esta noche.

—No voy a salir con ese rufián a ningún sitio. Es un patán que me ha arruinado, Claypole.

—Milady, considero que él puede saber lo que está haciendo.

—¡Él no recuerda ni lo que ha desayunado!

—Por favor, conserve la calma. ¿Quiere una taza de té, milady? —ofreció Claypole.

—Prefiero una copa de vino. No quiero saber nada del té. Fue una experiencia horrible gracias a tu patrón.

—Le traeré el vino, pero no se olvide de ponerse lo mejor que tiene en su armario. Por algo el marqués ha ordenado eso.

—Me vestiré de gala para que él me avergüence frente a la sociedad. No puedo creerlo...

Ella no sabía qué tenía planeado George, pero no le agradaba.

Por la noche, Brianne obedeció el pedido, se había puesto lo más elegante que había confeccionado la modista para ella y se colocó las joyas que pertenecieron a la madre del marqués. Eran las más ostentosas e incluso, para darle más dramatismo a la situación, se colocó una diadema de diamantes. No era tan ostentosa como otras, pero esa era la que quería para esa noche.

Cuando llegó la hora de descender las escaleras, ella se encontró con la condesa que también estaba vestida con elegancia y en el salón, sentado con un cigarro en la mano, estaba el marqués.

Al escuchar los pasos de Brianne, él abandonó su cómodo sillón y fue hacia las escaleras para recibirla.

—Brianne... —pronunció sonriente y maravillado por su presencia.

—¿Qué quiere en esta ocasión? ¿Todavía no está conforme con lo que ha hecho? ¿Quiere saber cómo reaccionaré ante otra tontería suya?

—¿Por qué hablas tanto?

—No estoy de humor para sus chascarrillos. ¿A dónde iremos?

—A ningún lugar.

—¿Nos hemos vestido así para estar aquí en la casa? —cuestionó su tía.

—No. Hoy Brianne tiene un baile.

—¿Un baile? ¿Con quién? —interpeló Brianne.

—Conmigo. Tía, si no es mucha molestia, ¿podría revivir viejos tiempos en el pianoforte y entregarnos una pieza?

La condesa viuda sonrió y asintió. Ella ya estaba imaginando que él cumpliría algún capricho de Brianne por lo que había hecho, aunque no sabía si esto sería suficiente para disculpar su grosería.

Brianne todavía no podía creer lo que escuchaba. ¿Bailar con él? ¿Qué pretendía el marqués?

Él extendió su mano hacia ella para que la cogiera y pudieran bailar.

A regañadientes, Brianne aceptó y al escuchar los primeros acordes sus pies comenzaban a

moverse. El silencio estaba presente entre ellos, ninguno hablaba. Estaban a punto de llegar al final de la pieza cuando la joven suspiró.

—¿Qué es lo que pretende, señoría? ¿Cree que con esto lo disculparé?

—Tal vez no merezca que me perdone, pero tampoco pediría perdón por defenderte. —Él quitó el aire contenido en sus pulmones antes de continuar—. Lady Brianne Scott, ¿aceptarías ser mi esposa?

Capítulo 29

Enmudeció ante el pedido del marqués. ¿Era posible que estuviera escuchando lo correcto y no solo fuera producto de su imaginación? Ya que ella había esperado esa pregunta desde hacía un par de semanas.

—¿Está bromeando, su señoría? ¿Y su adorada Melissa? —cuestionó dudando de lo que escuchaba.

—No voy a bromear con un asunto tan delicado como el matrimonio. Le dije las cosas a lord Chamberlain en un arrebato de locura y celos. Sin embargo, dentro de mí, sabía que quería convertirte en mi esposa. Lastimosamente, no estoy enamorado de lady Melissa Amery. Estaba empeñado en hacer lo que creía correcto para la sociedad, pero no para ti ni para mí. Quiero una familia como la que perdí y la quiero extensa. Si estás dispuesta a acabar con mi soledad, quiero que aceptes esto. —Él buscó en su bolsillo algo. Cuando lo encontró, enseñó el precioso anillo con una gran piedra verde en el centro.

La condesa que estaba tocando el pianoforte tuvo que dejar de hacerlo, puesto que ellos habían dejado de bailar y ella quería saber de qué conversaban. Al ver el anillo que perteneció a su hermana, entendió lo que ocurría. Él le estaba proponiendo matrimonio a Brianne.

—Este anillo perteneció a mi madre. Si aceptas ser la marquesa de Blister, será tuyo.

El marqués movía el anillo de un lado al otro y los ojos de Brianne seguían el objeto como si la estuvieran hipnotizando. Todavía seguía incrédula, sin poder entender lo que ocurría.

—¡Brianne! ¡Jovencita, dile que sí antes de que se arrepienta, no le des espacio! —vociferó la condesa cansada de la expectación. Quería que ellos se comprometieran ya.

Ante el grito de la condesa viuda, ella despertó de su trance y pudo asimilar lo que ocurría. La mujer tenía razón. Debía asegurar el objetivo para que no se le escapara.

—Si no es alguna jugarreta suya, acepto, su señoría. Por supuesto que quiero ser la marquesa. —Ella suspiró y se arrojó al cuello del marqués para abrazarlo. Lo demás sobraba. Eso que sentía era la verdadera felicidad.

George apartó a Brianne con cuidado y cogió la mano de ella para colocar el anillo en su dedo y de una vez hacer oficial ese compromiso.

—¡Hay que celebrarlo, querido sobrino! —La condesa lo abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla, después se acercó a Brianne y le apretó las manos para luego alzar la que tenía la sortija—. Querida, eres tan afortunada. Te dije que lo lograrías. George en algunas cosas es de tan lento entendimiento.

—Todavía no puedo creerlo, milady. Debo decírselo a Grace. Ella estará tan feliz al saber que será la doncella de una marquesa.

—Claypole también estará feliz, ya que era tu secuaz, Brianne —alegó George.

—Su señoría, ¿puedo llamarlo por su nombre ahora que estaremos en igualdad de condiciones en la casa?

—Puedes hacerlo —concedió para escuchar cómo sonaba su nombre en los labios de ella.

—George...

—Suenas gracioso —confesó al oír su acento. Ella tenía una voz dulce, aunque cuando se enfadaba hablaba de manera rápida y casi inentendible. Quizá fuera por su acento campestre.

Brianne cogió la campanilla y la agitó. Claypole fue el primero en presentarse.

—Trae a Grace, tengo excelentes noticias para ustedes. Dile a la cocinera que prepare lo mejor que tenga en la cocina.

—Por supuesto, milady —acató el sirviente que fue a cumplir con la orden que había dado.

Después de unos minutos, los dos sirvientes regresaron al salón y ahí, Brianne al ver a Grace, levantó el dedo para enseñarle su anillo.

Cuando Grace entendió lo que eso significaba, comenzó con su llanto. Ella era una joven sensible y preocupada. Esas lágrimas que derramaba eran de felicidad porque por fin estarían bien.

—Espero que esas lágrimas sean porque serás la doncella de una marquesa y trabajarás mucho —dijo Brianne que tocó el brazo de Grace.

—Por supuesto que es por eso, milady —replicó emocionada.

—Esta es una gran noticia para todos en la casa. Por fin tendremos nueva señora y no puedo ser otra mejor que milady —pronunció Claypole.

—Gracias por tu apoyo, Claypole. Seré la mejor señora que puedan tener, lo prometo.

—Eso ni hace falta decirlo, milady. Aquí todos estamos advertidos de que con usted nada funcionará bien.

—No sabía que tenías tan controlados a mis sirvientes. Al parecer el único que no sospechaba de que todos querían que fueras la marquesa era yo —musitó George que cogió la mano de su prometida y la llevó a sus labios. No había forma de que no disfrutara de ese momento.

Después de que siguieran conversando entre ellos en compañía de la condesa viuda, se sirvió la cena en la que brindaron por el compromiso y por el futuro que les esperaba. Ellos se amaban, por lo que ya no existían nubarrones en el cielo.

—Ahora es donde más tengo que vigilarlos. Me quedaré aquí hasta que se casen. Ya saben que debo ocuparme de Steven, es una pobre oveja descarriada.

—Sí, tía, todavía la necesitamos, porque vendrá el escándalo una vez que nos vean en los salones. No sé si sea prudente que lo anunciemos.

—¿Y si nos casamos en una vicaría fuera de la mirada de los curiosos y después regresamos? —propuso la joven.

—La idea de Brianne es buena si quieren evitar ser juzgados. No digan nada y vayan como siempre.

—Pero lord Chamberlain ya sabe que estoy comprometida porque cierto caballero primero actúa y luego piensa —acusó Brianne.

—Si tú no fueras tan ligera...

—¿Ligera?

—Suficiente. Prefiero que se respire la cursilería antes de seguir oyendo gritos que alimentarán la curiosidad ajena. Si preguntan quién es el prometido de Brianne, responderán que pronto llegará y les dará la sorpresa. Es todo. No busquemos complicarnos las cosas, ya que estuvieron muy complicadas en los últimos días.

—Sin su consejo estaríamos perdidos, milady. Gracias por apoyarnos.

—Los apoyo porque se quieren, pero son tan tercos que estuve a poco de rendirme o de pensar en golpearlos a los dos.

—Ya no hace falta eso, todo está resuelto, tía. Brianne y yo seremos felices.

Por la noche, Brianne y George se despidieron frente a los ojos de la condesa viuda, puesto que la mujer temía que tomaran el compromiso como vía libre para adelantar cosas que no correspondían.

Grace entró a la habitación de Brianne para arreglarla y que esta pudiera dormir.

—Milady, tiene que sacarse el anillo para que pueda sacarle el guante —avisó Grace que no podía hacer lo que le correspondía porque su patrona estaba hipnotizada con su nueva joya.

—¿No crees que es hermoso? En el fondo algo me decía que no me rindiera. Él me ha salvado, Grace, y me dará un estatus con el que solo pude haber soñado.

—Es increíble, milady. Se casará. Usted no sabe lo feliz que me hace saber que no corre peligro. Ahora que está comprometida, su primo no podrá hacer nada. Imagino que debe estar tirado entre su vómito.

—Supongo que se sorprenderá cuando le llegue el requerimiento de mi dote.

—Entonces le dirá a su señoría que en verdad sí tenía un tutor

—Sí, él entenderá la razón por la que le he ocultado esto. No es por maldad, es por temor. Imagina que se lo hubiera dicho durante los primeros días, con un puntapié me hubiera arrojado

a Derbyshire, ya que no tiene mucha paciencia cuando algo no le agrada.

—Debe esperar a casarse para abrir la boca, porque sabe lo que le ocurrirá si él lo sabe antes.

—No pasará nada. Tampoco correrá peligro por fijarse en mí. Si Brandon no está aquí... supongo que no ha sido tan inteligente para encontrarme.

Unos días después de comprometerse, George, Brianne y la condesa estaban listos para salir a una de las veladas de esa noche. Acordaron seguir como antes, que el asunto del compromiso fuera secreto, ya que aún no habían decidido ninguna fecha de matrimonio, además, les parecía más atractiva la idea de casarse en un lugar pequeño sin escándalos en los que asistirían sus amigos más íntimos y a quien Brianne quisiera invitar.

Solo la felicidad se respiraba en el aire entre Brianne y George, esa noche, el marqués debía aclararle a lady Melissa Amery que las cosas no serían igual que antes, ya no lo tendría todo el tiempo, por lo que él creía que la indiferencia era la mejor forma de solucionar el interés de ella.

Al llegar al salón, Brianne iba agarrada a un lado del brazo de George y del otro estaba la condesa viuda. La gran dama al ver a su hijo fue para saludarlo y ellos dos se quedaron juntos.

—Ha llegado el momento, no tarda en venir la culebra a la que cortejabas —dijo Brianne de forma despectiva.

—Deberías moderar tu lenguaje, Brianne. Serás marquesa, no te cuesta ser una dama fina.

—Pues me encantaría que ella fuera decente conmigo. Pagaría lo que fuera por gritarle que soy tu prometida y que a ella le tocara comer el polvo de la derrota o probar la hiel del fracaso, la que más te guste, George.

—Eres demasiado malvada para ser tan bonita. Ahí viene...

Brianne soltó al marqués para que él pudiera movilizarse con tranquilidad para ignorar a la joven.

—Su señoría, usted llevaba mucho tiempo sin venir a los salones. Supongo que estaba arreglando el compromiso de lady Brianne Scott, al menos es lo que ha dicho lord Chamberlain —pronunció Melissa como un saludo para él, después ella miró hacia Brianne y le sonrió—. ¿Cómo se encuentra esta noche, lady Brianne?

Melissa nunca saludaba a Brianne. Después un principio la había tratado como alguien inferior.

—Muy bien, ¿y usted? —respondió Brianne a su saludo. Si no se comportaba amable volverían a empezar los problemas en casa del marqués y a ella le gustaba vivir en el sueño de amor y paz que se profesaban.

—Estaba inmerso en varios asuntos, milady. Disculpe mi ausencia. Lamento que hoy no

pueda acompañarla tanto tiempo, tengo que charlar con mis amistades.

—Supongo que tiene un pequeño tiempo para acompañarme a conocer a alguien que vendrá en unos instantes... Ah, de hecho, ahí viene. Le sorprenderá saber que es conocido de lady Brianne.

La joven y George miraron hacia la entrada. Cuando ella distinguió de quién se trataba, sintió que el mundo caía sobre su cabeza. Brandon estaba ahí y no sabía cómo había llegado, aunque comenzaba a imaginarlo. Nunca debió confiar en que esa mujer que quería casarse con George fuera insulsa o tonta. Le demostraba que era una mujer desalmada y cruel.

Melissa miró a Brianne esperando que la joven dejara de observar hacia la entrada. Cuando le dedicó su mirada asustada, sonrió porque por fin la quitaría de su camino. Era una molestia innecesaria en su vida. Ella se iría con su verdadero tutor y dejaría libre al marqués para que por fin pudieran comprometerse como esperaba.

—No imagina lo que ha hecho —declaró Brianne a quien solo le quedaba coger fuerzas de flaqueza.

—Por fin su señoría abrirá los ojos con respecto a usted, mentirosa —escupió Melissa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó George al percatarse de que las mujeres estaban a punto de cogerse de los pelos.

—Lo sabrá cuando el conde de Waterfall llegue a nosotros.

Brandon fue hacia la inesperada aliada que le escribió una carta para avisarle en dónde se encontraba Brianne. Esa comunicación llegaba justo en el instante en que estuvo a punto de rendirse en su búsqueda, ya que desde que derribó la puerta de la habitación de la casa y se hallaba vacía, no cesó en su empeño de encontrarla.

Sonrió al ver la mirada desafiante de Brianne cada vez que se acercaba. Ella ni siquiera imaginaba lo que tenía pensado para ella.

—Buenas noches —saludó Brandon, sonriente.

—Buenas noches, milord. Quisiera presentarle a su señoría, el marqués de Blister —habló Melissa.

—Entonces es usted quien ha caído en los juegos de mi pupila —dijo con fingida amabilidad.

George no comprendía lo que ocurría a su alrededor.

—¿De qué está hablando? —increpó el marqués.

—Debo decirle que no es la primera víctima de Brianne. Llevo tiempo intentando que sea una buena niña, pero solo prefiere escaparse y fingir que no tiene quien la cuide.

Capítulo 30

Brianne no podía creer lo que escuchaba. ¿Qué soberana tontería se le estaba ocurriendo a Brandon?

—No le creas, eso no es cierto... —alegó Brianne para defenderse.

—Podemos conversar a solas si quiere. Le diré todo lo que Brianne puede llegar a hacer...

En medio de su confusión, George necesitaba saber lo que ocurría, ya que no podía quitar una conclusión de lo que escuchaba.

—Si nos permiten, conversaremos en privado —musitó George.

La joven lo cogió del brazo y con su respiración agitada y sus ojos expresivos comenzó a hablar.

—No vayas con él, no es una buena persona. Es un ser despreciable...

—Supongo que el marqués puede quitar sus propias conclusiones después de conversar conmigo —aseguró Brandon con su sonrisa ladina en el rostro.

Ella los vio partir y supo que las cosas no serían igual. Quería confiar en que George no le creería, mas Brianne no había sido honesta desde el primer día y eso pesaba en su contra.

—Ahora ya sabe con quién trata, milady. Se apartará del camino de su señoría y dejará de distraerlo. Este asunto de la pedida de mano está tardando y es gracias a usted que no hace más que representar un inconveniente en mi vida. Cualquier piedra en mi zapato, la quito —se jactó Melissa.

—No sabe lo que ha hecho, trajo al mismo demonio hasta Londres. Él no es una buena persona, es peligroso para cualquier dama.

—A mí me ha parecido muy amable y atento, por lo que le creo lo que ha dicho de usted. No embaucará ni seducirá al marqués haciéndose la víctima de algo que no existe.

—Jamás lo entenderá. Este error lo pagará más usted de lo que puedo pagar yo, se lo puedo asegurar.

Al terminar de decir esas palabras, Brianne iba hacia otro sitio del salón para pensar qué hacer y también a imaginar la reacción que George podría tener con lo que Brandon pudiera decirle.

Brandon y George llegaron a un lugar más alejado para conversar.

—Quiero que me explique lo que ocurre en verdad. ¿Qué tiene que ver usted con Brianne? —increpó George.

—Soy su tutor, el heredero de su padre. Desde hace un año me encargo de su bienestar, o al menos de lo que ella deja que pueda hacer. Es una criatura grosera y engreída. No crea que es la primera persona a la que acude para ser salvada de mí, a quien me retrata como el verdadero Satanás, pero eso está muy lejos de ser así.

Los ojos de George trataban de encontrarle defecto a lord Waterfall, pero no lo hallaba en el físico, pero le costaba creer en el resto de la historia.

—¿Por qué ella escaparía de usted? ¿Qué razones tendría si fuera una buena persona?

—Le he restringido un par de caprichos y eso la ha llevado a enloquecer y buscar una nueva vida por otro lado. No imagina de cuántas casas la he sacado. Está acostumbrada a seducir a sus víctimas con la historia de que no tiene a nadie que la cuide, pero aquí me ve, su señoría, he venido a por ella, para que pueda estar en su casa y de ahí poder conseguirle un esposo decente, aunque dudo que con este historial de desapariciones pueda conseguir algo. —Brandon veía al incrédulo marqués que no pensaba en comerse el cuento que le estaba diciendo. Debía demonizar con mayor fuerza a Brianne para conseguir el repudio del hombre y si no lo hacía, tendría que tomar a Brianne y llevársela por la fuerza—. La pobre está un poco desorientada, quizá la muerte de su padre hizo que buscara un poco de felicidad en los lugares menos esperados. Quisiera suponer que no le ha ofrecido su cama para compartir y poder quedarse ahí, su señoría...

—¿Cómo se atreve a hablar así de Brianne?

—Hablo con propiedad, porque lastimosamente ha pasado por la cama de varios caballeros que han caído enamorados de su belleza y de la increíble historia del abandono. Créame, usted no es la excepción. Brianne lo está utilizando para que le dé todo lo que espera. Además, usted es un marqués, la única persona capaz de consentirla en todos sus caprichos. Le gustan los vestidos y las joyas, siempre exige lo que cree merecer.

En ese momento, George recordó la prepotencia con la que había llegado para exigir quedarse. Encontraba terribles coincidencias entre lo que decía el conde y lo que había hecho Brianne. Se sentía como un verdadero tonto al caer en las artimañas de una arribista. Los había engañado a todos, inclusive a la servidumbre, para que la apoyaran. Lo más grave es que estaba a punto de convertirla en marquesa. La decepción en su pecho era indescriptible, ya que había dejado de lado sus principios para no enamorarse de ella, mas había fracasado.

—Si me permite, puedo ir a buscar a Brianne para llevarla a Derbyshire. Lamento si le ha causado problemas y gastos innecesarios. No sé si alguna vez pueda casarla, pero trataré de mantenerla encerrada hasta lograrlo.

—Vaya por ella —articuló el marqués con dificultad.

—Con permiso —se despidió Brandon, cumpliendo con su cometido.

George chirrió los dientes con rabia. En ese instante ni siquiera podía pensar con claridad. Solo quería increpar a Brianne. ¿Cómo había caído enamorado de una víbora? ¿Por qué no sospechó que todo era una mentira? Se confió y ahí estaba, lleno de vergüenza por haberle pedido matrimonio a una arribista.

Él comenzó a buscar a Brianne hasta dar con ella. Se encontraba sola en un rincón, como si se escondiera de alguien.

Brianne al ver que él se acercaba con sus ojos llenos de furia, quiso que la tierra se abriera bajo sus pies. Brandon lo había envenenado y ya no tenía cómo salvarse.

—George —dijo Brianne con cuidado.

—No me llames así, mentirosa.

El corazón de Brianne comenzó a latir con fuerza.

—Él te ha dicho cosas que no son ciertas.

—¡Ja! Quieres seguir burlándote en mi cara, pero eso no va a pasar. Te irás con él. Olvídate del supuesto compromiso que teníamos. No voy a casarme con alguien como tú.

—Yo hui de Derbyshire porque él quería hacerme daño. El señor Middleton intentó contactarte y te negaste. No he salido de Derbyshire desde que mi padre murió. ¿Cómo crees que pude ser una mujer promiscua? Lo único que ha hecho es manipularte para poder conseguir lo que quiere, pero si tú no me cuidas, no me queda más que buscar mi seguridad y mi tranquilidad. —Pese a sus miedos y su dolor, Brianne no pensaba rendirse y mucho menos entregarse a Brandon—. Si alguna vez sabes la verdad, no quiero que ni siquiera tenga carga de conciencia, porque hoy me has tirado a la muerte.

—Tuviste un año para hacer lo que quisiste. Viniste a exigir algo que ni siquiera debería haberte dado. Me has visto la cara, Brianne.

—No, mi único error fue quererte, George. Deseaba que me cuidaras, contigo estaba segura, pero no sabía que tus sentimientos por mí eran tan frágiles para creerle. Él es un ebrio estúpido, mentiroso y abusivo. Tal vez no he sido sincera de por qué hui, pero no fue para engañarte, yo quería dejar de recordar el dolor que viví en Derbyshire.

—Estoy cansado de tus tonterías. Seguiré mi plan inicial de casarme con alguien que me conviene. —George le dio la espalda a Brianne y se fue.

Por más que su corazón se rompiera en mil pedazos, Brianne no lloraría, no había tiempo. Debía buscar a Grace y volver a partir con lo que tenían. Esa era la vida que le esperaba. ¿Cómo conseguiría llegar pronto a la casa del marqués?

Brianne se apresuró a buscar la salida, mas Brandon estaba ahí, buscándola. Corrió hacia el jardín para ocultarse. Estaba sola, no podía contar con nadie. Debía esperar que su verdugo entrara al salón y entonces ella aprovecharía para salir corriendo. Tenía poco tiempo mientras él la buscaba.

Escondida en un rincón, a Brianne se le escapó una lágrima y un sollozo, pero que rápidamente trató de anular. George la había decepcionado y ese dolor jamás se iría de su pecho. Le había confiado sus sentimientos y no creía que ante la primera prueba a su amor él le hiciera eso. Creyó que era noble y que la protegería, pero no, no era leal.

—¿Qué está haciendo aquí, milady? —preguntó Herbert que la encontró con los ojos rojos y asustados en aquel rincón cuando salió para encender un cigarro.

—Necesito irme de aquí... Necesito ayuda, su excelencia.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Quiere que busque a George?

—Él no quiere verme. Piensa que le he mentado y embaucado. —Brianne se quitó el anillo de compromiso que tenía y lo extendió hacia el duque—. Devuelva esto por mí cuando tenga oportunidad. Dígale a su señoría que ha cometido un terrible error y que Brandon no solo abusará de mí, quizá después me mate.

Herbert estaba pálido al escuchar esas palabras, pero no entendía de lo que estaba hablando.

—Quiero entender lo que ocurre.

—No hace falta. Le agradecería si le pide a su cochero que me lleve a la residencia del marqués para recoger mis cosas y a mi doncella.

—Milady...

—Brianne, aquí estabas pequeña criatura escurridiza —habló Brandon, burlón—. No deberías estar coqueteando con todos.

Ella retrocedió y quiso escapar, pero Brandon la cogió de la mano.

—Suelta a la dama —masculló Herbert que estaba dispuesto a defender a Brianne pese a no comprender nada de lo que ocurría.

—No quiero empezar otra vez mis explicaciones. —Brandon sacó su arma y le apuntó a Herbert.

—¡No! —exclamó Brianne que no quería que le hiciera daño al duque. Él no tenía nada que ver en lo que ocurría.

—Sabes que lo voy a matar si no haces lo que digo.

—Lo sé. No quiero que lo dañes.

—Me da igual. Un movimiento en falso cualquiera aquí lo pagará, Brianne. Esta búsqueda me tiene muy cansado. Vámonos. —Él la tomó del cabello y la arrastró por el costado del jardín.

El duque quiso reaccionar, pero Brianne con un gesto de cabeza le pidió que no lo hiciera, por lo que entró al salón, apresurado, para buscar a George y contarle lo que había pasado, mas no lo encontraba. Encontró a Steven y a su madre conversando felices en un rincón.

—¿Alguien ha visto a George? —preguntó Herbert con premura.

—¿Ya no saludas, jovencito? —preguntó la condesa viuda.

—No hay tiempo para eso, milady. Alguien llevó a Brianne a punta de pistola.

—¿Cómo es posible eso? Hay que buscarlo. Nos encontraremos en la entrada —mandó la condesa.

Los tres buscaron a George sin dar con él. Cuando los tres se encontraron frente al salón, Steven era el único que tenía novedades.

—¿Alguien sabe algo? —interpeló Herbert, preocupado.

—Mi cochero ha dicho que George se fue en su carruaje.

—¡Oh! Mi sobrino me ha dejado —farfulló la condesa viuda, indignada.

—Debemos ir a su casa. Ese hombre ya debe estar tomando mucha ventaja.

—Madre, vamos a mi carruaje —dijo Steven.

—Yo los alcanzaré... —habló el duque que fue a buscar a su cochero.

George llegó a su residencia dando un terrible portazo en la entrada. Estaba enfadado, lleno de rencor y tristeza por lo que había ocurrido. Tanto Claypole como Grace se presentaron en el recibidor y vieron ahí al marqués, solo, golpeando lo que había a su alrededor.

—¿Qué ocurre, su señoría? —indagó Claypole.

—Ocurre que lo que metiste en mi casa un día de lluvia ha resultado ser una mujerzuela.

Grace tapó su boca con ambas manos.

—Su señoría, es su prometida, no debería hablar así.

—Ella nos ha mentado. Lord Waterfall es su tutor y no está desaparecido como ella dijo. Desde hace un año se ha encargado de Brianne y esa joven no ha hecho nada aparte de escapar de él por caprichosa, pero ahora él la llevará a su casa.

Ante lo que escuchaba, Grace estaba aterrorizada.

—¿Dónde está milady? ¿Qué le ha hecho? —incredó Grace.

—La entregué a su verdadero tutor.

La doncella comenzó a llorar al enterarse de eso. No podía quedarse callada.

—¡Ella confió en usted y lo único que hizo fue entregarla a alguien que solo quiere arrebatarle su virtud a milady! —acusó con valentía—. Huimos por eso, porque cada día era una pesadilla, quería echar la puerta abajo para entrar y yo solo podía protegerla con mis oraciones. Es usted un ser tan despreciable como milord.

Capítulo 31

Grace salió con prisa del salón y Claypole fue tras ella para averiguar más de lo que ella sabía. George se quedó en el recibidor, recostó su peso en la pared.

—Grace, espera —mandó el sirviente.

—No tengo tiempo para esperar, Claypole. Milady está en peligro. Ese hombre no solo abusará de ella como ha querido desde un principio, también la golpeará a su gusto. Es violento y lo es aún más cuando bebe.

—¿Por qué no me lo dijeron?

—Milady no quería que su señoría la llevara de vuelta, ya que él estaba muy cerrado al principio, y después no creyó necesario, pensó que no volvería a verlo. Fue tonta al creer que huir era suficiente para acabar con la ambición de milord. Además, él malgastaba el dinero y lo más probable fuera que ella ya ni tuviera una dote decente como la que le dejó su padre.

—Hablaré con su señoría...

—Le dio la espalda, Claypole. Tomaré un caballo de las caballerizas. Dios permita que lo pueda devolver pronto. No puedo esperar que tu patrón se preocupe por ella después de haber hablado de esa manera de la mujer que decía amar.

Grace dejó solo a Claypole y él decidió regresar a dónde se encontraba su patrón. Cuando se dispuso a hablarle, la puerta de la residencia fue golpeada con violencia por solo Dios sabía quién. Tuvo que dejar sus planes de lado y abrir. Al hacerlo, la condesa y su hijo estaban ahí.

—George, algo ha ocurrido con Brianne —avisó la condesa viuda, apresurada.

—Ella ha mentido —declaró como si estuviera ido.

—¿Eso es lo único que te importa? —La condesa se acercó y le dio una bofetada—. ¡Esa joven está en manos de un hombre armado que la ha secuestrado!

El duque llegó un instante después, mientras George se acariciaba la cara. Él se acercó y le enseñó el anillo de compromiso.

—La joven me dijo que estabas cometiendo un error al entregarla a alguien que abusaría de ella y la mataría. Él me amenazó con un arma y tu pupila se interpuso para que no me hiciera daño, pero se la llevó del cabello, arrastrándola. Considero que ninguna mentira o verdad puede ser más importante que la seguridad y la vida de una persona. No tengo idea por dónde empezar una búsqueda, pero mi sentido de la justicia dice que eres un idiota y que ella necesita mucha ayuda.

—Partiremos a buscarla, pero no sabemos por dónde empezar —dijo Steven.

—Yo sé quién puede ayudarlos. La doncella de milady está a punto de salir a buscarla —

comunicó Claypole que los apoyaba—. Si necesitan ayuda, iré con ustedes. Sé usar un arma.

Ante el movimiento en su residencia él debía despertar de su pesadilla. Él había cometido una terrible estupidez y no era haberla entregado a ese hombre, fue no haberle creído. Si la amaba debió creer en su palabra, en sus miedos y no echarla directamente a la boca del lobo, que fue lo que hizo en un acto de orgullo herido. ¿Con qué cara la miraría si llegara a encontrarla sana y salva?

—Usted se quedará aquí, tía. Debo solucionar lo que he hecho. Ahora entiendo que ella me estaba diciendo la verdad a su manera. Ella nunca ha querido verse vulnerable. Brianne es fuerte y no se rinde, por eso ha logrado ser mi prometida —declaró mirando el anillo de compromiso.

—Eres el ser más estúpido que conozco, George —escupió Herbert.

—Yo también soy el ser más estúpido que conozco.

Detuvieron a Grace que estaba a punto de salir con el caballo y la persuadieron para que los ayudara a dar con Brianne. George, Grace y Claypole iban en el carruaje del marqués, mientras que los otros dos iban en el del duque.

—Lamento haberle creído a ese hombre. Parecía alguien centrado —comentó avergonzado dirigiéndose a Grace.

—Conmigo no debería lamentar nada. Espero que milady no lo perdone si le pasa algo. Él inspira confianza en los desconocidos porque va bien vestido, pero detrás de las puertas de su casa es el demonio. Milady no ha dejado de sufrir desde la muerte de su padre, milord solo fue amable una semana y después comenzó a manosear a milady y también a mí... Nos encerrábamos a rezar. Al menos yo lo hacía y ella trataba de trabar la puerta con sillas y otros muebles. La llave nunca era suficiente.

—Es por eso que se exaltaban con las puertas... —dijo George concluyendo que había sido un idiota con Brianne al darle credibilidad a alguien que recién había conocido pasando por alto otras cosas como su propia elección—. Debieron ser sinceras. Si así hubiera sido, nada de esto estaría pasando.

—Yo sospechaba algo referente a eso el día en que Grace lloró cuando fue a reprender a milady al salón de costura —alegó Claypole.

—No vi esas señales. Me arrepiento de haber estado ciego y haberle dicho cosas hirientes a Brianne, lord Waterfall me agarró en los cinco minutos de tontería. Ahora nos llevan al menos una hora de ventaja confiando en que irán a Derbyshire.

—Hay pocas paradas en el camino. Si todo sale bien y no decaemos los encontraremos en la primera de ellas.

En el carruaje lord Waterfall, él miraba a Brianne que observaba con fijeza en la oscuridad del otro lado de la ventanilla del carruaje, mientras Brandon bebía brandy de una botella. Tenía

dos opciones como consecuencia de eso: que la tomara ebrio o que bebiera tanto hasta vomitarse encima. Esperaba por su bien que fuera la segunda.

—Todavía me da risa que creyeras que podías escapar de mí, Brianne, cuando sabes que no tienes otro destino más que pertenecerme, y para que veas que hablo en serio, quiero que nos casemos. Apenas estemos en Derbyshire, le pediré al vicario que nos case. Así podré hacerte lo que quiera sin que nadie se interponga. ¿Qué creías? ¿Que el tal marqués de Blister te acogería? Lady Melissa se quejaba de ti y te avisaba de seducir a su candidato. No dudo que así fuera, pero ¿te diste cuenta lo rápido que se deshizo de ti? No le importas tanto como a mí.

—Él ya es parte del pasado y tú también lo serás cuando consigairme y eso no se limita a escapar, sino también a morir. Creo que esa última es la mejor opción antes que estar contigo.

—No creo que se cumplan tus deseos. Se cumplirán los míos, querida. Por fin serás mi mujer y nadie te querrá mancillada. Si quieres comida y un techo sobre tu cabeza, harás lo que te conviene y eso es quedarte conmigo y no volver a huir. Menos mal nos libramos de esa criada llorona que tenías. Te pondré una doncella que hará lo que yo pida.

—No te encariñes conmigo.

Él le dio una bofetada que hizo que golpearla su cara contra la pared del carruaje. De inmediato, Brianne sintió como algo frío en el rostro. Se había golpeado tan fuerte que su piel del pómulos comenzó a sangrar.

—Que eso te sirva para no encariñarte con la libertad. Jamás volverás a salir de Derbyshire.

—Así no viviré tanto como deseas y espero que me mates pronto para no volver a ver tu cara.

—Nunca te rindes, Brianne, ni siquiera cuando todo está en tu contra. Creo que te faltan más golpes para ablandar tu vocabulario y tu orgullo. No hay nada que un par de puñetazos y patadas no hagan por mí. Aprenderás a adorarme como sea.

—Prefiero adorar a una rana antes que a ti, Brandon. No sirves para nada, solo eres un maniático bebedor empedernido.

Brandon estuvo a punto de golpearla, pero se detuvo. Una vez que llegaron a su residencia, las cosas para esa joven cambiarían radicalmente. Se acomodó, tomó otro sorbo de su bebida y sonrió.

—Nos quedaremos en la primera posada. Mañana continuaremos el trayecto. ¿Sabes lo que significa? Será nuestra primera noche juntos. Si abres la boca, no solo mataré al dueño de la posada, también a ti.

Ella tuvo que asentir. Una vez que estuvieran solos, vería la manera de defenderse de sus ataques.

Al llegar a la posada, Brianne comenzó a temer por su seguridad. Nadie le aseguraba que saldría viva o virgen de ahí. Cuando lo vio sacar el arma, sabía que la usaría para conseguir

ventajas.

—Tú te callarás y yo hablaré —ordenó mientras bajaban del carruaje que se había detenido en las caballerizas.

Él llevaba su saco sobre su mano y ahí guardaba la pistola. Nadie sabía que había algo ahí, solo ella lo sabía

Cuando entraron, Brianne se colocó a un lado y lo escuchó pedir una habitación para los dos. Le pagó al posadero y aquel le entregó la llave. Estaba perdida, no le quedaba más que hacer lo que Grace siempre decía: rezar. Después de eso, Brandon la cogió del brazo y la llevó hacia las escaleras para buscar la habitación que era de ellos. ¿Sería posible que encontrara algo para defenderse?

Una vez dentro de la habitación, él la empujó hacia la cama.

—Ahora pagarás mucho de lo que me debes, Brianne. Te cobraré hasta la última ofensa. Aprenderás a respetarme, a adorarme, te lo repito.

—Eso no pasará. Lo digo y lo sostengo. He rezado mucho para que no ocurra, y sé que no seré defraudada.

—No sé, no veo a nadie aquí que pueda ayudarte. —Él comenzó a sacarse el pañuelo lazado.

La intención de aquel era quedarse desnudo para intimar con Brianne, mas él sabía que cada movimiento suyo le causaba repulsión.

Una vez que él se quedó sin nada que le cubriera la parte de arriba, se acercó a ella, pero Brianne ya tenía en mente lo que había. Vio una lámpara muy cerca de la cama. Al verlo acercarse, la joven fue hacia ese lado del lecho.

—Puedes correr, pero no esconderte, querida Brianne. No hay a dónde huir... —Él se abalanzó sobre Brianne para cogerla en sus brazos, pero ella reaccionó y le dio un golpe bajo en sus partes—. ¡Maldita!

Brandon cayó de rodillas en el suelo, gimiendo de dolor, momento que Brianne aprovechó para coger la lámpara y usar toda su energía para golpearlo, mas eso no fue suficiente para que ella pudiera escapar de él, no quedó inconsciente como ella esperaba.

Intentando escapar, él la cogió del tobillo y la arrastró hacia su cuerpo, a la vez que seguía adolorido por el terrible golpe recibido en sus partes. Lo que ella le propinó en la cabeza no le había dolido tanto como lo de abajo, un dolor solapaba al otro. Ahí fue el instante en que comenzó a gritar para intentar salvarse.

Fuera de la posada, los cinco descendieron del carruaje frente al sitio casi en la madrugada. Grace fue hacia las caballerizas y ahí distinguió que se encontraba el carruaje del conde. Esa era una excelente noticia para todos, ya que habían hallado el lugar en el que se encontraba el hombre con Brianne. Ella se apresuró a llegar junto al resto.

—El carruaje de milord está ahí —dijo.

—Entremos.

Con prisa entraron al lugar y vieron que el posadero no se encontraba. George golpeó la campanilla con desesperación.

—Oiga, oiga, no estoy sordo. Podría ser más delicado la próxima vez. ¿En qué puedo servirle? —preguntó el posadero.

—Necesito saber si hay un caballero que llegó recientemente con una dama muy hermosa y en qué habitación están.

—Esa información es privada, caballero...

—No me obligue a romper todas sus puertas con tal de encontrarla. ¡Hable antes de que pierda la paciencia!

—Está bien. Sí, han llegado hace más o menos media hora. Son un poco ruidosos. Es la habitación número siete.

—Gracias.

Eso de que eran ruidosos solo le daba mala espina a George. Esperaba que no fuera demasiado tarde para salvarla. De todas formas, no se apartaría de su lado, pasara lo que pasara. Al llegar a la habitación, George con mucha fuerza abrió la puerta y encontró a ese hombre intentando someter a Brianne a los golpes. En ese mismo instante, algo se encendió dentro de él, la ira fue más poderosa que cualquier otra cosa.

—¡Maldito desgraciado! —exclamó cogiendo a Brandon con todas sus fuerzas para después arrojarlo por una de las paredes.

Brianne trastabilló antes de poder levantarse. Al distinguir la figura de Grace, ella se calmó.

—Milady... —pronunció su doncella, ayudándola para que pudiera ponerse de pie.

—Grace, sabía que podía contar contigo —habló emocionada al verla. Estaba dolorida por la lucha, pero él no había podido con ella.

—Gracias a su excelencia estamos aquí —contó Grace.

Brianne dirigió su mirada hacia Herbert y no dudó en darle un abrazo.

Herbert no sabía cómo responder ante lo que estaba haciendo Brianne, ya que, si bien él los alertó, estaba ahí para ayudar a George.

—Algo me decía que usted era una buena persona, y no me equivoqué. Gracias por salvarme.

—George es quien ha venido a salvarla.

La joven miró hacia donde George golpeaba a Brandon sin parar, como si tuviera una fuerza arrolladora. Estaba tan dolorida y decepcionada que no sabía si podría volver a verlo.

—Si no lo deja ahora lo matará, su señoría —avisó Claypole a su patrón.

—Lo mataré si es necesario, maldito. Si vuelvo a verte en Londres, acabaré contigo. No vuelvas a acercarte a Brianne. Hablaré con mi abogado para que pase a ser mi protegida. Le darás lo que le pertenece y te irás a tu cueva. —Después de decir aquello, le escupió en la cara y suspiró antes de intentar hablar con Brianne, mas al mirar hacia ella, la vio abrazada a Hebert.

El marqués cayó en cuenta de que él debería estar ocupando ese lugar, pero entendía que ella prefiriera no tratarlo en ese instante. Por más que Brianne lo odiara, se acercó a ella y observó su rostro que estaba magullado a causa de ese salvaje.

—Brianne...

—Ni siquiera lo lamente. Me entregaste como cordero en el matadero, no me creíste.

—Me arrepiento de no creerte. Me dejé influenciar por las malas coincidencias.

—No, es porque nunca me quisiste en verdad. Ahora deseo buscar otra vida, otros horizontes y curar mi corazón.

—A mi madre le encantará tenerla en mi casa, y a mí no me molestaría encargarme de sus necesidades —ofreció Steven.

—Gracias, milord. Me iré con usted...

—Brianne... —insistió George.

—No quiero saber de ti. Lo siento.

Esa noche marcó de una manera terrible la vida de George. Un par de horas le hicieron ver que no podría vivir sin ellas, pero la herida que él le había hecho a Brianne con su desconfianza fue mortal, tan letal para acabar con sus sentimientos o al menos para sepultarlos.

Semanas después...

Brianne quedó a cargo de la condesa viuda y su vida en casa del conde de Northland era tranquila. Con frecuencia recibía las visitas de George pidiendo que lo perdonara por su desconfianza. A ella le dolía el corazón tener que negarse a verlo o rechazar sus valiosos presentes.

El señor Middleton también la visitó y le dijo que lord Waterfall aprobaba que lord Northland fuera su tutor y no el marqués de Blister como había pedido George en un principio. Por pedido de la condesa, ella quiso responsabilizarse por la salud y tranquilidad de Brianne. Su dote estaba a salvo en manos de un letrado, por lo que Brandon ya no tenía derechos sobre ella.

—Brianne, no queremos que se acabe la temporada sin que te cases. Sé que existió un gran escándalo a tu alrededor en las pasadas semanas, pero con gusto, puedo decirte que eso no significa que no tengas pretendientes. Lord Overly y lord Chamberlain saben que sigues soltera y que tu supuesto compromiso fue solo una farsa para ahuyentarlos. Me han escrito dispuestos a seguir su cortejo, aunque...

—¿Aunque? —preguntó la joven que tenía una costura en su mano. Quería mejorar sus habilidades en eso y la condesa era una excelente maestra.

—George también ha pedido cortejarte.

Ella se levantó del sillón en el que se encontraba y soltó el aire contenido en sus pulmones.

—Sé que todavía te duele lo que ha hecho, pero está muy arrepentido y solo quiere estar a tu lado. Sabes que te ama y eres más consciente aún de que tú lo amas.

—He fallado al no decirle, pero él debió creer en mí...

—Cuando la semilla del amor comienza a germinar, debe pasar por tempestades y sequías. Han atravesado una gran tormenta que arrasó con el primer tallo que salía, pero la semilla bajo la tierra sigue intacta. ¿Quieres que vuelva a crecer el tallo o prefieres plantar tu semilla en otro caballero?

—¿Me acompañará a la abadía el domingo? —Ella cambió de tema.

—Sigo enfadada con el de arriba por sacarme a lord Northland.

—¿No cree que es su tiempo de perdonar?

—Quizá algún día. Puedo acompañarte, pero no significa que cambiaré mi forma de pensar.

George no faltaba a los oficios dominicales. Era su promesa a cumplir.

—Se le hará tarde para el oficio. Supongo que no reza lo suficiente para que su marquesa lo acepte de vuelta —murmuró Claypole al terminar de arreglarlo.

—Esa mujer es rencorosa. No se me ocurrirá desafiarla jamás. Tiene un carácter fascinante... Creo que me enamoré más de ella al tenerla lejos. Esto que tengo es una terrible maldición.

—Sí, pero lo merece. Ya sabe que su libro de oraciones y cánticos está en el carruaje.

Salió de su residencia y se dirigió a la abadía como cada domingo. Le tocaba evadir a muchas personas y más a lady Melissa Amery y a su madre. A esa mujer no quería volver a verla jamás por lo que había hecho. Puso a Brianne en un peligro innecesario y destruyó su compromiso con ella. Se casaría con cualquiera, menos con Melissa.

Una vez dentro de la abadía tomó un asiento en la parte de atrás. Tenía su libro y lo abrió

para poder seguir lo que decía el obispo. Escuchó que alguien se sentó a su lado y acto seguido percibió un delicioso y delicado perfume.

—Creo que he llegado un poco tarde. ¿Me podría decir en qué parte están leyendo? —interpeló una voz femenina.

Al darse cuenta de quién era la mujer, él se sorprendió.

—Brianne...

—¿De dónde me conoce? No responde en qué página están.

—En la segunda.

—Soy lady Brianne Scott.

Él no entendía el juego, pero con ella estaba dispuesto a jugar lo que fuera.

—George Mountbatten, marqués de Blister...

—Es un placer conocerlo de nuevo.

—Eso significa...

—Que lo conoceré para saber si quiero casarme con usted alguna vez.

Él asintió y después fingió prestar atención al sermón.

Brianne sonrió y se sonrojó al estar cerca de él. Quería volver a intentarlo, por eso estaba ahí. Se dio cuenta de que huir solo era el principio de sus problemas, estaba dispuesta a enfrentarlos y hacer las cosas diferente y mejor.

Epílogo

Cinco años después...

George y Brianne lograron casarse al final del verano de ese mismo año en el que decidieron volver a empezar, dejando atrás lo que había ocurrido con Brandon.

Con los años solo supieron que él terminó casado con una joven de Derbyshire, pero no sabía si era feliz o infeliz y tampoco les importaba.

La vida de ambos era plena en compañía de la familia que habían formado. En ese tiempo tenían dos hijos y el tercero estaba en camino. Benedict y Harold eran el orgullo de George, aunque esperaba que su tercer hijo fuera una niña, lo deseaba de corazón.

—¿Será posible que tenga un año en el que no esté embarazada? —preguntó Brianne, cansada de su enorme barriga.

—Prometiste darme muchos hijos y lo estás consiguiendo, Brianne. Esta familia no es como la había soñado, es mucho más que eso. Ya pasará este momento.

—¡Bah! Lo dices porque no eres tú quien debe parirlos. Si tan solo me hubiera casado con lord Chamberlain o lord Overly...

—Ciertamente tendrías uno y tu vida estaría incompleta. Gracias a ti todo es mejor, Brianne. Quiero que eso que llevas en el vientre sea una preciosa niña como tú.

—¿Para que se case con el hijo de tu amigo Wilburg?

—No he dicho eso.

—Pero he leído tu mente. Con ustedes afuera, el círculo de los solteros se está quedando sin ellos. Quedan pocos sobrevivientes.

—Pienso volver a formar otro círculo, pero será de los casados. No pienso dejar de ir a *White's*, tal vez no tenga la condición de soltero, pero son mis buenos amigos, no los abandonaría.

—A veces creo que son mala influencia para un hombre casado, pero si te hacen feliz... Yo estoy conforme con mis tardes de té con tu tía y sus amistades y también con la esposa de Wilburg, lo más probable es que nuestros hijos sean muy buenos amigos.

—Disculpen la interrupción, pero los niños de nuevo están peleando. Me vi obligado a llevar a lord Benedict a dar una vuelta sobre el caballo, mientras que el más pequeño quedó a cargo de Grace —comentó Claypole, que era uno de los más felices con la gran familia que tenían. La casa ya tenía risas, llantos y más emociones en cada rincón.

—Si siguen así, llévalos al parque a mirar pajarillos o coger mariposas. Los señalarán por un rato, pero ellos no entienden —mencionó George.

En ese instante recordaron que su compromiso no había sido bien visto por la sociedad londinense, puesto que ella había vivido en su casa, también actuó como un demente al mentir sobre un compromiso para poder quedarse él con su mano. Fue un tanto escandaloso, mas a ellos no les importó, lo único que deseaban después de un tiempo separados era estar juntos para siempre.

—Sí, su señoría. Con permiso...

Una vez que Claypole se fue, Brianne se puso de pie y fue hacia la ventana para mirar hacia el jardín. Ahí vio a su hijo mayor al lomo de un caballo en compañía de uno de los sirvientes. Sonrió al verlo feliz.

—No podría arrepentirme de mi decisión de regresar contigo, George —habló conmovida.

George se acercó a ella y se colocó tras ella para acariciarla y abrazarla.

—Me haces tan feliz. El tiempo en que llegaste a mi casa fue perfecto. Por más que el obispo quiso que me casara con otra, tú fuiste mi escogida. Te amo, Brianne. —Él la besó en el cuello y la vio sonreír.

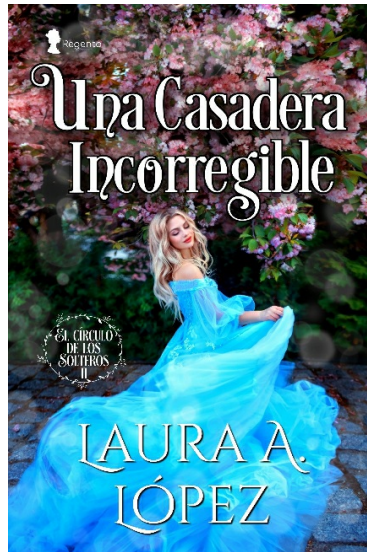
—Y yo también, mi obtuso marqués... Estábamos destinados a amarnos y nadie pudo separarnos. Si no me empeñaba en que tú fueras mi salvador, tú estarías casado con una víbora.

—Pero si tú eres igual de venenosa que ella.

—Quizá, pero soy más hermosa que esa narizona.

Fin.

Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros



Wilburg Westwood, duque de Westwood, un caballero demasiado serio y amargado para el mundo, los únicos que lo toleraban eran sus amigos y su poca familia, nunca imaginó que ir a Gloucestershire cambiaría su vida para siempre, mostrándole que, si algo era complicado, podía complicarse más.

Lady Augusta Relish, hija del duque de Salisbury y sobrina del conocido lord Nottingham, sería la primera dama de la familia en debutar, pero antes de eso, con su espíritu irreverente e incorregible se enfrentaría a un caballero de peso: un duque poco amable.

Entre peleas y obstinación el amor comenzaba a aflorar. ¿Qué podría pasar entre un duque intratable y una casadera caprichosa y divertida?

Si te gustó Una elección peligrosa, podría gustarte...



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquiwa señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham*, *El prometido despreciado*, *Un beso irreverente*, *El querido enemigo*, *Un compromiso accidentado*, *Un caballero misterioso*, *Un seductor afortunado*, *Una diablesa enamorada*, *Su encanto inglés* *Una elección peligrosa*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiwa señorita Millford*.